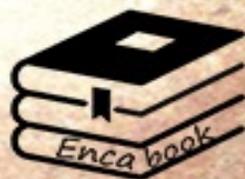


ALACRÁN

Salva Alemany



Santos es un hombre duro, tanto como el entorno en el que vive, una localidad en la frontera mexicana, lugar de paso de narcos e ilegales. El gringo Santos tiene dos amores: su esposa Lupe, la mejicanita, y su taller de motos. Pero las motos no dan lo suficiente para comer y Santos hace trabajos para el todopoderoso Don Dimas, quien controla desde su atalaya todo su entramado de negocios criminales. Decidido a cambiar de vida, Santos acepta un último encargo que le permita empezar de cero. Sin embargo el pasado vuelve a visitarlo para recordarle que no basta la mera voluntad para desterrar sus fantasmas.



Salva Alemany

Alacrán

ePub rev1.0
Encabook 18.04.19

Título original: *Alacrán*
Salva Alemany, 2018

Editor digital:



Para Lolita

Dios no les da alas a los alacranes¹

Refrán popular mexicano

Primera Parte

1

Santos observa el carburador que tiene desmontado en la mesa de trabajo de su taller y duda si comenzar a armarlo de nuevo. Echa una mirada al reloj de la pared, justo encima de un calendario Michelin de un año que ya ni recuerda, y sabe que no tiene tiempo. Se limpia las manos de grasa con un trapo deshilachado, lía un cigarrillo y se sienta en su destartada butaca. Contempla la Norton de su cliente, una moto preciosa, aunque le está dando más trabajo del que pensaba. Motos inglesas, ¿qué esperabas, Santos? En un radiocasete que ha vivido tiempos mejores, Sinatra pide con su inconfundible voz que lo lleven a la luna.

Saca un encendedor del bolsillo de la pechera de su mono azul, corta con las uñas el papel de fumar sobrante y enciende su cigarrillo con una honda calada. Apoya los codos en sus rodillas con la mirada perdida en la moto y repasa mentalmente el encargo que debe realizar esa tarde. No parece complicado, la casa está en las afueras, hacia el sur, una zona en pleno desierto, pocos vecinos. Santos es un hombre minucioso, no le gusta dejar nada al azar, no le gustan las improvisaciones ni las chapuzas y jamás se va de la lengua. Por eso es uno de los mejores en su oficio, por eso no le faltan encargos y sus clientes pagan lo que les pide.

Termina su cigarro y arroja la colilla apagada al gran cubo negro de basura que rebosa de papeles manchados de grasa. Se levanta y se dirige al fondo del taller donde tiene un pequeño despacho que hace las veces de vestuario. Se saca el mono y lo cuelga de un viejo perchero de madera. Entra en el minúsculo aseo y se lava bien las manos hasta que la mayoría de la grasa desaparece. Se pone su gruesa chaqueta de pana y sale del despacho apagando las luces, de camino hacia la entrada desconecta la radio y se despide de

Sinatra.

Antes de abandonar el taller, recoge su paquete de tabaco de liar de la mesa de trabajo y echa un último vistazo a las piezas del carburador que ha dejado ordenadas sobre un trapo color crema. Acciona el mando a distancia que pone en marcha el motor de la puerta y espera a que su lugar de trabajo desaparezca tras la persiana. Atraviesa el patio y cierra la cancela metálica mientras observa el muro en el que los chavales del barrio dan rienda suelta a su arte grafitero. Les tiene dicho que hagan el favor de pintarle cosas bonitas, pero ellos insisten en grafiar sus seudónimos con letras impactantes. ¿Cuándo aprenderán estos críos a dibujar una moto como dios manda? No tienen remedio. Cosas de la edad. De vez en cuando Santos repinta el muro de blanco y sabe que eso es un motivo para que ellos se relaman con sus botes de aerosol preparados.

Santos tiene su taller en un barrio alejado del centro, justo entre las vías del tren y el río Grande. Hay solares diseminados a la espera de operaciones inmobiliarias que la crisis ha dejado en barbecho. Son los parques de los pobres; arbustos, barro, gatos callejeros y bandas de chavales que juegan a ser tipos duros. La ciudad hace mucho tiempo que se olvidó de esta zona, atrapada entre el río y el aeropuerto.

El paso de la ruta sesenta y seis garantiza un buen número de turistas, muchos de los cuales viajan en moto. Algunos son clientes de Santos. Aunque no es una ciudad fronteriza como El Paso, está lo bastante cerca de México como para ser considerada mestiza. Asentada en las postrimerías del desierto de Chihuahua, casi la mitad de la población de Albuquerque son hispanos de origen mejicano. El río Grande corta la ciudad de norte a sur, y la meseta este es visible desde cualquier punto.

Santos debe pasar por el banco a renovar la póliza del seguro de su taller antes de ir a casa. Sube a su Ford Taunus GLX de color verde oliva y se dirige al centro de la ciudad. Aparca en la tienda de repuestos de Leonard y aprovecha para preguntar por unos encargos de piezas que hizo la semana pasada. Al salir se detiene en el semáforo del bulevar Lomas. Camina despacio, con las manos metidas en su chaqueta para mitigar el frío de la mañana. Alguien se sitúa detrás de él y Santos se aparta hacia un lado mirando de reojo. Viejas manías. Los días en los que tiene trabajo extra, sus sentidos

están un poco más alerta de lo normal.

Entra en el banco y pregunta por la sección de seguros. Quinta planta. En la ciudad los únicos edificios altos son bancos y algunos hoteles. Mierda. Nunca utiliza los ascensores. Son ataúdes con espejos. Otra manía. Llega jadeante a la quinta planta, y mientras espera para ser atendido, observa el panorama desde las alturas. Si no fuera por la Universidad, esta sería una ciudad muerta en mitad de un desierto. Casi puede ver su casa desde ahí, en las colinas de Sandía.

Cuando termina de efectuar sus gestiones, sube de nuevo a su coche y conduce despacio hacia la zona noreste. Santos vive bajo las faldas de Sandía Creek, una pequeña cadena montañosa al este de la ciudad. Es una zona residencial que ha crecido mucho en los últimos años. Casas lujosas han ido apareciendo poco a poco entre los arbustos. Él compró una parcela hace algunos años, antes del boom inmobiliario, cuando en ese trozo de desierto había más coyotes y cascabeles que personas.

Al pasar junto a los apartamentos Pavilion, ve un coche de policía estacionado en la entrada. Un agente está hablando con Pete, el vigilante de seguridad. Un buen tipo, Pete. Hace unos días le dijo que se habían producido algunos robos en la urbanización. Casi puede imaginar la conversación con el agente. “Esta no es una zona de alta criminalidad, ya sabe. Haremos lo que podamos. Solo tenemos ochocientos agentes para una ciudad de casi un millón de habitantes. Prioridad baja, ya sabe. Solo el año pasado tuvimos más de un millar de robos de coches. Ciudad fronteriza. Las drogas, ya sabe. Los mejicanos. Ya sabe.”

Su casa, como la mayoría en la ciudad, es una construcción de adobe de estilo mejicano. Una caravana, que un día fue su hogar cuando llegó a la zona, yace inmóvil a un lado de la parcela. Un seto alto rodea la propiedad y la hace casi invisible desde fuera.

Santos baja del coche, saca sus llaves y antes de abrir la puerta se queda un momento escuchando. No se oye nada.

Al entrar percibe el inconfundible olor a guiso de conejo y busca a Lupe en la cocina, pero está vacía. Llega al salón y la ve fuera, apoyada en la barandilla de la terraza trasera, con la mirada perdida en los arbustos del fondo del jardín. Al escuchar sus pasos ella esconde un papel en su delantal,

se gira y le sonríe. Pero es una sonrisa triste. Santos se acerca y puede ver en sus ojos que ha estado llorando. No necesita preguntar la razón, la conoce de sobra. Sabe que Lupe no quiere llorar, es simplemente que a veces no puede evitar que las lágrimas se le escapen. Se aproxima y la abraza por la cintura apoyando su barbilla sobre el hombro de ella mientras la besa en la mejilla. Se quedan así un rato, sin decir nada, ambos sintiendo ese dolor que hace derramar lágrimas a Lupe y enfurece a Santos. Odia no poder aliviar esa pena. Sabe mejor que nadie que Dios no existe, pero es bueno tener a alguien a quien culpar de vez en cuando. Lupe nota que la respiración de Santos se acelera, y también conoce la razón. Le acaricia las manos y se aprieta contra él hasta que nota que se calma. Se escucha el revoloteo de algunas palomas en las ramas bajas del pino del jardín. Luego, sin apartar la mirada del árbol le pregunta:

— Qu  tal en el taller?  C mo te tratan tus motos?

Santos expulsa el aire despacio antes de hablar.

—Bien, mexicanita, bien. Me gustan las cosas que puedo arreglar.

— Tienes hambre?

—S , además tengo trabajo esta tarde. No me puedo quedar mucho rato. He de ir a buscar una moto a las afueras. —Santos agarra a Lupe de su larga trenza negra y tira de ella suavemente hacia atrás para besarla en la frente.

—Vamos —dice ella—, l vate las manos y pon la mesa.

A Santos siempre le ha gustado que le recuerde esas cosas, como si fuera un niño. Su  nico niño.

2

Santos regresa a su taller, pero no es allí donde trabaja esta tarde. Entra en el despacho, se quita su gruesa chaqueta de pana, extrae su manojito de llaves y con una de ellas abre un archivador metálico que contiene una cuidada colección de cuchillos. Los filos relucen con destellos plateados cuando Santos los saca uno a uno para examinarlos. Elige el de mango negro con incrustaciones de nácar, lo guarda en una funda de cuero gastado que se coloca a la espalda por dentro del pantalón. Se pone la chaqueta, coge el mono azul y sale del taller cerrando la persiana. Camina unos metros y abre otra persiana del local donde guarda su Ford Lightning del 95 de color negro, una camioneta pickup robusta que le permite llevar una moto en la trasera sin necesidad de usar el remolque. El vehículo lleva rotulado en los laterales el nombre de un taller que no existe en una localidad situada a más de dos mil kilómetros. A quién coño le importa. Tira su chaqueta y el mono en el asiento del copiloto y se sienta al volante. Antes de poner el motor en marcha extrae del bolsillo de su camisa un papel en el que hay escrito un nombre y una dirección. Ha revisado la ruta en el mapa hasta memorizarla, pero la visualiza una vez más. No debería costarle más de hora y media llegar. Extrae un mechero del bolsillo de su camisa y prende fuego al trozo de papel; luego deja que se consuma en el cenicero del coche. Busca en la guantera el CD de Tom Waits *Used Songs*, lo mete en la ranura y suena *Heartattack and vine*. Adora la voz de ese cabrón. En marcha.

No le lleva mucho atravesar la ciudad, el tráfico de la tarde todavía no se ha espesado y el paisaje cambia conforme se aleja. Le gusta salir de la urbe, le relaja conducir por el desierto escuchando la voz rota de Waits. Pese al frío, baja la ventanilla y deja que el aire le corte la cara. Prefiere trabajar en el

campo, es más fácil controlarlo todo y puede moverse despacio, pero claro, eso es algo que no puede decidir. Si dependiera de él viviría en otro sitio, pero a Lupe le gusta estar cerca de México y a él le gusta Lupe. Fin de la discusión. Santos es un hombre agradecido.

Cuando se aproxima no le cuesta trabajo localizar la casa, puede verla desde el cruce; sin embargo continúa un poco más y esconde el vehículo tras unas rocas unos cientos de metros más adelante. Se baja, comprueba que la camioneta no puede verse desde la carretera y se enfunda su mono azul de mecánico, luego extrae su petaca de tabaco del bolsillo trasero para liarse un cigarro.

Ya no queda mucho para que anochezca y el cielo está claro y sin nubes. Un ligero viento del norte hace ondear los arbustos a su alrededor. Baja el portón del compartimento trasero del vehículo y se sienta de un salto para fumar tranquilamente. Escucha el silencio, le ayuda. Como siempre, intenta dejar su mente en blanco. Enciende el cigarrillo, aspira despacio el humo y cierra los ojos. No pensar. No sentir. Actuar. Cuando los abre, los colores han empezado a confundirse unos con otros por la falta de luz. En marcha.

Se encamina hacia la casa dando un pequeño rodeo. Comprueba que todo está tranquilo en los alrededores. Una cerca de piedra de no más de un metro de alto rodea la propiedad. Es una casa modesta de adobe, con un patio empedrado en la entrada. Hay una vieja furgoneta aparcada junto a una higuera sin hojas en la parte trasera. Perfecto. Se aproxima sin prisa, llama a la puerta con los nudillos y espera. Escucha pasos en el interior que se aproximan y a continuación alguien abre despacio.

—¿Sí? —pregunta un hombre delgado de nariz ganchuda, pelo cano y tez morena.

—Disculpe que le moleste, amigo. He tenido un pinchazo en la carretera y me preguntaba si podría usted prestarme un gato para cambiar la rueda.

El hombre lo mira un instante, receloso. El mono de mecánico le infunde confianza.

—Por supuesto, no hay problema. Voy a por las llaves de la furgoneta.

Santos espera. Mira a su alrededor y todo parece tranquilo. La brisa arrastra las hojas secas de la higuera por el patio. Es un sonido tranquilizador. Al cabo de unos instantes el hombre aparece de nuevo. Tiene aspecto de haber

cruzado hace tiempo la barrera de los cincuenta años, y esto desconcierta un poco a Santos. Debe asegurarse de que ese es el hombre al que busca.

—Perdone, no me he presentado —dice Santos cuando le tiende la mano y miente—: soy Nat.

—Encantado Nat, yo soy Lucio. Lucio Cortés —contesta al estrechar la mano de Santos.

Es todo lo que Santos necesita saber. Lucio se encamina a la furgoneta y Santos lo acompaña, con la mano en el bolsillo donde nota el mango del cuchillo. Lucio abre la parte trasera de la furgoneta y mete medio cuerpo dentro para buscar en un compartimento lateral.

—Aquí está —dice Lucio al sacar un gato oxidado y entregárselo—, un poco viejo, pero le servirá. ¿Necesita también la llave para los tornillos?

—No, solo el gato.

—¿Podrá usted solo?

—Ningún problema. En cuanto termine se lo devuelvo. Gracias.

—Tómese su tiempo. Avíseme cuando acabe, estaré dentro.

Santos vuelve por donde ha venido con el gato en la mano. Llega hasta su camioneta y lo deja caer en el suelo. Saca su petaca y se lía un cigarrillo. Mira su reloj y calcula unos veinte minutos. La escasa luz aún le permite ver la silueta de la casa a lo lejos. Se sienta en el suelo apoyado en una de las ruedas y espera.

Se escucha de pronto un ruido entre los arbustos y un zorro aparece frente a Santos, a escasos metros. El animal se detiene en seco cuando lo ve. Tiene un hermoso pelo rojizo y una cola enorme. Ambos se quedan quietos unos segundos, mirándose. Entonces da un pequeño salto y se aleja trotando, pero aún se detiene y se gira un par de veces a mirar a Santos antes de desaparecer entre los arbustos.

Cuando comprueba que han transcurrido los veinte minutos, Santos recoge el gato y regresa. Lo arroja junto a la furgoneta de Lucio y continúa hacia la casa. La puerta está entreabierta y Santos entra sin hacer ruido. Ahora se mueve con sigilo. Se asoma al salón y ve que Lucio está de espaldas, sentado en la mesa de la cocina. Ha servido dos vasos de una botella de whisky y parece estar esperando a Santos. Este se sitúa a menos de un paso por detrás de la silla. Lucio, como si presintiera su presencia, hace ademán de girarse.

Pero ya es demasiado tarde. El cuchillo le secciona la tráquea con un movimiento rápido y limpio. Antes de que su víctima tenga tiempo de saber lo que está pasando, su garganta es un manantial que tiñe de rojo la mesa. Cae de lado con un espasmo, sujetándose la garganta. Santos se aparta y espera a que el cuerpo se quede quieto. El rumor de las hojas secas es todo lo que se escucha ahora a través de la puerta abierta.

Santos mira a su alrededor; todo parece en calma. Deja el cuchillo sobre la mesa, saca del bolsillo de su pantalón unos guantes de látex y se los enfunda. Levanta con calma la silla que ha quedado tendida junto a Lucio. Coge uno de los vasos llenos de whisky, se lo lleva a la nariz y cierra los ojos al aspirar profundamente su aroma. Luego los abre, coge el otro vaso y vacía ambos en el fregadero. Recoge el cuchillo, lo enjuaga bajo el grifo y lo restriega contra la pernera de su mono para secarlo. Lo guarda en su funda y se lo mete en el bolsillo.

El salón y la cocina son una misma estancia. No hay demasiados muebles, la mesa con las cuatro sillas, un sofá gastado frente a un viejo televisor, una despensa con latas y botes de conservas. Junto al sofá hay una chimenea en la que aún quedan algunas brasas humeantes. Tres puertas cerradas dan al salón. Santos se encamina a la primera y la abre con cuidado. Enciende la luz. Es un cuarto de baño en el que hay una toalla tirada en el suelo, junto a la bañera protegida por unas cortinas mohosas. Un pequeño armario con puertas de espejo sobre el lavabo refleja su imagen. Santos lo abre y echa un vistazo al interior. Medicamentos, colonias, maquinillas de afeitarse, algún peine. Al cerrar, se mira un momento en el espejo y se toca las sienes en las que ya empiezan a asomar algunas canas.

Sale del cuarto de baño y se encamina a la segunda puerta. Abre y pulsa un interruptor que prende una bombilla desnuda. La luz amarillenta ilumina una despensa en la que hay diversas estanterías repletas de botes de conservas, sacos de harina, paquetes de azúcar. Sobre un arcón de madera, varias tinajas y cuencos contienen aceitunas, garbanzos, lentejas. Observa en un rincón una trampa para ratones en la que hay un chusco de pan como cebo. Apaga la luz y sale.

Se aproxima al último cuarto, coge el tirador y en ese mismo instante sus pulsaciones se aceleran al escuchar un gemido del otro lado. Saca de nuevo el

cuchillo, agarra con fuerza la empuñadura, y empuja la puerta que chirría en sus goznes. Hay una cama revuelta, pero no ve a nadie; sin embargo escucha claramente los gemidos bajo la ventana. Enciende la luz, rodea muy despacio la cama y allí, en el suelo, lo ve. Un bebé recién nacido yace con los ojos cerrados en un pequeño capazo.

Santos se agacha y mira hipnotizado al pequeño. Pone una rodilla en el suelo y se inclina para comprobar si respira. En ese momento, el bebé abre los ojos y mira a Santos. Nunca ha matado a un niño. Se queda pensativo intentando apartar de su mente la imagen del pequeño con la garganta rebanada. Quizás bastaría con ponerle una almohada sobre la cara y presionar unos momentos. Santos se sienta sobre la cama sin dejar de mirar al bebé, que ahora se restriega los ojos con sus pequeñas manos. Coge el capazo y se lo coloca sobre las rodillas. Es un ser realmente diminuto. Nunca ha tenido uno tan cerca. Le rodea la garganta con su mano enguantada y la nota blanda, suave. Bastaría con apretar un poco y se quebraría como un trozo de corcho. Debe decidirse deprisa. Cada minuto que pasa en esa casa está asumiendo un riesgo innecesario. No pienses Santos, no pienses. Actúa.

Deja al bebé sobre la cama y se levanta, coge una almohada y la pone sobre la cara del bebé, deja caer su mano sobre la almohada y nota cómo el pequeño se mueve por debajo.

En ese momento, sin saber por qué, se detiene. Una idea se arrastra como una serpiente por su cabeza. Retira la almohada y pone su mano callosa sobre el cuerpo del bebé; lo agita suavemente. Sonríe. Se quita los guantes de látex como un cirujano que acabara de terminar una operación. Y en ese preciso instante, Santos sabe que el hijo que su mujer y él no pueden tener acaba de nacer.

3

El sol se ha puesto en el horizonte y las siluetas de los cactus se dibujan en los bordes de la carretera. Santos conduce despacio con el bebé en los pies del asiento del copiloto. Evita los baches como si transportara una carga de nitroglicerina y observa constantemente al recién nacido, que lo mira desde el fondo del capazo sin emitir ningún sonido.

—Bueno, Roy, ¿cómo lo llevas? ¿Estás cómodo ahí abajo? espera a conocer a Lupe, te va a encantar, no hay una mujer más buena ni más guapa. Es curioso cómo suceden las cosas, Roy. No sé cuánto tiempo llevas en este mundo, pero espero que tu suerte cambie a partir de ahora. Puedes contar conmigo para eso. ¿Sabes que yo tenía un perro que se llamaba como tú? Era el perro más increíble que hayas visto. Todo negro y con la punta de la cola blanca. Listo como una comadreja y valiente como un jabalí. —Santos se queda callado de pronto con la mirada perdida en la carretera, su tono de voz cambia y es como si hubiera dejado de hablarle al pequeño—. Mi padre le pegó tres tiros un día que no paraba de ladrar. Hubiera querido matar a ese bastardo borracho. ¿Sabes, Roy? ladraba porque había una rata bajo el fregadero de la cocina. Por eso ladraba. Su muerte me dolió más que los correazos, más que las quemaduras de los cigarros, más que cualquier paliza de ese cabrón. Fue la última vez que lloré. Entonces me marché y ya nunca volví. No lo lamento. Tal vez fuera lo mejor. Aún se me aparece muchas noches; se acerca a mi cama y me lame la mano meneando el rabo con las orejas levantadas. Entonces suena un disparo y me despierto empapado en sudor. Luego ya no puedo dormir. —Santos vuelve la cabeza hacia el pequeño y es como si volviese a ser consciente de su presencia—. Pero tú no tienes que preocuparte por eso, Roy, tú vas a estar bien, de eso me encargo yo. Y créeme,

soy bueno protegiendo a la gente. Tienes que prometerme que no vas a llorar cuando veas a Lupe. Es importante empezar con buen pie. Ella tampoco lo ha tenido fácil, ¿sabes? Cuando la conocí no era más que una chiquilla asustada que malvivía en la hacienda de don Dimas. Sí, ya sé que no sabes quién es don Dimas, mejor así. Pero era la criatura más hermosa que yo había visto nunca, Roy, debes creerme. Tiene un pelo negro como solo las mejicanas pueden tener, parece hecho de azabache. Y qué ojos, amigo, qué ojos. Negros como un trozo de carbón. Es cierto que a veces resulta difícil de manejar, pero ya sabes lo que dicen: si no vas a amar sus demonios, no intentes sacarla del infierno. A veces cuando estamos en la cama intentando en vano engendrar algo como tú, se me queda mirando fijamente y, oh socio... es como si me hipnotizase. Y espera a ver cómo es su piel, Roy, suave como la tuya y oscura como la canela. No sé si te lo he dicho, amigo, pero tu madre es mejicana. Eso tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. La buena es que son gente resistente, dura, difícil de doblegar. La mala es que tienen un genio del demonio. Pero eso ya lo descubrirás a su debido tiempo. Cuando la cosa se ponga fea, espero que nos apoyemos el uno al otro. Es verdad que puede que escuches a algún cretino hacer alguna broma al respecto del color de piel de tu madre, no te voy a engañar. Debes tomarlo con calma y no enfurecerte. —Santos piensa ahora en las veces que ha tenido que aguantar alguno de esos comentarios, pero no le habla a Roy de lo que ocurre cuando deja a Lupe en la camioneta y vuelve a entrar en el bar fingiendo que se ha olvidado el tabaco—. No me mires con esa cara, compañero, estoy seguro de que te va a encantar. Sé que le va a costar asimilar esto, pero cuento contigo para convencerla. No hay otra manera. No estaba planeado, pero así han venido las cosas. ¿No dicen que los hijos vienen cuando uno menos se lo espera? Pues va a resultar que es cierto. Disculpa, socio —dice Santos mientras reduce la velocidad y se aparta del camino hasta parar la camioneta—, tengo que hacer una llamada. Pura rutina, tranquilo.

Se apea y busca su teléfono móvil en el interior de su chaqueta de pana que está en el asiento trasero. Lo conecta y espera a tener cobertura. Rodea el vehículo y abre la puerta del copiloto para no perder de vista al bebé que gira la cabeza al escuchar de nuevo su voz. —Espero que no te importe que fume, compañero. Tranquilo, nunca lo hago en casa, a tu madre tampoco le gusta. Sí,

ya sé lo que estás pensando, y es exactamente así, en casa manda ella. Punto. Acostúmbrate.

Santos lía con calma un cigarrillo, lo enciende y se aparta unos pasos mientras marca un número en su teléfono.

—Hecho... sí, sin complicaciones... no, nadie.

Cuelga el teléfono y lo guarda en el bolsillo del pantalón.

—Bien socio, debemos irnos que empieza a hacer frío —dice Santos, luego cierra la puerta del copiloto despacio para no asustar al pequeño y apaga el cigarro bajo la suela de su bota. Rodea la camioneta y vuelve a subir para reiniciar la marcha—, ya no queda mucho para llegar. Aguanta un poco más ahí abajo, muchacho.

4

Santos está parado frente a la puerta con el bebé a sus pies, en el capazo. Está nervioso. Mete la llave muy despacio, coge el capazo y entra sigilosamente.

—Quieto aquí, chico —dice con el índice en los labios y guiñándole un ojo—, voy a buscar a tu madre.

Entra despacio en el salón y ve a Lupe sentada frente al televisor apagado con la mirada perdida. Es una imagen que siempre le ha desgarrado por dentro, pero hoy es diferente. Hoy trae buenas noticias.

—Hola, mexicanita —saluda mientras se acerca. Lupe se sobresalta.

—Me has asustado. No te escuché entrar.

Santos se inclina sobre ella y la besa en la frente, luego se sienta a su lado y la coge de la mano.

—Lupita, confías en mí, ¿verdad? —Santos adora la media sonrisa que se dibuja en los labios de ella.

—Sabes que eres la única persona de este mundo en la que confío.

—Lo sé mexicanita, pero necesitaba oírlo. Tengo una sorpresa para ti. Quiero que no digas nada cuando lo veas, solamente confía en mí.

Lupe se yergue un poco en su asiento.

—Me estás asustando.

—Tranquila, tú espera aquí un segundo.

Santos vuelve al recibidor y entra con el capazo. Lo deposita en el sofá junto a Lupe, que de pronto se ha quedado paralizada. El pequeño se revuelve entre la manta que lo cubre y ella se inclina y lo coge muy despacio, como si se moviera a cámara lenta. No pregunta nada, no dice nada, se lo acerca al pecho y posa sus labios sobre la cabeza del bebé. Santos se queda mirando la

escena, hipnotizado. Lupe cierra los ojos y Santos sabe que lo está oliendo, es un comportamiento puramente animal, instintivo, una loba oliendo a uno de sus cachorros. Se sienta junto a su mujer y su hijo y espera. Como las compuertas de una presa que hubiera estado reteniendo el agua durante años, los ojos de Lupe se abren y se inundan sin hacer ruido. Su pecho sube arriba y abajo por el llanto silencioso mientras el pequeño se ha quedado dormido con la cabeza apoyada en su hombro. Entonces Lupe mira a Santos, y en esa mirada se esconde la única pregunta que ella puede hacer. Él asiente con la cabeza y contesta.

—Sí mexicanita, es tuyo. Nuestro.

Ella se dobla sobre sí misma con el bebé en brazos y el llanto se convierte en un hondo gemido que contiene todo el dolor de una vida. Todo aquello que ni siquiera Santos conoce, las vejaciones, la violación, la paliza que la dejó estéril, los intentos de suicidio, todo. Santos la mira y ella le devuelve una sonrisa hecha de felicidad y de miedo. Lupe tiene miedo de ser feliz, siempre lo ha tenido. Dice que la felicidad es para gente con suerte, y ella no la tiene.

—Por cierto, se llama Roy —dice Santos.

—¿Como tu perro? —Y entonces Lupe rompe a reír sin dejar de llorar. Santos no ha visto nunca una risa tan bonita como la de ella. Es capaz de aplacar todos sus fantasmas, todas sus noches —. ¿Estás seguro?

—Ya te lo he dicho, confía en mí. No tiene a nadie, sus padres han muerto, y probablemente él también habría muerto de no haberlo encontrado. Lo encontré sin buscarlo, alguien ahí arriba debía querer que fuese nuestro.

—Tú no crees que ahí arriba haya nadie. Siempre lo dices.

—Entonces si ahí arriba no hay nadie, déjame que sea yo quien organice las cosas aquí abajo.

— ¿Qué edad tiene?

—Mexicanita, a mí pregúntame qué edad tiene una moto, pero de niños entiendo poco. ¿Tú que crees?

Lupe lo sostiene frente a ella un instante y luego se lo vuelve a recostar en el pecho antes de dar su veredicto.

—Yo diría que no tendrá ni dos meses.

—Perfecto.

Santos se levanta y se quita la chaqueta. Se dirige a la cocina cuando ella

lo detiene.

—Santos...

Él se gira para mirarla, pero ella se ha quedado en silencio. No hace falta que lo diga, él ya lo sabe. Sabe que están a punto de dar un salto al vacío. Pero para eso está él aquí. Ella ve la mirada de Santos y comprende que es así, que puede confiar en él.

De pronto el bebé se despierta con un gemido que poco a poco se va tornando en un grito agudo y prolongado. Santos abre mucho los ojos, como si nunca hubiera visto llorar a un bebé.

—No pongas esa cara, hombre. ¡Tiene hambre! Dios mío, no tengo de nada. —Lupe se levanta y empieza a acunar al pequeño para que se calme, pero sabe que contra el hambre no hay consuelo—. Necesitamos biberones, leche materna, pañales, toallitas, un chupete, algo de ropa... ¿Qué haces ahí parado? ¡Date prisa, van a cerrar las tiendas!

Santos se siente de pronto el ser más estúpido de la tierra. Corre a la cocina, tropieza con una silla y vuelve con una libreta en la que apunta todas esas cosas y algunas otras que ella le va diciendo.

—Vete a otro centro comercial, no vayas al nuestro, te conocen y te harían preguntas. Y date prisa por Dios, este niño tiene hambre.

Santos vuela al supermercado con su camioneta como alma que lleva el diablo. Entra en la sección de bebés y se le hace de noche. Hay miles de productos, cientos de marcas, leche de continuación, leche *digest*, leche de inicio, leche de... ¿cabra? ¡Pero qué cojones es esto! No tiene tiempo para pensar. Coge un carro y empieza a llenarlo como si hubiera llegado el apocalipsis. Mete botes de leche en polvo, biberones de varios tamaños, tetinas de varias texturas, toallitas de varios aromas, pañales de todos los colores, varias mantas pequeñas, ropa interior de bebé, pijamas, patucos. Cuando pasa por la caja, la chica lo mira con una sonrisa.

—Primerizo, ¿eh?

—A estrenar —contesta Santos mientras lo mete todo en bolsas.

La chica se ríe y le tiende el ticket. La factura es una cifra de tres dígitos que Santos paga en efectivo y sin rechistar. Sale zumbando con varias bolsas que pesan como si hubiera metido dentro las piezas de una moto entera.

5

—Tiene que ser así, mexicanita, no hay otra manera. Confía en mí. No podemos arriesgarnos a que alguien te vea con el niño y empiece a hacer preguntas. Vas a estar embarazada unos meses.

Lupe no dice nada, viaja con la mirada fija en la carretera y el pequeño dormido en sus brazos. Hará todo lo que Santos le diga, como ha hecho siempre desde que lo conoció. No importa que le guste más o menos, que lo entienda mucho o poco. Es así. Punto.

—Es un sitio bonito, vais a estar bien, ya verás. Yo iré a veros siempre que pueda. Debe parecer que estás embarazada. Diré a todo el mundo que estás de cuatro meses, y si el niño nace con adelanto, en unos tres meses podrás volver.

—¿Y qué pasa con el registro, los papeles y todo eso?

—Tranquila, ya me he informado. Lo único que necesitamos es un certificado médico de nacimiento y rellenar algunos formularios. No te preocupes, yo me encargo de todo.

El resto del viaje lo hacen en silencio. Lupe sujeta al bebé entre sus brazos y lo acaricia mientras duerme. Las preguntas se le agolpan en la cabeza: de dónde ha salido este niño, quiénes son sus padres, cómo han muerto... pero todas tienen respuesta en el hombre que conduce a su lado, el hombre que la sacó de un destino miserable que hacía que levantarse cada mañana fuera un acto de fe, que le enseñó a sonreír y a pensar que quizás ella también tenía derecho a creer que podía ser feliz. Y ahora esto; una vida minúscula en su regazo.

Santos conduce despacio, con las ideas zumbando en su cabeza. No debió dejar ningún cabo suelto, hubiera sido mejor esperar a la madre y acabar

también con ella, pero eso no era parte del encargo. Debía matar solo al hombre, esas eran las instrucciones. Tendrá que procurar que eso no resulte un problema. Lo primero es asegurarse de que Lupe y el niño están a salvo, conseguir que el embarazo resulte creíble. Un certificado médico de nacimiento. Conoce a quien puede hacerlo por unos cuantos billetes y una botella de whisky. Sabe que don Dimas va a hacerle preguntas y debe estar preparado para dar las respuestas adecuadas.

Atraviesan Santa Fe y continúan hacia el norte. Cruzan Hernández y luego se desvían a la derecha, hacia Ojo Caliente. Poco a poco, se internan por una carretera entre bosques de coníferas. A lo lejos las cumbres se tiñen de blanco con las últimas nieves de un invierno anormalmente frío. Cuando llegan frente a la cabaña de madera, todo está en calma, tan solo se escucha el canto de algunas aves a lo lejos. Santos detiene la camioneta frente a los escalones del porche y baja para ayudar a Lupe con el bebé. Esta se queda parada, mirando a su alrededor. En sus ojos Santos puede ver el miedo, pero también la determinación de una mujer decidida a seguir adelante. El sitio es hermoso. La cabaña se levanta en un pequeño claro del bosque, apenas visible desde el camino. Hay algunas flores silvestres entre la hierba, junto a la entrada.

—Sí, aquí es donde vengo a cazar —dice como si hubiera podido escuchar la pregunta de sus labios.

—Es bonita, me gusta.

—Me alegra que lo pienses. Será mejor que entremos, hace frío.

El interior es sobrio, pero tiene todo lo necesario. Alfombras en el suelo, frente al sofá y bajo la mesa del comedor; una chimenea y una estufa de hierro. Desde cualquiera de las ventanas puede verse el bosque que rodea la cabaña. En el salón, una pequeña alacena con puertas de cristal llena de platos y vasos bien ordenados. Varias chaquetas que Lupe reconoce cuelgan detrás de la puerta. Pese a que la chimenea no está encendida, no hace frío dentro, como si alguien hubiera estado en la cabaña poco tiempo antes. Lupe deja el capazo con el bebé encima de la mesa del comedor y Santos le enseña el resto de la cabaña. El dormitorio en la parte trasera, con una cama de matrimonio cubierta por una gruesa colcha de color granate. En una esquina otra estufa de hierro. Una puerta en el dormitorio que comunica con un cuarto de baño. Todas las estancias huelen a resina y a ceniza.

—Voy a encender la chimenea y las estufas. En un momento estará caliente.

Santos sale y al cabo de un momento vuelve a entrar con unos cuantos troncos que deposita en un arcón de madera junto a la chimenea.

—Si necesitas más leña, hay una pila bajo el alero de la parte de atrás.

Lupe, sujetando al bebé dormido entre sus brazos, no dice nada. Mira de reojo a Santos encender la chimenea y las estufas, deja de nuevo al pequeño en su capazo sobre la mesa del comedor y pone agua a hervir en un cazo que encuentra bajo el fregadero de la cocina. Escucha el crepitar de la leña, y siente que añora ese sonido. Mucho. Le recuerda a su infancia, cuando el mundo todavía no parecía un sitio sucio y cruel.

Santos va al coche y regresa cargado con una maleta grande y varias bolsas con la intendencia del bebé. Ha comprado de todo: una cuna plegable, un colchón y sábanas diminutas. Monta la cuna con la misma pericia con la que arma un carburador *Keihin* de doble cuerpo. Pan comido.

El pequeño despierta y le grita al mundo que va siendo hora de comer.

—Ya va Roy, ya va. Tu madre está en ello, no seas impaciente, chico.

Lupe se queda mirando a Santos y las compuertas vuelven a abrirse. Es la primera vez que le escucha llamar al bebé por su nombre y no puede evitar que las lágrimas resbalen por sus mejillas. Es como si al oírlo se diera cuenta de que no está soñando, de que esto está sucediendo. Aquí y ahora. Santos la mira y sonrío. Y es consciente de que, por primera vez desde que conoce a Lupe, sus lágrimas son algo más que una herida que no puede cerrar. Ambos se quedan mirándose así un rato, ella derramando una alegría que no quiere detener y él dejando que se derrame.

—Soy muy feliz, Santos.

Santos no dice nada. No es un hombre acostumbrado a lidiar con la felicidad.

6

—Estoy cansado, Chucho. ¿Sabes lo que me ha dicho hoy la bruja de mi suegra? ¡Que huelo a tierra! Puta vieja... nos va a enterrar a todos, carajo.

—No diga eso, don Dimas, usted tiene cuerda para rato.

Don Dimas está apoyado en una cerca de madera tras la que pasea nervioso un pura sangre de color cobre. Es un hombre grande de barriga prominente y bigote robusto. Viste un pantalón desgastado, botas de agua llenas de barro y una vieja chaqueta gruesa forrada de borrego. Se cubre la cabeza con un sombrero marrón de cowboy. Por su aspecto nadie diría que controla un imperio cimentado en el tráfico de drogas, el soborno y la extorsión. Posee casinos, hoteles, discotecas, ganaderías, cuadras con ejemplares de pura raza que valen lo que un Ferrari y prostíbulos diseminados por todo su territorio. Varios jueces y algunos senadores le consultan antes de tomar sus decisiones. Tiene a sueldo a la mayoría de los alcaldes de la zona y paga primas cuantiosas a un buen puñado de agentes de aduanas. Sus hijas ganan sistemáticamente cuantos certámenes de belleza se celebran y a nadie en su sano juicio se le ocurriría pensar que son guapas.

Don Dimas sostiene un puñado de paja que el pura sangre olisquea a distancia. El animal es todo músculo, reluce como si estuviera barnizado y resopla nervioso pateando el suelo sin atreverse a comer de su mano. Brinca, subiendo y bajando la cabeza, de pronto gira en redondo y se aleja, emprendiendo una carrera para frenar en seco a los pocos segundos y volver a acercarse caminando. Es pura electricidad.

—Vamos, no tengas miedo, Loco, no voy a hacerte nada. —Don Dimas le habla despacio, casi en un susurro, pero el animal no se decide a acercarse lo suficiente como para mordisquear la paja.

—Llamó Santos —comenta Chucho sin apartar la vista del caballo, que levanta una nube de polvo con sus patas.

Don Dimas deja caer la paja al suelo y se gira para mirar a Chucho.

—Dime.

—Está hecho.

—Compruébalo.

—Claro don Dimas, no hay problema. Pero ya sabe que Santos es de fiar.

Don Dimas apoya los codos sobre la cerca y mira de nuevo al caballo.

—¿De fiar? Chucho, ¿sabes a qué suena la palabra confianza? —Se gira levemente y lo mira con desgana—. Suena exactamente como una palada de tierra sobre la tapa de un ataúd. La confianza es para aquellos que desconocen el significado de la palabra traición. No me importa que Santos sea tu amigo, compruébalo.

—Quería decir que Santos es bueno en lo suyo. Solo eso, patrón.

—Lo sé, Chucho. Asegúrate de que ella se marcha, y déjale bien claro que si vuelve por aquí será lo último que haga. No quiero tener que preocuparme de esa estúpida nunca más. Mándala a cualquiera de los prostíbulos, no me importa a cual, pero lejos. Y haz que allí la controlen.

—A la orden patrón, se hará como usted ordene. Si no dispone otra cosa, voy a encargarme personalmente.

—Avísame cuando esté arreglado.

Chucho es un tipo delgado pero fuerte. De tez morena quemada por el sol y larga melena negra que suele llevar recogida en una coleta. Las patas de un alacrán negro, tatuado en su muñeca derecha, asoman bajo el puño de su camisa de cuadros marrones. Se aleja despacio en dirección a la hacienda. Mientras camina, pensativo, comprueba de manera mecánica que todos están en sus puestos. Ve todo un ejército de guardaespaldas armados esparcidos por la finca. Es un lugar hermoso, rodeado de quebradas y barrancos inaccesibles. La casa principal es una construcción de estilo colonial con grandes columnas en la entrada. Cuadras, varias piscinas enormes, una pista de tenis, un campo de tiro, un helipuerto. En el garaje se oculta una colección de vehículos todoterreno que haría enloquecer a los agentes fronterizos, incluida una tanqueta militar cubierta con una lona de camuflaje. Antenas y radares, capaces de detectar cualquier objeto volante que se aproxime, están

diseminados por toda la propiedad. Escondida tras un bosque de pinos se extiende una pista de aterrizaje que permite despegar y aterrizar avionetas. Y esta es solo una de las propiedades de don Dimas. Ni siquiera Chucho sabe realmente cuántas tiene. Eso es algo que Dios no confía a los mortales.

Le gusta pensar que se ha convertido en la mano derecha de uno de los hombres más poderosos en varios Estados. Chucho no se tiene por un hombre inteligente, pero sí lo bastante listo como para ser consciente de ello. Sabe siempre dónde están los límites y jamás se le ocurre traspasarlos. Tiene más poder del que jamás hubiera podido soñar, pero sabe que es un poder subordinado, que su posición depende de su obediencia a don Dimas. Una obediencia ciega. Sin fisuras. Conoce la paranoia de su jefe con la seguridad, su obsesión por el control, su crueldad despiadada. Chucho sabe que se ha convertido en una pieza importante de la organización, ganada durante años de demostrar que su fidelidad está fuera de toda duda. Sabe que muchas de las muertes han sido una prueba, un cebo para tentarle, un listón con el que medir su valía. Y Chucho vale para esto.

Solo hay un hombre al que Chucho debe algo. Santos. Él fue su escudo cuando una bala buscaba su nuca. Lo más parecido a un amigo que ha tenido nunca. Santos nunca ha querido formar parte de la organización, siempre ha preferido trabajar por libre. Ejecuta, cobra y fin de la historia. Aunque ambos saben que una vez que alguien ha trabajado para don Dimas, ha vendido su alma al diablo. Para lo bueno y para lo malo.

Chucho fue quien convenció a don Dimas de que era mejor así. De que era una buena idea contar con alguien ajeno a la organización, alguien que no supiera demasiado, que no hiciera preguntas, que cumpliera las órdenes por dinero. Alguien profesional. Desapasionado. Chucho todavía recuerda el miedo que sintió cuando Santos se plantó delante de don Dimas y le dijo que se llevaba a Lupita, a la mexicanita, como la llamaba él. Durante unos interminables segundos ninguno de los dos dijo nada, se quedaron mirándose, midiéndose sin mover un músculo. No hicieron falta palabras. Ambos sabían lo que algo como eso significaba. Para don Dimas ella no era nada, menos que nada, una de tantas sirvientas que pululan por la hacienda, pero para Santos lo era todo. Chucho nunca supo qué vio Santos en ella. Podía haber tenido a la mujer que hubiera querido y eligió a aquella chiquilla menuda de mirada

asustada que lloró como una niña cuando le dijo que recogiera sus cosas. Una vez le preguntó por qué ella. Y Santos se limitó a decir que su mirada era como la de un perro que había tenido.

7

Chucho llama a la puerta con los nudillos mientras observa la mancha oscura que tiñe el patio de la entrada. Nadie parece contestar al otro lado. Se gira y observa la higuera huérfana de hojas.

—¡Estela, abre la puerta! No lo compliques aún más. No me obligues a romper una ventana, carajo.

Se escucha el sonido metálico del pasador, pero nadie sale al encuentro de Chucho. Este empuja la puerta despacio y espera unos segundos antes de entrar. Estela está sentada en la mesa de la cocina, con la cara entre las manos. Chucho no dice nada, pasea por la estancia, lo observa todo con calma. Mira a la mujer. Ella levanta la cabeza y le devuelve la mirada. Sus ojos enrojecidos y las profundas ojeras le dicen que ha estado llorando. Las manos le tiemblan cuando las deja caer encima de la mesa.

—Recoge tus cosas.

Ella niega mientras las lágrimas acuden de nuevo a su rostro; una viva estampa de la desesperación.

—Estela, recoge tus cosas, no te lo vuelvo a repetir. Te marchas.

—No puedo marcharme —dice en un susurro apenas audible.

—¿Qué has dicho?

—No, no puedo. No me obligues a irme, por favor. —Gimotea mientras sube las rodillas y las rodea con sus brazos. Niega una y otra vez con la cabeza.

Chucho no tiene tiempo ni ganas de toda esta mierda. No es su puto problema. Ella sabía lo que hacía. Si te metes en la cama de don Dimas, sabes que te estás acostando con el diablo. ¿O acaso pensaba que ella era especial? Lo ha visto tantas veces; todas creen que son especiales. Y nunca acaba bien,

nunca. Si don Dimas te echa el ojo encima, más te vale coger un autobús tan rápido como puedas y marcharte tan lejos como te sea posible. Siempre es lo mismo. Al principio les gustan los halagos, las flores, las caricias. Ser el descanso de un hombre poderoso. Soñar. Jugar con el peligro. Y de pronto, un día el sueño se evapora, y entonces son como juguetes rotos; los halagos son mentiras, las flores tienen espinas y las caricias se convierten en marcas en las piernas, en los brazos, en los pezones. La bestia se despierta y muestra su lado más salvaje. Y ya no quieren que el sueño se haga realidad, simplemente rezan para que la realidad sea solo un mal sueño. Demasiado tarde, señoritas. Bienvenidas al paraíso terrenal. Y por si fuera poco, un día el marido celoso pregunta, y la muy estúpida contesta, pensando que se casó con un príncipe valiente, un caballero andante que no le teme a nada. Pues sí, princesa, ahora los gusanos se están comiendo los ojos de tu puto príncipe en una zanja de alguna quebrada. Tu héroe fue tan estúpido como para emborracharse y pedirle cuentas nada menos que a Dios en la tierra. Y la ira de Dios no conoce límites, princesa. Y tienes suerte de no estar ahora abrazada a tu príncipe sin ojos. Así que no me compliques la existencia y haz la jodida maleta.

—No tengo tiempo para esta mierda.

Estela niega una y otra vez, hecha un ovillo tembloroso. Chucho pasa tras ella despacio, entra en la habitación y baja una vieja maleta de encima del armario, la abre sobre la cama y empieza a meter dentro lo primero que ve: algunos vestidos, un abrigo, ropa interior. Pero de pronto se detiene. Algo que no debería estar ahí llama su atención. Ropa de bebé, pañales. Se queda unos segundos quieto mientras procesa la información. Sale con una de las prendas diminutas en la mano.

—¿Qué carajo es esto? —pregunta mientras la deja caer encima de la mesa, frente a la mujer. Ella la mira y rompe a llorar, no dice nada. Chucho la coge del pelo y le echa la cabeza hacia atrás.

—¿Qué mierda significa esto? ¡Habla!

Estela cierra los ojos, que rebosan lágrimas de miedo. Chucho la suelta y le grita.

—¡Que hables, coño! ¿Dónde está?

—No lo sé —dice Estela con un hilo de voz—, cuando llegué ya no estaba.

Chucho no sabe qué hacer. Nadie le ha dicho nada de un niño, ni siquiera sabía que ella estaba embarazada.

—Dime que no es de quien creo que es.

—No lo sé. —Estela se tapa la cara con las manos—. Él no sabe nada, fue poco después de que dejara de verlo cuando supe que estaba embarazada.

—¿Estás segura de que don Dimas no sabe nada de esto?

—Segura. Yo no le dije nada y no lo he vuelto a ver desde entonces. Te lo juro. Tienes que ayudarme. —Estela duda un instante y miente instintivamente para proteger a su hijo—. Tienes que ayudarme a encontrar a mi hija.

—Yo no tengo que hacer una mierda.

Chucho se da la vuelta resoplando. Una niña. Piensa Chucho, piensa. Don Dimas tiene tres niñas. Niñas, niñas, niñas. Y ahora la hija de esta estúpida que no aparece. Mal asunto.

—Por favor, ayúdame, tengo que encontrarla, me estoy volviendo loca.

—¡Cállate! Necesito pensar.

Chucho se sujeta las sienes con las manos y cierra los ojos. Esto no es bueno, no es nada bueno.

—Termina de hacer la maleta —dice al fin—, tenemos que irnos. No me obligues a pegarte.

—¿Y qué pasa con mi hija?

—Yo intentaré averiguar qué ha pasado. Si doy con ella, te la llevaré. Tú tienes que marcharte, si te quedas aquí te aseguro que no la encontrarás.

Estela gira la cabeza con la mirada perdida.

—Mi marido... ¿está...? —no hace falta que termine la pregunta.

—Sí —dice Chucho—, y si no quieres acabar como él, será mejor que nos vayamos.

Estela se levanta despacio y entra en la habitación. Al cabo de unos minutos sale con la maleta en la mano. En su mirada se concentra todo el dolor de alguien que acaba de despertar de un mal sueño, para descubrir que la realidad es aún peor.

—¿Lista? —pregunta Chucho. Ella asiente con la cabeza.

Chucho la ayuda con la maleta, la pone en el maletero y le abre la puerta del copiloto, la coge del brazo y la introduce en el coche. Sube y pone el motor en marcha. Se gira y ve que ella aprieta un par de zapatos diminutos de

ganchillo contra su pecho, sin dejar de llorar.

8

Santos llega cansado. Entra en casa y por primera vez en mucho tiempo la nota vacía. La soledad que ya casi no recordaba. Llama a Lupe por teléfono para comprobar que todo está en orden. Se sorprende al preguntar cómo está Roy, su hijo. Su hijo. Tendrá que acostumbrarse. El pequeño se porta bien, solo llora cuando tiene hambre y alguna vez que le duele el estómago, pero es un bebé sano; y en la voz de su madre nota la felicidad de alguien que ya no esperaba nada. Lupe tiene ganas de verlo, él tiene ganas de verlos a los dos, pero está cansado, el viaje ha sido largo y mañana por la mañana tiene que terminar el trabajo de la Norton. En cuanto termine subirá a la cabaña. Lupe le hace algunos encargos que apunta meticulosamente; está acostumbrado a comprar baterías, escapes, amortiguadores, pero no jarabes, anís para el dolor de tripa del bebé y cosas por el estilo.

Santos se da una ducha y cuando sale del cuarto de baño, a medio vestir, suena el teléfono. Imagina quién le llama. Y no se equivoca.

—Santos.

—Te debo dinero —dice don Dimas a modo de saludo.

—Eso siempre son buenas noticias.

—Las buenas noticias no existen, Santos, son siempre la antesala de las malas. Mañana te diré dónde nos vemos.

Y la comunicación se corta. El tiempo le ha enseñado a no pensar en las palabras de don Dimas. Nunca se sabe si contienen algún mensaje oculto o son simplemente eso, palabras. Santos se pone una camiseta y una sudadera negra y se tiende en el sofá con las luces apagadas. No puede dejar de pensar en Roy. Su hijo. Es un pensamiento que lo convierte, a él, en padre. Y él odia la palabra padre. Tanto como ama la palabra madre. Piensa en la suya, en cómo

la echa de menos. Siempre la ha echado de menos, desde el día en que se marchó para no volver. Y cuando supo que había muerto, de pronto ya no tenía ningún sitio al que regresar, ningún motivo para hacerlo. Recuerda lo solo que se sintió y la rabia y el odio que experimentó. Y ahí empezó una larga noche sin luna, que duró hasta que conoció a Lupe. Durante esa larga noche, recorrió todos los caminos que un muchacho de su edad no debería haber conocido nunca. Los anduvo todos; los de la violencia, los del juego, los de la bebida, las drogas, las prostitutas, las malas compañías. Aprendió a llorar sin lágrimas y a controlar su ira. Que el dolor es inevitable pero el sufrimiento es opcional. Aprendió a no contar sus penas, pues los buitres se abalanzan siempre sobre los animales heridos. Aprendió a tensar el arco y a no soltar la flecha. Se hizo un maestro del control. Aprendió a defenderse aún antes de ser atacado. A moverse en silencio. A observar cuando todos hablan y a golpear cuando nadie lo espera. Aprendió a adivinar cuándo un hombre está dispuesto a matar con solo mirarlo a los ojos. Y aprendió que las mujeres aman y los hombres desean.

El viaje ha sido largo, pero está hecho. Podría haber conseguido el certificado en la ciudad, conoce médicos lo bastante adictos como para no haber tenido que viajar tan lejos. Pero no quiere correr riesgos con esto. Nunca se sabe. Cruzar tres Estados es más seguro. Mejor obtenerlo de alguien que no tenga nada que ver con don Dimas. No ha salido precisamente barato, pero no importa, el dinero no es un problema. Le divierte pensar que es don Dimas quien va a costear ese certificado. Ha pagado un poco más para que la casilla de la fecha de nacimiento quede en blanco. Le gusta poder decidir el día en el que su hijo nacerá oficialmente. Tendrá que hablarlo con Lupe, y elegir un día que les guste a ambos.

Una idea le ronda la cabeza. Intenta imaginar por qué don Dimas le ha encargado este trabajo. Esta vez no tiene nada que ver con los cárteles rivales, no hay políticos ni gente importante implicada, no es un ajuste de cuentas. Es algo que cualquiera de sus hombres podría haber hecho gratis sin despeinarse. Una simple cuestión de orgullo. Poner las cosas en su sitio. No consentir que un estúpido, por muy borracho que esté, le falte al respeto a Dios. Sabe que los de antidroga se han acercado últimamente, han interceptado varios de sus envíos, detenido a alguno de los correos. Sin duda alguien está pasando

información. Feo asunto. El peor temor de todo traficante: tener un informador dentro. Eso puede volverlos paranoicos e impredecibles. Lo ha visto otras veces. Quizás sea solo eso. Paranoia.

Mañana puede que salga de dudas. Será un buen momento para anunciar que Lupe está embarazada. No hay mejor altavoz que don Dimas. El resplandor de la luna llena se refleja en las paredes, en las que dibuja extrañas sombras. Santos se lía un cigarrillo y las volutas de humo aparecen y desaparecen cuando atraviesan los rayos de luz que se cuelan por las ventanas. No tiene hambre. No tiene sueño. Se levanta para poner el *Unearthed* de Johnny Cash, y lo hace pinchando la última canción, *Hurt*. Sabe que le hace daño, pero no lo puede evitar. Se tumba de nuevo y una punzada de ansiedad le recuerda que sigue siendo un alcohólico, aunque ya no beba. Se concentra en su respiración mientras fuma y recurre al mejor antídoto que existe contra la pulsión de beber: piensa en su padre.

Johnny Cash rasga su guitarra y recita con su voz arenosa: *I hurt myself today, to see if I still feel... I focus on the pain, the only thing that's real.*

9

Santos ha madrugado para terminar su trabajo en el taller. Además tiene que pasar a cobrar el encargo y después subir a la cabaña. Desde que apareció el bebé, duerme peor. Roy, su perro, ha venido a despertarle de madrugada, y ya no ha podido volver a conciliar el sueño.

Le gusta trabajar a solas, es una tarea que le relaja. Establece relaciones casi humanas con las motos, les habla, las acaricia, las mima y, finalmente, cuando las entrega, siente desazón al verlas partir. Observa la Norton mientras sorbe despacio un café humeante, que sujeta entre las manos manchadas de grasa. Acaba de montar los carburadores de nuevo y todo parece en su sitio. Solo falta conectar el vacuómetro y ajustar la mezcla de aire y gasolina que entra en cada uno de ellos. Una tarea sencilla en motores de un solo carburador, pero un verdadero arte cuando se trata de máquinas con cuatro carburadores. Link Wray tampoco ha debido tener buena noche; canta que el mundo entero se ha ido a la mierda y todo lo que queda es la lluvia que cae.

Su teléfono emite el sonido de un mensaje entrante. Mira la pantalla y lee: “Estoy ahí en dos minutos. Ch.” Lo borra inmediatamente. No había quedado con Chucho, pero no es raro que se pase de vez en cuando por el taller, así que tampoco le da demasiada importancia.

Se mete en el pequeño cuarto de baño y se lava las manos. Cuando sale, ve la furgoneta de Chucho aparcada frente a la entrada y a su amigo bajar y dirigirse al taller.

Chucho viste una camisa de cuadros grises, vaqueros negros desgastados y botas de piel de serpiente con puntera metálica. Lleva su melena negra brillante recogida en una coleta. Santos piensa que, como Sansón, Chucho perdería toda su fuerza si alguien se la cortase. Aunque harían falta muchos

huevos para hacer algo así. Nunca ha visto a nadie tan rápido con un cuchillo en la mano. Es un hombre sonriente, sin embargo hoy no hay alegría en sus ojos; su gesto es más serio de lo normal cuando entra en el taller.

Ambos se abrazan a modo de saludo.

—¿Qué pasa, loco? Bonita máquina esa que tienes ahí —dice Chucho mirando la Norton.

—Sí, ¿verdad? Dan ganas de quedársela. Ya hacía tiempo que no venías por aquí.

—Cobro un plus por visitas a domicilio, ya lo sabes.

Santos saca su petaca de tabaco y se la tiende a Chucho.

—¿Quieres uno de estos?

—No. Mucho trabajo para mí —dice sacando un paquete de Chester del bolsillo de su camisa.

—¿Una cerveza? —pregunta Santos mientras se lía el cigarrillo.

—¿Gira la tierra?

—Sírvete tú mismo, socio, ya sabes dónde están.

Chucho entra en el pequeño despacho de Santos y sale con una lata en la mano. Se acerca a su amigo, enciende su cigarro y le tiende el mechero. Se sienta en el viejo sillón desgastado que hay tras la mesa de trabajo.

—Te envidio, amigo —dice abriendo los brazos para abarcar todo el taller —, tienes un oficio hermoso. Un día de estos voy a encargarte que me compres una moto de esas bien bonitas que restauras.

Santos sonríe sin decir nada y se sienta en el taburete. Conoce a Chucho, puede que esté un rato dando rodeos hasta que finalmente decida contarle por qué ha ido a verle.

—El otro día vi a tu padre.

En ese momento se hace un silencio incómodo. Chucho sabe lo que Santos siente por su padre. Conoce la historia porque se criaron en el mismo barrio y también sufrió en alguna ocasión la ira del viejo.

—¿A qué has venido, Chucho?

—No te enojés, carajo, tan solo quería que lo supieras. Nada más. — Chucho da un sorbo de la lata de cerveza, luego se seca los labios con la manga de su camisa—. Pero no he venido por eso. He venido por el asunto de Lucio.

—¿Qué pasa con Lucio?

—Con él nada. Fue todo bien, ¿no?

—Ya te lo dije. Ningún problema.

—El Gordo me dijo que me asegurara de que Estela, la mujer, se marchara. ¿Viste algo extraño en la casa? ¿Algo fuera de lo normal?

Si Santos no fuera un hombre con unos nervios bien templados, en ese momento se habría puesto nervioso.

—Nada fuera de lo corriente. ¿Ha ocurrido algo?

Chucho se remueve en su asiento, incómodo; no parece estar convencido de querer contárselo a Santos.

—Pues esa es la historia, que no lo sé. Cuando llegué a la casa, la mujer estaba histérica. No por lo de su marido, supongo que ella ya lo esperaba cuando ese estúpido hizo lo que hizo. ¿Sabías que tenía una hija recién nacida?

Santos apoya los codos en sus rodillas y se queda mirando la Norton. Se relaja imperceptiblemente. Una hija.

—Ni idea. No he visto en mi vida a esa mujer. No había nadie cuando yo estuve en la casa. Solo Lucio.

—Parece ser que nadie lo sabía. Me dijo que cuando el gordo la mandó a la mierda ya estaba embarazada. Pero jura y perjura que no le dijo nada, que no sabe nada de esa niña.

—Y tú crees que la niña puede ser de don Dimas.

—Joder, piénsalo. Se folla a esa Estela hasta que se aburre, y luego ella se queda embarazada.

—Podría ser una casualidad.

—Y mis cojones podrían ser bolas de navidad con peluca; pero resulta que son cojones, Santos. —Chucho apaga su cigarrillo y enciende otro a continuación.

—¿Y dónde está ahora la niña?

—Pues esa es la jodienda. Que no está.

—¿Cómo que no está?

—¡Que no está, carajo! Ni rastro de ella. ¡Y la muy puta de la madre no quería decirme nada! Fue al hacerle la maleta cuando vi la ropita del bebé en el armario. No me gusta una mierda este asunto.

Santos empieza a hacerse una idea de lo que ha ocurrido. Seguramente la

madre ha mentido sobre el sexo del bebé para intentar protegerlo. Si don Dimas sospecha que ese bebé existe, es seguro que lo buscará.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ni puta idea. Es probable que don Dimas no sepa nada, de lo contrario me habría encargado hacer algo con la niña. Pero tampoco sería raro que lo descubra.

—Sabes que si se lo cuentas removerá cielo y tierra hasta dar con esa niña. Y puede que te encargue deshacerte de ella.

—Ya lo sé. Creo que de momento no voy a decir nada. Pero ten los ojos bien abiertos por si te enteras de algo. Me jode que vainas como esta me compliquen la vida. Carajo, ¿es que no puede tener la polla dentro de los pantalones para variar? Tiene putas de todos los tamaños y colores a su servicio y tiene que andar chingando con la primera de la que se encapricha. Puta madre.

—Descuida. Si me entero de algo, te avisaré.

Chucho se reclina y apoya los pies en la esquina de la mesa. Echa la cabeza hacia atrás y expulsa el humo de su cigarro hacia arriba.

—¿Cómo está tu mexicanita guapa?

—Pues no te lo vas a creer.

Chucho gira la cabeza hacia su amigo, intrigado. Santos lo mira y sonríe. Chucho quita los pies de la mesa y se incorpora.

—¿Qué pasó, cabrón? No la habrás dejado...

Santos asiente sin decir nada. Chucho se palmea las rodillas y profiere un aullido prolongado. Se levanta y abre los brazos.

—¡Ven aquí, pinche hijo de la gran puta! Enhorabuena, mi hermano. ¡Dame un abrazo!

Santos se levanta y Chucho lo abraza con fuerza y le besa en la mejilla.

—No lo sabe nadie aún, hace apenas dos días que me lo dijo.

—Dale un buen beso de mi parte, amigo. Dile que estoy muy feliz de que vayáis a hacerme padrino. Porque sabes que mataré a cualquiera que intente quitarme ese honor.

—Tranquilo hermano. El puesto es tuyo.

En ese momento el teléfono de Santos avisa de que tiene un mensaje. Mira la pantalla y ve una dirección y una hora. Allí es donde debe reunirse con don

Dimas. Nunca sabe dónde van a encontrarse hasta poco antes de la cita, cosas de la seguridad y la paranoia.

—Tengo que ver a don Dimas. Quiere pagar en persona.

—No le digas que me has visto. Si intuyes que puede saber algo de la niña, ándate con ojo.

Chucho se mete el paquete de tabaco en el bolsillo de su camisa y apura la cerveza de un trago. Se abraza de nuevo a Santos para despedirse.

—Suerte, compadre.

10

Mientras espera sentado en un taburete, Santos ha tomado una decisión. Nueve de agosto. Ese fue el día en el que su perro, Roy, murió tiroteado por su padre; y ese será el día en el que su hijo, Roy, nacerá oficialmente. Es una buena idea; de hecho, no se le ocurre otra mejor. Las fechas cuadran y resultará creíble que el niño nazca en agosto. Lupe no será difícil de convencer.

El bar de Leo está desierto a estas horas. En la confluencia de Candelaria con la Doce no hay mucho movimiento. El dueño le ha servido un café y seca con desgana tazas y vasos tras la barra. El local está todo forrado de madera oscura, e iluminado escasamente por unas pocas bombillas amarillentas. Huele a lo que huelen los bares nocturnos por las mañanas: cerveza, tabaco y detergente. Al fondo una cortina gruesa de color granate oculta un reservado. Fotografías de boxeadores antiguos cuelgan de las paredes. Algunas de ellas están dedicadas. El dueño es un viejo calvo con aspecto de haber pisado más de un ring y algún que otro penal. Es muy probable que el sitio pertenezca a don Dimas. Como tantas otras cosas en la ciudad.

Santos ve entrar a dos tipos reflejados en el espejo que hay tras la barra. Uno de ellos, Pinto, no necesita escalera para cambiar las bombillas. El otro, Rosco, debe pasar por algunas puertas de perfil. Guardia pretoriana. Visten trajes oscuros con camisa negra. Rosco pasa a inspeccionar el reservado y los lavabos. Santos observa a través del espejo cómo Pinto no le quita ojo de encima. Cuando Rosco sale y le hace una señal, Pinto se acerca a la entrada y abre la puerta. Don Dimas entra y pasa directamente al reservado como si no hubiera nadie en el bar. Otros dos hombres montan guardia en la entrada. Los dos de dentro se sitúan a la espalda de Santos. Se sabe el protocolo de

memoria; no hace falta que le digan nada. Se baja de su taburete, apoya las manos sobre la barra y separa las piernas. Lo cachean a conciencia. Santos aguanta el manoseo sin protestar. Cuando termina, Rosco le indica que puede pasar.

Don Dimas está sentado en la mesa del reservado, un cubículo en forma de u, con asientos y respaldo de cuero acolchado. Ha dejado su abrigo y su sombrero junto a él.

—Hola Santos. Toma asiento.

—Gracias. —Santos se sienta frente a don Dimas.

Pinto se asoma apartando la cortina.

—Un café solo, Pinto. ¿Tú tomas algo, Santos?

—No gracias, acabo de tomar un café.

Pinto desaparece y Santos nota tras la cortina la presencia de Rosco.

—¿Cómo te trata la vida, Santos? —Don Dimas ha sacado un puro del bolsillo interior de su chaqueta —. ¿Te importa que fume?

Santos niega con la cabeza.

—Chucho me ha dicho que todo ha ido bien. ¿Es cierto?

—Así es, ningún problema. Pero tengo una pregunta, si me lo permite. ¿Por qué yo? Quiero decir, era un trabajo sencillo, podría habérselo encargado a cualquiera de sus hombres.

—Hay asuntos que prefiero queden en un ámbito, digamos... más privado, no sé si me entiendes.

Santos asiente con la cabeza.

—Como quiera, es su dinero.

Don Dimas extrae de su abrigo un sobre marrón y lo deposita encima de la mesa. Santos lo coge y lo guarda en el bolsillo de su chaqueta sin abrirlo. La mirada de don Dimas requiere una explicación.

—Son muchos años, don Dimas. Además aunque no estuviera todo, usted sabe que nadie osaría protestar.

Don Dimas suelta una risotada mientras corta el extremo de su puro y arroja la punta en un cenicero de cristal sobre la mesa. Pinto entra con el café y lo deja frente a don Dimas. Sale sin decir palabra. Don Dimas saca un mechero de oro y enciende el puro girándolo con suavidad.

—No solo tienes cojones, Santos, sino que además eres listo. Me vendría

bien alguien como tú a mi lado.

—Se lo agradezco don Dimas, pero ya sabe lo que dicen: el buey suelto bien se lame. Me gusta ir a mi aire. Además, ahora voy a tener cosas delicadas que atender.

—Sorpréndeme.

—Es Lupe —dice Santos a la vez que hace un gesto con sus manos imitando la tripa de una embarazada.

—¡Joder! ¡Sí que me has sorprendido! Enhorabuena, la familia es lo más importante de este mundo, Santos, lo más importante. No lo olvides.

Don Dimas le tiende la mano y Santos se la estrecha. Aún sin soltar la mano de este, pregunta:

—¿Va a afectar esto en algo a nuestros asuntos?

—No lo creo. Espero poder seguir atendiendo el negocio como hasta ahora. Ya sabe que Lupe no es una mujer posesiva.

Don Dimas retira la mano, apoya los codos sobre la mesa, da una honda calada de su puro y apunta luego con éste a su interlocutor.

—Ay Santos, déjame decirte que las mujeres se transforman cuando se quedan embarazadas. Se vuelven caprichosas e impredecibles. No la subestimes, es el mejor consejo que puedo darte. Yo vivo rodeado de mujeres. El señor quiso hacerme pagar por mis pecados obligándome a vivir con esposa, suegra y tres hijas. Hay días en los que mi casa parece una boutique de moda. Cuando las veo salir de compras a las cuatro, sé que esa tarde toca pase de modelos y es momento de salir con cualquier excusa. Sé lo que me digo, muchacho.

—Tendré en cuenta sus consejos.

—Harás bien. Y hablando de trabajo, tengo otro encargo para ti. También de naturaleza personal. Es un asunto delicado, para el que necesito a un hombre solo, pero a uno bueno. Uno como tú. —Don Dimas se apoya sobre el respaldo acolchado, saca una fotografía del bolsillo de su chaqueta, la desliza despacio por encima de la mesa, da una calada al puro y se queda mirando las volutas de humo que ascienden—. Ahora quiero que escuches una historia.

Santos mira la fotografía en la que se ve a un hombre de torso desnudo con pantalones de camuflaje y botas militares. Su piel casi negra está comida por el sol. Se fija en la mandíbula alargada, la nariz recta y la frente despejada;

pero lo que más llama su atención es la mirada de ese hombre. Una mirada vacía, de ojos profundamente negros que recuerdan a los de una serpiente. Para cuando don Dimas comienza su relato, Santos ya ha grabado esa mirada en su memoria.

—Verás Santos, voy a hablarte de algo que ocurrió al sur, en Colombia, hace ya casi dieciséis años, en un pequeño pueblito llamado El Sembrado, a tres horas al sur de Cartagena.

11

—A este pueblito lo llamaban “la tierra bendita”; de sus quebradas y sus cerros salía el mejor tabaco, la yuca más dulce y el plátano más sabroso de toda la región. El agua fresca colmaba los pozos bajo sus tierras, y hasta tenían un acueducto. No era un pueblo rico; sus casas eran humildes, pero sus gentes vivían felices. Algunos juran haber visto jaguares entre sus matorrales frondosos y en las veredas de la selva.

A ese paraíso llegó un día la policía a poner orden entre la bonanza. Poco más tarde, aparecieron las Farc, atraídas por su cercanía al mar y sus riquezas. Resultó que los guerrilleros tenían más hombres, más armas y más cojones. Y cinco años después, ya eran dueños y señores del lugar, que se convirtió en uno de sus centros de operaciones. Allí llevaban a algunos de los secuestrados, organizaban sus emboscadas, guardaban el ganado que robaban. Incluso se dice que allí tomaba vacaciones Martín Caballero, unos de sus jefes míticos, que llegó a planear atentados contra el Presidente Uribe y contra el mismísimo Clinton.

Las Farc controlaban las escuelas y sedujeron a las jóvenes más ingenuas con sus cuentos revolucionarios, así las ganaban para su causa. Algunas se dejaron enamorar por esos machitos de torso desnudo y fusil al hombro; sucumbieron a ese sueño romántico de la vida en el monte. A esas no las volvieron a ver.

Pronto empezaron los asesinatos. Grupos armados mataban campesinos honrados y maestros acusándolos de guerrilleros. Al parecer, ganaderos de la zona, hartos de que la guerrilla les robara su ganado, contrataron paramilitares para buscar justicia.

La gente tuvo miedo y más de siete mil lugareños huyeron de la región.

Entre esos lugareños estaba la familia Vázquez. Juan, el padre, su mujer Daniela y cuatro hijos, dos varones y dos hembras, Luz Marina, una niña de doce años y Adriana, su hermana mayor. Huyeron a casa de una prima en San Pedro, donde se hacinaban con otras veinte personas sin apenas agua y sin nada que hacer más que echar de menos su pueblito.

Unos meses más tarde, la Armada Nacional entró en El Sembrado y garantizó que era seguro retornar. Juan quiso creerlo, reunió el valor y a Luz Marina, la única de la familia que quiso acompañarlo, y junto con otras cuatro familias regresaron. Fueron los únicos a los que no los venció el miedo.

El pueblo estaba intacto, pero no había ni perros por las calles. La casa de los Vázquez estaba patas arriba, tal y como la habían dejado. Luz Marina y su padre se acomodaron en una vivienda abandonada cerca del parque. Mientras ella cocinaba y lavaba, él arreglaba ese pueblo fantasma y procuraba cosas de comer. Así vivieron durante casi un año. Al cabo de ese año, ya fueron muchos los que regresaron; hubo de nuevo maestros en las escuelas y el lugar se recuperaba poco a poco.

Pero los guerrilleros volvieron. Heridos en su orgullo, violentos y con ganas de demostrar cosas. Se hicieron de nuevo los amos, y durante dos años controlaron el pueblo. Hasta que llegó febrero del año dos mil.

El rumor de que los paramilitares estaban cercando el pueblo se materializó cuando empezaron de nuevo los asesinatos. A las ocho de la mañana tan solo las cigarras se escuchaban en El Sembrado cuando las hélices de un helicóptero en vuelo rasante rugieron por todo el pueblo. Los paramilitares abrieron fuego y la gente se refugió en las casas presa del pánico.

Un joven de dieciocho años que conocía a Luz Marina la vio entrar en una de las casas y fue a buscarla. La agarró del pelo y le dijo: “O sales o te mato”. Ella se negó, pero entonces el chico dijo: “O sales o mato a tu mamá”; y ahí ya no pudo decir que no. Luz Marina salió y se puso en una fila de mujeres que caminaban con la cabeza gacha y las manos en la cabeza, mientras les apuntaban los fusiles.

A las once de la mañana, las llevaron a la iglesia y las hicieron sentarse en los escalones del atrio. A los hombres los llevaron al campo de fútbol. En la iglesia, ella reconoció entre los paramilitares a un joven vecino suyo que

había estado con la guerrilla; llevaba unas zapatillas amarillas que destacaban entre las botas negras militares.

Pasado un buen rato, llegó un paramilitar vestido de civil, se comunicaba con un radiotransmisor y parecía uno de los jefes. Lo apodaban “Pantera”. Se quedó frente a Luz Marina y le preguntó: “¿Tú eres Nieves Sánchez?”.

A Luz Marina siempre la habían confundido con Nieves Sánchez. Tenían la misma edad, el mismo pelo, negro y largo hasta la cintura, los mismos ojos. La diferencia era que Nieves andaba de romance con uno de los guerrilleros y, se decía, llevaba dos meses de embarazo en su vientre.

Luz Marina dijo que ella no era Nieves, que estaba sentada a su lado temblando. Pero no la delató. Ella no era así. El jefe, Pantera, le advirtió que si era Nieves, la mataría por ser mujer de guerrillero, y si mentía, la mataría por mentirosa. El hombre salió para volver al poco empujando a un joven guerrillero. Lo puso frente a las mujeres y le ordenó señalar a las que tenían romances con sus compañeros. El chico, apenas un niño, lloraba de miedo con la cabeza baja. Ni siquiera la levantó, ni siquiera miró a las mujeres. Señaló al azar con su dedo a Candelaria López, de cuarenta y seis años, y la sacaron fuera. Fue la primera en morir.

Pantera regresó mientras tanto a la iglesia y ordenó a Luz Marina que se fuera con él, había que preparar la comida de sus hombres. La madre imploró que se la llevaran a ella, que la niña no sabía cocinar. Pero el jefe tomó a Luz Marina del brazo y la sacó de allí a empujones. La condujo a una casa contigua a la iglesia. Al llegar vio a uno de los paramilitares desangrándose en un colchón. Un campesino asustado le había cortado una mano. Pantera la cogió del pelo y le acercó la cara al muñón sangrante para que viera, le dijo, “lo que uno de los tuyos ha hecho a uno de los míos”.

En aquella habitación había al menos veinte hombres, muchos de los cuales iban encapuchados. Luz Marina no vio fogones, ni cazuelas, ni pucheros, ni comida alguna. Y supo que no estaba allí para cocinar. Le preguntaron entre burlas si sabía lo que iba a pasar. Y la pobre niña, lúcida pese al miedo, dijo que por favor no la torturaran, que simplemente la mataran y ya. Entonces el que hacía de jefe, Pantera, señaló a tres de los hombres con el dedo y ordenó salir a los demás. Entre los que se quedaron, encapuchados, vio las zapatillas amarillas del joven que era hijo de los vecinos de sus papás.

Le ordenaron sentarse. Luz Marina sabía que lo tenía todo perdido y debió pensar que el orgullo era lo único que no le podrían quitar. Contestó que no se sentaba porque de todas formas la iban a matar. Su orgullo enfureció a Pantera, que ahora le gritaba que se arrodillara y pidiera perdón. La llamó perra guerrillera, puta malparida. Y la niña, muy serena en su locura, contestó: “No me arrodillo, ustedes me matarán, pero al menos yo me llevo ese honor”. El hombre la golpeó entonces con su fusil en las rodillas, y para su asombro, vio cómo Luz Marina quedó en pie, insensible al dolor y a la violencia. Y lo que ocurrió después no tiene nombre.

Esa niña, Santos, era apenas una virgen de quince años, a quien el amor aún no le había erizado la piel, ni anidado mariposas en el vientre. Pantera la arrastró hasta una de las habitaciones, se bajó los pantalones y la violó como un animal. Luego la golpeó con violencia y llamó a los otros tres para que hicieran con ella lo que quisieran. Luz Marina trató de resistirse al segundo, que era su vecino de las zapatillas amarillas, intentó quitarle la capucha, pero su fuerza era nada contra la de cuatro hombres. Le cortaron el pelo, le pintaron la cara como a un payaso, le tatuaron una cruz en el muslo, la insultaron y se burlaron de ella. Después de la segunda violación, sintió que la vida se le iba por la sangre que manaba y perdió el sentido.

La tarde ya caía, y fuera de la casa en la que Luz Marina yacía inconsciente, la masacre se había consumado. Sesenta y cinco personas habían sido torturadas, desmembradas y asesinadas. Hombres, mujeres, niños. Apenas se daba abasto para llorar a los muertos. Los paramilitares dieron orden de que todos se encerraran en sus casas y no saliera nadie. A Luz Marina la dieron por muerta, y así la encontró su madre y un primo, que le tomaron el pulso sacándola de su inconsciencia. La llevaron a una casa cercana donde estaba el padre, que fue el único, aparte de la madre y el primo, que pudo verla en ese estado.

A los once días huyeron del pueblo. Abandonaron aquel lugar que había quedado sin alma. Su casa de paredes azules había sido quemada, y con el fuego ardieron todos sus buenos recuerdos, reducidos a la nada.

Aquellos días de éxodo, Luz Marina los tiene borrosos. Recuerda que se bañaba diez veces al día y que ni así lograba sentirse limpia. Se frotaba todo el cuerpo, pero lo que intentaba era lavarse el alma. Tardó treinta días en

volver a hablar, muda por la masacre que había vivido. Le asustaban los ruidos, la gente, la luz. Sus noches se llenaban de llantos, y cuando alguien preguntaba qué le pasaba a la niña, su madre solo contestaba que extrañaba la casa. Doña Daniela y ella se confabularon para ocultar la violación y la vergüenza.

Una vez, aparecieron unos hombres que enseñaban fotos para que se identificara a los agresores. Luz Marina no quiso ni mirarlas. Aún con el cuerpo y el alma doloridas, no quiso revivir aquel horror. Un mes más tarde, se tomó un frasco entero de pastillas, para morir. Pero Dios aún no quería que se fuera y vomitó intactas las pastillas. El médico que la atendió dijo que seguramente el novio la había dejado, y no hizo informe alguno del suceso.

Luz Marina dejó de estudiar porque no podía soportar su propia vergüenza. Algún tiempo más tarde, trabajando en Cartagena, conoció a un hombre que ella creyó bueno y la cautivó con sus cuentos. Ella se dejó enamorar y con la verdad asfixiándola, quiso contarle su historia a ese hombre bueno y comprensivo.

La respuesta ya la imaginarás. El hombre comprensivo se fue, dejándola embarazada, argumentando que no quería estar con una mujer a la que habían violado cuatro hombres. Así nació su primera hija.

Un tiempo después, la historia vino a llamar a su puerta de nuevo, pero no traía noticias diferentes. Otro hombre que dijo amarla, la dejó de nuevo embarazada y luego resultó que era casado. Nació así su segundo hijo.

Lejos del Sembrado la vida se le hacía insoportable, y al final se unió a un grupo de unas doscientas personas que, como ella, querían regresar al pueblo en el que una vez fueron felices. Tuvieron que abrir brecha a machetazos, pues la selva se había tragado los caminos. Las pocas paredes que aún permanecían en pie estaban comidas por la maleza, crecían árboles dentro de las casas, los aljibes contaminados. Luz Marina levantó su casa de la nada con la ayuda de los otros, crió a sus dos hijos y allí sigue, con más valor del que muchos hombres tendrán nunca.

Cuando don Dimas termina su relato, Santos no dice nada, simplemente se le queda mirando.

—Ya sé lo que te estás preguntando. Que qué tengo yo que ver con Luz Marina y por qué te cuento esta historia. Bien, el hombre que está en esa foto

es Pantera, el jefe que violó primero a la niña. Y Daniela, la mamá de Luz Marina, es prima de mi mujer. Ella dice que recuerda haber estado de joven en El Sembrado, visitando a su prima. Era un pueblo pobre, como eran todos entonces, pero lindo.

—¿Quién le ha contado la historia?

—Verás, la mamá se dio cuenta de que su hija no iba a ser feliz. Llevaba una serpiente envenenada en las entrañas y le estaba comiendo poco a poco las tripas. Buscó ayuda y los psicólogos le dijeron que la serpiente solo moriría si Luz Marina era capaz de contar su historia, de sacarla de dentro, expulsarla. La niña, hoy ya una mujer, se resistió al principio, pero en el fondo sabía que los psicólogos tenían razón, que había algo dentro de ella que la estaba matando lentamente de pena y de vergüenza. Ahora ya cuenta su historia, y ayuda a otras mujeres que sufrieron como ella a sacar a la víbora de dentro.

—¿Qué quiere que haga?

—Verás, Santos, yo no entiendo de psicólogos, pero sí de justicia y de cómo se mata una víbora. Quiero que me traigas su corazón en un tarro.

Santos sabe que don Dimas lo dice en serio, que quiere que le arranque el corazón y se lo traiga.

—¿Dónde lo encuentro?

—Costa Rica. Detrás de la foto tienes apuntadas las coordenadas donde ahora vive con otro nombre. Se hace llamar Alfredo.

—¿Es todo?

—No, no es todo. Quiero que te asegures de que cuando muera, sepa exactamente por qué muere. No me importa lo que cueste. Tú tráeme su corazón y luego pones el precio. El que sea.

Santos asiente y don Dimas se levanta despacio. Recoge su sombrero, dobla el abrigo sobre el antebrazo y, antes de salir, pone su índice sobre la foto que yace sobre la mesa.

—Su corazón.

12

Santos despliega el periódico que la azafata le ha ofrecido poco después del despegue. Cuarenta y nueve presos acaban de morir durante un motín en el penal de Topo Chico, en Nuevo León. Una reyerta por el control dentro de la cárcel. La historia de siempre. Los Zetas. Uno de los jefes, Juan Pedro Saldívar Farías, alias “Z-27” es trasladado a Topo Chico, y al entrar pretende hacerse con el mando, sin importarle que ya haya un líder dentro de la cárcel, Iván Hernández Cantú, alias “El Credo”, miembro del cártel del Golfo. Resultado: una masacre.

Santos se asoma a la ventanilla del avión y desde lo alto puede ver parte de los tres mil kilómetros de frontera que separan México de los Estados Unidos. Un desierto en el que se libran guerras de todo tipo. Los narcos delimitan sus territorios, la DEA intenta frenar la avalancha de droga que cruza los límites cada día, los inmigrantes tratan de alcanzar el sueño americano, la policía mejicana sufre una oleada de deserciones entre sus filas, hombres que pasan a trabajar para los narcos atraídos por los jugosos incentivos salariales.

Cuando George W. Bush firmó en 1992 el Tratado de Libre Comercio con México y Canadá, ignoraba que acababa de abrir todas las autopistas de la droga entre México y Estados Unidos. El transporte por carretera se convirtió en la manera más segura de mover cocaína, marihuana, heroína y ahora el nuevo maná, la metanfetamina, el cristal. Miles de camiones legales cruzan por los pasos fronterizos a diario, y es materialmente imposible controlarlos a todos. Un buen número de esos camiones transportan droga y la distribuyen en el país de las oportunidades.

Existen cuatro grandes cárteles del narcotráfico en México. Y Santos los

conoce bien. El de Tijuana, que controla la zona de Baja California y pugna por el territorio con el cártel de Sinaloa. Junto a estos están el de Juárez, que domina el centro del país y al que pertenece don Dimas, y el cártel del Golfo, que opera en el golfo de México. Y luego están los Zetas. Al principio, Los Zetas eran el brazo armado del cártel del Golfo, pero pronto adquirieron tanto poder que decidieron establecerse por su cuenta. No sin antes provocar una guerra a lo largo de toda la frontera noreste de México. Los Zetas nacen cuando un grupo de militares de los cuerpos de élite mejicanos deciden aceptar la oferta de trabajo de los narcos y se pasan al bando contrario. Mejores sueldos, mejores armas, mejores perspectivas. Y ahora están en el punto de mira de todos, funcionan con una férrea estructura militar, reclutan y adiestran a sus hombres en campos de entrenamiento, como si se tratara de cuerpos de élite. Y realmente lo son, solo que su actividad se circunscribe principalmente al secuestro y la extorsión. Una nueva afianza con el cártel del Golfo trata de volver a la antigua paz, pero sin duda la masacre de Topo Chico no ayudará.

El piloto anuncia que la duración estimada del vuelo será de unas seis horas. Tomarán tierra en el aeropuerto Juan Santamaría, en San José de Costa Rica, a las dos de la tarde. Santos pliega el periódico, reclina su asiento y cierra los ojos.

Repasa mentalmente que todo esté bajo control en casa. Ha remolcado el Ford con su camioneta para dejarle a Lupe el vehículo en la cabaña, en caso de que algo sucediera. Roy sigue sano y sonriente. Es una sensación nueva, llegar a casa y que la alegría lo inunde todo. No está acostumbrado. Y le gusta. Aunque también le preocupa. Ha dicho a Lupe que tiene que entregar una moto en Phoenix, lo cual es cierto; y subir hasta San Francisco a recoger otra, lo que es falso. Son más de mil quinientos kilómetros por carretera, y le llevará un par de días de ida y otros tantos de vuelta, más uno o dos días que pasará en la ciudad. Lupe no lo espera antes de una semana. Ella ha protestado un poco, pero sabe que Santos no es hombre al que se pueda manejar. Y a ella le gusta así. No es raro que pase varios días fuera recogiendo o entregando motos, por lo tanto no se preocupa demasiado.

Santos ha dejado su camioneta aparcada en el aeropuerto de Phoenix, donde ha cogido un vuelo con destino a Costa Rica. No es la primera vez que

va, y espera que no sea la última. Es un sitio hermoso. Un paraíso en la tierra. El lugar que uno elige cuando quiere vivir tranquilo una temporada, sin que nadie lo moleste. Por eso es un destino habitual entre millonarios anónimos, narcos en época de retiro espiritual o terroristas en busca y captura. Como Pantera.

Santos no es un hombre que se impresione con facilidad, pero el relato de don Dimas sobre la masacre del Sembrado le ha dejado inquieto. No es por la masacre, de esas ha visto algunas. Es por cómo lo relató don Dimas. Había algo incluso poético en la forma de contarlo, en la manera de describir las atrocidades. Tal y como lo haría un auténtico psicópata. Le consta que don Dimas ha ordenado o es responsable de la muerte de cientos de personas; y ahora busca venganza porque violaron a la sobrina de su mujer. Son las cosas de los narcos. Su extraño sentido del honor y la justicia. Su amor por la familia; siempre la familia. Santos nunca lo ha entendido. Él odia a su padre y su madre está muerta por culpa de este. Eso es la familia para él. Odio y muerte. Y ahora está Roy.

Santos saca la foto de Pantera del bolsillo de su camisa y le da la vuelta. La dirección son unas coordenadas geográficas. Ha tenido tiempo de estudiarlas y ubicarlas en el mapa. La maldita cordillera de Talamanca, en el sureste, en la frontera con Panamá. Don Dimas no es estúpido, sabe que muy pocos hombres se aventurarían en ese lugar, ni por todo el oro del mundo. El río Telire, una amplia zona que ni siquiera los colonos Españoles pudieron hollar hace quinientos años. En tan solo cuarenta y cinco kilómetros, la tierra se eleva hasta casi los cuatro mil metros del cerro Chirripó. No hay caballo que aguante. Territorio de la tribu cabécar. Es un eslabón inconquistable, bastión de rebeliones y uno de los pocos lugares casi vírgenes de la vasta e insondable región talamanqueña. Santos conoce el lugar. Tanto como puede hacerlo alguien que no sea indígena.

El río Telire es una larga serpiente que clava sus dientes en el Chirripó por el sur y coletea hacia la frontera de Panamá por el este, ya convertido en el río Sixaola. Es un territorio en el que los forasteros no son bienvenidos. Los cabécar son una de las pocas tribus nativas que han resistido la invasión de la civilización occidental. Junto con la tribu bribbí, resistieron los intentos de explotación minera y petrolífera, salvando así su idioma y su cultura. Hablan

un dialecto indescifrable, aunque la mayoría de ellos conocen un poco el español.

Pero algo está cambiando. Los cabécar son indígenas, pero no estúpidos. Son un pueblo agricultor y cazador, solo que ahora algunos cultivan marihuana. Es el único producto que pueden vender. La marihuana sale en sacos hacia Puerto Limón por el norte o hacia Panamá por el este. El territorio es absolutamente inaccesible si no es en helicóptero desde Pandora, en el valle la Estrella. Y aun así, solo se puede llegar si la niebla lo permite. Si desde Pandora no se ven los cerros, los helicópteros no vuelan. Es un sistema de seguridad perfecto, sin fisuras. Si hay niebla, los indígenas pueden trabajar tranquilos. Si está despejado, deben estar atentos al sonido de los helicópteros. La policía costarricense organiza varias incursiones al año para quemar plantaciones, pero jamás detiene a nadie. Para cuando los agentes montan el campamento, los indígenas han tenido tiempo de sobra para escapar. La caminata que a un policía entrenado le lleva unas cuatro horas, los indígenas la recorren en menos de dos. Hay tres días a pie hasta cualquier zona habitada, da igual en qué dirección se camine; y eso si se va ligero. Si se lleva carga, el trayecto puede costar seis días. No hay caballo ni muía capaz de andar por ese terreno, siempre embarrado, solo puede hacerse caminando. Cruzar el río es jugarse la vida, siempre. Y no hay muchos dispuestos a ello. En Costa Rica se dice que hay dos clases de personas, las que conocen Talamanca y las que no. Santos es de las primeras.

13

Lupe no recuerda haber vivido un solo día sin miedo antes de que Santos la sacara de la hacienda de don Dimas. Y tampoco puede recordar haber sido tan feliz como lo es ahora. Lleva a Roy dormido en una mochila que cuelga en su pecho. Puede sentir al bebé junto a su corazón, respirando tranquilo. Ha estado lloviendo por la tarde, y como siempre, cuando cesa la lluvia, Lupe ha ido a visitar su nuevo lugar favorito. Es un claro en mitad del bosque en el que crecen miles de campanillas azules sobre la hierba. El sol hace brillar las gotas de agua sobre los pétalos y el lugar se inunda con una luz azulada, mágica, irreal.

Esa misma noche, Lupe se despierta sobresaltada. Algo no va bien. Puede sentirlo. Se levanta de un brinco, enciende la luz y se inclina sobre la cuna de Roy. El bebé tiene los ojos en blanco y se arquea como un reptil herido. Lo coge y posa sus labios sobre la frente del pequeño. Está ardiendo. Debe actuar rápido, está convulsionando de fiebre. Lo desnuda y lo lleva al cuarto de baño. Pone una toalla bajo el grifo de agua fría y envuelve a Roy con ella. Tiene que bajarle la temperatura, como sea. El bebé empieza a llorar desconsoladamente. Aguanta pequeño, no te me vayas ahora, aguanta. Mamá está aquí.

Lupe lo lleva al dormitorio aún envuelto en la toalla húmeda. Se viste con lo primero que encuentra sin apartar la vista de Roy. Piensa Lupe, piensa. No te olvides nada importante. Seca al pequeño un poco y lo protege con una manta de ganchillo, lo coloca en la silla de bebé y, ya en el salón, busca su bolso y las llaves del coche. Fuera, en el porche, todo está oscuro y hace frío. Mete al bebé en el coche, ata la silla en el asiento del copiloto y arranca. Mantiene su ventanilla ligeramente abierta, debe conseguir que siga bajando su

temperatura corporal. Por su cabeza empiezan a pasar miles de imágenes. Trata de concentrarse en la carretera. No pensar. Conducir todo lo rápido que pueda. El llanto de Roy es ahora un gemido apagado. De pronto, a la salida de una curva, un par de ojos brillan en mitad de la calzada y los faros iluminan a un mapache que ha quedado cegado, inmóvil. Lupe frena bruscamente y da un volantazo; el coche derrapa y se detiene a escasos centímetros del borde de un terraplén. Lupe agarra el volante con fuerza y siente ganas de gritar. Pero no puede permitírselo. Los gemidos de Roy son todo lo que se escucha. Vamos Lupe, vamos, puedes hacerlo. Da un hondo suspiro y arranca de nuevo el vehículo. En su mirada hay ahora rabia y determinación. Esto no va a poder con ella. Debe llegar al hospital lo antes posible. Sabe que el tiempo es importante. Piensa en la Virgen de Guadalupe, su protectora. Reza en voz alta y se encomienda a ella una y otra vez. Suplica mentalmente para no equivocarse el camino mientras acelera todo lo que puede. El miedo la atenaza cada vez que llega a un cruce, está siguiendo su instinto para no perderse. Espera que haya algún hospital antes de llegar a la ciudad. Recuerda haber pasado por algunos pueblos que quizá tengan servicio médico de urgencias. Llega a la US 285 y respira aliviada, está en el buen camino, ya solo tiene que seguir la carretera hacia el sur. Pasa por Ojo Caliente como una exhalación, continúa paralela al río atravesando las Cañadas y llega al cruce con la 85. Gira a la izquierda y continúa hacia El Duende y Hernández. Irónicamente pasa frente al restaurante Socorro's, y un poco más adelante, en las inmediaciones de Española, ve el cartel: *Hospital Presbiteriano Española*. Y hay luces encendidas. Unos pocos coches descansan en el aparcamiento. Lupe detiene el vehículo en la entrada, baja y saca a Roy de la silla sin molestarse en cerrar las puertas. Como si supiera que han llegado, el pequeño deja de llorar y se sumerge en un sueño febril. Lupe entra en la recepción donde una enfermera joven parece leer tras el mostrador, bajo un flexo.

—¡Por favor! ¡Necesito Ayuda! ¡Mi hijo!

14

El avión toma tierra en el aeropuerto Juan Santamaría a la hora prevista. El piloto informa de que la temperatura en el exterior es de treinta y cinco grados y está lloviendo. Santos ya lo esperaba. Época de lluvias. Recoge del compartimento superior su pequeña bolsa de viaje y, al salir de la aeronave, la humedad le golpea con fuerza. Se había olvidado de la diferencia entre un calor seco y uno húmedo: sudor. Se dirige a la salida de la terminal, atraviesa una nube de taxistas que ofrecen sus servicios a los turistas y se lía un cigarrillo mientras localiza la *minivan* de la compañía en la que ha reservado un todoterreno por Internet. Si en Costa Rica alquilas un vehículo corriente, es casi seguro que no vas a llegar muy lejos. Gran parte de las carreteras no están asfaltadas; eso, las lluvias constantes y la necesidad de vadear numerosos ríos, hacen que un todoterreno sea imprescindible.

Santos se sube al vehículo de la compañía que lo lleva a las oficinas situadas a unos pocos kilómetros del aeropuerto. Rellena el papeleo y deja el depósito en efectivo. No ha necesitado cambiar sus dólares, los *ticos* los aceptan de buen grado en lugar de los colones locales. Paga también por un GPS, pese a que lleva el suyo propio en su móvil. En Costa Rica no existen los nombres de las calles, por tanto un GPS normal no sirve para nada. Si uno pregunta por una dirección, puede recibir una respuesta del tipo «Alajuela, Farmacia Ranjel, 150 metros norte, 50 oeste», lo que significa que debe localizar la Farmacia Ranjel en Alajuela, luego caminar ciento cincuenta metros hacia el norte y otros cincuenta hacia el oeste. Y por supuesto, saber situar el norte. Los GPS de las casas de alquiler de coches llevan pregrabados casi todos los puntos de interés del país, da igual que sean iglesias, hoteles, volcanes, cataratas, playas.

Santos introduce «Pandora» en el GPS. Debe ir hasta puerto Limón, en la costa del Caribe, y continuar hacia el sur para luego adentrarse en el interior. Tiene que atravesar la meseta central y hay dos rutas posibles. Una es mala; la otra, peor. Decide ir por el norte y evitar la sinuosa carretera de Turrialba, aunque eso implique el tráfico de camiones que cruzan Braulio Carrillo. La ruta no debería llevarle más de cuatro horas, pero eso, en Costa Rica, es un brindis al sol. Nunca se sabe. Enciende el aire acondicionado y sale en dirección a Heredia para evitar pasar por San José, siempre congestionada por un tráfico infernal. En Heredia se detiene en un almacén de material de acampada para comprar provisiones. Una hamaca, mosquitera, botas de agua, pastillas para encender fuego, varios mecheros y cerillas, un machete, repelente de insectos, cantimplora, barritas energéticas, una mochila. Se demora un poco más en la elección de un buen cuchillo, que esté bien equilibrado y sea cómodo. Lo mete todo en el maletero del Toyota blanco y se pone en marcha.

Al atravesar Braulio Carrillo la lluvia arrecia con fuerza. Nada nuevo. En cuanto pasa a la vertiente caribeña, las lluvias cesan y unas nubes blancas como el algodón surcan el cielo como anticipo de un tiempo más benigno. Santos detiene el vehículo en el puente del río Barbilla y baja para fumar un cigarro y estirar un poco las piernas. Como casi todos los ríos en el país, es un paraje hermoso. La frondosidad de los bosques, las aguas limpias; y algún que otro cocodrilo. Apoya los codos sobre el puente y observa la masa arbórea que se extiende hacia el suroeste. Es la reserva Barbilla, territorio cabécar.

En las inmediaciones de Limón, el tráfico se vuelve más denso. Limón es el puerto de salida de mucha de la droga que se produce en la frontera panameña, y como muchas ciudades portuarias, es un lugar que puede resultar peligroso. La ruta 32 gira hacia al sur poco antes de llegar al puerto, cruza el río Cieneguita y transita paralela al aeropuerto. A partir de aquí, la carretera discurre solitaria junto al mar Caribe, atravesando el río Banano, el Estrella y mucho más al sur, el Telire. Después de cruzar el río Estrella por primera vez, la carretera se aparta de la costa y vira hacia el este, hacia Pandora.

Pandora no es ni siquiera un pueblo, es un conjunto de casas diseminadas a lo largo de la carretera y al otro lado del río Estrella. Para cruzarlo hay un único puente colgante de hierro que un día fue rojo y hoy es puro óxido. Por el

puede solo puede cruzar un coche cada vez, y Santos debe esperar a que lo atravesara una destartalada camioneta que le precede. El suelo está hecho de tablonos de madera que traquetean cuando cruza con su vehículo. Las aguas, normalmente de un verde luminoso, bajan ahora chocolateadas por las lluvias del interior. Al otro lado del río, el valle es una porción de selva deforestada ocupada ahora por algunas plantaciones de bananos, un cementerio con tumbas alicatadas y una pista de aterrizaje. Al aproximarse, Santos reconoce desde la distancia el helicóptero Bell 205 que ha contratado con la compañía AeroDiva para que lo lleve a Piedra Mesa, un asentamiento que la policía antidroga utiliza en sus incursiones en la selva y que sirve también como improvisado Ebai, que es como llaman los *ticos* a los centros de salud.

Santos detiene su vehículo junto al helicóptero y al apearse estira su espalda, entumecida por el viaje. La tarde está cayendo y no quedan ya muchas horas de luz. No hay tiempo que perder. Por suerte no se divisa niebla en las montañas. Se aproxima al aparato junto al que fuma un cigarrillo el piloto. Es un tipo bajito y delgado con la piel quemada por el sol. Viste vaqueros desgastados, un polo verde con una banderita de Costa Rica cosida en la manga derecha, una gorra de visera blanca y gafas de sol de espejo.

—Buenas tardes, soy Santos.

—Pura vida, amigo. Yo soy Moisés, para servirle.

—Encantado, Moisés. ¿Podremos salir ahora? La cordillera parece despejada.

—Llegar no será problema. Pero si el tiempo no me alcanza para regresar a la base, tendrá que pagar un día más de alquiler. ¿Está bien?

Santos sabe que el trayecto es corto y el piloto tendría tiempo de sobra para llegar a San José antes de que anochezca. Pero también sabe que los helicópteros no pueden volar de noche y que no está en condiciones de discutir.

—No hay problema, Moisés. Me hago cargo.

—Perfecto. Démonos prisa, pues. ¿Le ayudo con el equipaje?

—No hace falta, tan solo llevo una mochila con las provisiones. ¿Está bien dejar el vehículo aquí?

—Retírelo allá detrás y no habrá problema. No deje nada de valor dentro y procure que se vea bien vacío el maletero.

Santos saca su mochila con las provisiones del vehículo y lo aparta donde le ha indicado el piloto, junto a unas construcciones de la plantación de bananos que rodea la pista de aterrizaje. Luego regresa caminando y sube al helicóptero.

Desde el aire el río Telire, con sus afluentes, parece una garra que araña la selva de la cordillera de Talamanca desde el cerro Chirripó. El valle es un abanico fluvial compuesto por varios ríos grandes además del Telire, y otros cientos de riachuelos, muchos de ellos parte ya de la cuenca del Sixaola, camino de Panamá. Hay pequeños claros en los que se asientan las casas de los cabécar. Más numerosos cerca de Pandora y cada vez más dispersos a medida que se internan en la selva y el terreno se vuelve escarpado y peligroso. Las últimas luces de la tarde se filtran entre las fuma-rolas de humedad que ascienden desde la espesura; es una visión amenazadora.

—Hermoso, ¿eh?

—Mucho. Es un país muy bello el de ustedes.

—Ahí abajo no es tan bonito.

Santos ríe la advertencia del piloto.

—También lo es, pero hay que andar con cuidado.

—¿Conoce Talamanca?

—Sí, he estado algunas veces. Aunque nadie salvo los indígenas lo conoce bien.

—Cierto. Tenga cuidado con los cabécar. Desde que se cultiva marihuana, los forasteros son aún menos bienvenidos.

—Gracias por la advertencia. Tendré cuidado.

—¿Qué lo trajo acá?

—Busco a un hombre. Otro extranjero.

Moisés no contesta, parece comprender que no conviene hacer demasiadas preguntas.

—¿Sabe si hay alguien en Piedra Mesa?

—Ahora no hay movimiento. La policía hizo su redada trimestral el mes pasado, y los doctores no vendrán hasta dentro de quince días. Es posible que algunos indígenas acudan mañana al escuchar el helicóptero, ellos no entienden de calendarios.

El resto del viaje lo hacen en silencio, con el murmullo del rotor como

banda sonora y el espectáculo sobrecogedor de la inmensidad de la selva bajo la mirada pensativa de Santos.

—Ahí está —avisa Moisés al señalar con el brazo un pequeño claro en la espesura—, Piedra Mesa. No voy a parar el motor al bajar, así que si tiene alguna pregunta, mejor hacerla ahora.

—No hay preguntas. Me recoge en este mismo punto dentro de cuatro días, por la tarde, ¿está bien?

—Está bien. Yo sí tengo una pregunta. ¿Qué pasa si no está cuando vengo, o el tiempo no permite volar?

—Si el tiempo no permite volar, lo sabré. En ese caso esperaré aquí hasta que venga a recogerme. Si el tiempo es bueno y no estoy, espéreme el tiempo que la luz se lo permita y luego márchese. Me las arreglaré.

—Hay tres días a pie hasta cualquier sitio habitado, ¿lo sabe? Y de todas formas no todos saben salir de ahí abajo a pie.

—Gracias Moisés, confío en que no haga falta salir a pie. Y si hace falta, espero ser de los que sí saben.

—Como quiera, señor, es mi obligación avisarle. Estaremos abajo en un instante.

En cuanto los patines del helicóptero tocan el suelo, Santos arroja su mochila, salta y se agacha. Mira a Moisés y levanta su pulgar.

—¡Pura vida, amigo! ¡Que Dios lo ayude!

Santos se despide agitando la mano, se aparta un poco del helicóptero y permanece con la rodilla en el suelo hasta que lo ve ascender, balanceándose en el aire, para girar sobre sí mismo y desaparecer al cabo de un rato tras la espesura.

Tan pronto como deja de escucharse el helicóptero, Santos puede sentir el silencio de la selva, aunque sabe que al caer la noche un recital de sonidos lo invadirá todo.

Piedra Mesa es un simple claro en mitad de la espesura donde se levantan varias cabañas de madera. Junto a estas, se pueden ver los restos de una casa cabécar, hecha de troncos, hojas y bejucos. Santos recoge su mochila y se encamina a una de las casas. La puerta y las ventanas son simples huecos en las paredes de madera y, como casi todas las construcciones en la selva, está elevada un metro del suelo, sobre pilares de madera. Esto impide la visita de

las abundantes serpientes venenosas y evita las torrenteras en época de lluvias.

La cabaña está limpia y no parece que haya sido utilizada recientemente. Santos deja sus cosas junto a la entrada, saca su petaca de tabaco y se sienta con las piernas colgando en el borde del porche. Puede oler la humedad de la selva. La camisa hace rato que se le ha pegado al cuerpo. Lía un cigarrillo y conecta el GPS de montaña para que detecte su posición. Saca el mechero y aspira una bocanada de humo. Se recuesta contra la pared de la casa y piensa en Lupe, en Roy. Enciende su teléfono satélite y está tentado de llamar a casa, pero sabe que no es una buena idea. Debe permanecer concentrado, apartar de su mente todo lo que no sea encontrar a Pantera, ejecutar el encargo y volver lo más rápido que pueda. Extiende un mapa de la zona y varias fotografías aéreas del satélite en las que ha marcado la ubicación exacta de la casa. Calcula que le llevará un día y medio de marcha encontrarla. Busca la manera de llegar sin atravesar ningún río caudaloso.

La falta de luz ha convertido la espesura en una mancha de grises y el cielo es ahora una cubierta oscura en la que empiezan a brillar algunas estrellas. De pronto, un rugido rompe el silencio de la selva y provoca que Santos dé un respingo. Inmediatamente suspira al reconocer que se trata de monos aulladores. Su canto puede ser aterrador si uno no sabe de qué se trata. Un coro de otros monos se une en un recital de aullidos. Es la manera en la que se avisan de un peligro, puede ser un jaguar, un puma o una simple serpiente. Al cabo de un rato, cesa la algarabía y otros muchos sonidos invaden la noche que ya ha caído sobre la selva.

Santos come alguna de las quesadillas de frijoles que ha traído consigo. Es lo único decente que comerá en varios días. Lo demás serán barritas energéticas, geles, avena y algún banano salvaje. El interior de la cabaña tiene un par de garfios en los que cuelga su hamaca. Nunca es una buena idea dormir a ras de suelo en la selva, ni siquiera dentro de una cabaña. Antes de acostarse, coloca la mochila y el machete a un lado, saca la mosquitera y la extiende sobre la hamaca. Sale a la entrada, se baja la cremallera y dibuja con su orina un arco frente a la puerta. Avisa así de su presencia a los visitantes no deseados durante la noche. Luego entra, se quita las botas y las coloca boca abajo, cuelga la ropa, se pulveriza repelente de insectos y se tiende en la

hamaca. Sabe que dormirá poco y mal, deberá ponerse en marcha en cuanto la luz lo permita. La humedad y el calor son insoportables. Cierra los ojos y se duerme imaginando a Lupe y a Roy en la cabaña del bosque, a miles de kilómetros de allí. Su familia.

15

A Lupe se le pone un nudo en la garganta cuando ve a un médico con gesto serio dirigirse hacia ella en la sala de espera. Ha estado rezando a la Virgen de Guadalupe sin descanso, una y otra vez, obsesivamente. La otra opción era llamar a Santos, y no quiere hacer eso, al menos hasta saber cómo está Roy. Lupe se pone de pie y el doctor le sonrío y le tiende la mano. Ella se la estrecha con la poca energía que le queda.

—¿Lupe?

Lupe asiente con la cabeza.

—Soy el doctor Swanson, pediatra de guardia.

—¿Cómo está mi hijo? —Lupe ni siquiera ha escuchado el nombre del médico. Es un hombre de pelo cano con gafas de pasta negras, y cuando sonrío, a Lupe le parece la sonrisa más bonita que ha visto en su vida.

—Bien, bien. Ahora está dormido, ha sido solo un susto, de momento no hay nada de qué preocuparse.

Al escuchar estas palabras, a Lupe le abandonan las fuerzas que la han mantenido en pie, las piernas se le aflojan y tiene que sentarse. Su cuerpo se relaja y comienza a llorar desconsoladamente, liberando toda la tensión, toda la angustia que ha estado reteniendo hasta ese momento. Se tapa la cara con las manos y sus hombros tiemblan con el llanto.

El doctor Swanson está acostumbrado. Se sienta a su lado y posa una mano sobre el hombro de Lupe. Ambos están solos en la sala de espera.

—Lo siento, doctor.

—Vamos, no sea tonta. No se disculpe por llorar. Es muy normal cuando se trata de un niño pequeño. ¿Quiere un vaso de agua?

—No —contesta Lupe enjugándose las lágrimas con las manos—, está

bien. Cuando lo he visto con los ojos en blanco y temblando, me he asustado mucho.

—Es normal, ya sé que es muy alarmante, pero no suele ser nada grave. Su hijo ha tenido un episodio de convulsión por fiebre. Debo hacerle algunas preguntas. ¿Cuánto tiempo ha estado convulsionando ?

—No sé. Cuando desperté estaba ya así. En cuanto lo envolví en una toalla húmeda, dejó de temblar y se puso a llorar. Durante el trayecto estaba como medio dormido, pero gemía todo el rato.

A Lupe se le encoge el estómago cuando vuelve a recordar a Roy con la espalda arqueada y las manitas rígidas.

—Bien. Normalmente, si el episodio no dura más de quince minutos, no suele haber ninguna secuela ni complicación neurológica, pero me gustaría que se le hicieran algunas pruebas para descartar complicaciones. ¿Ha estado enfermo su hijo estos días atrás? ¿Constipado, dolor de oídos, fiebre?

—No, ha tenido gases y un poco de mocos, pero nada más.

—Bien. ¿Dónde vive usted?

—En Albuquerque.

—Perfecto. Ahora Roy está dormido y se encuentra bien. Le hemos administrado un antitérmico para bajarle la fiebre y lleva un gotero con suero. Me gustaría que pasara aquí la noche en observación, y si mañana no ha habido cambios, podrá llevárselo.

—¿Puedo verlo ahora?

El doctor Swanson sonrío a Lupe.

—Claro que puede verlo. Si me promete que se va a portar bien y tratará de dormir un poco, puede quedarse con él esta noche. —El doctor ve a Lupe asentir con la cabeza—. La enfermera le indicará en qué habitación está. La veré por la mañana.

—Gracias, doctor.

Cuando Lupe entra en la habitación en penumbra y se inclina para mirar a Roy, el llanto vuelve a sus ojos. Posa sus labios sobre la mejilla del pequeño, que duerme plácidamente, y una lágrima se queda brillando sobre la piel blanca y tibia del bebé. Un gotero junto a la cuna está conectado con la pequeña mano de Roy. Ella siente un cansancio como no había sentido en su vida, pero sabe que no será capaz de dormir. La enfermera le ha dicho que

vendrá cada hora a tomarle la temperatura y que debe pulsar el botón de llamada si nota algo extraño en su hijo.

Lupe se deja caer en el sofá que hay bajo la ventana, apoya la cabeza y exhala un hondo suspiro. Cierra los ojos y piensa en Santos, a miles de kilómetros de allí. Su familia.

16

Santos se estira en la hamaca con la espalda empapada en sudor. Durante la noche ha escuchado las pisadas de algunos animales alrededor de la cabaña, olisqueando. Algunos monos han merodeado por los árboles cercanos. No ha dormido mucho, ni tampoco bien. Mira su reloj y son las cuatro y cincuenta de la mañana. Sabe que ya no va a conciliar el sueño y decide ponerse en marcha. Enciende su linterna frontal y recoge sus cosas mientras come una barrita de cereales con un trago de agua. Comprueba que en sus botas no haya visitantes no deseados. Lleva ropa seca en bolsas de plástico herméticas dentro de la mochila. Descuelga la mosquitera y la hamaca y lo guarda todo. Sale al porche de madera y comprueba que ya puede distinguirse el cielo por encima de la cubierta de la selva. Se aleja un poco de la cabaña para aliviar su vejiga junto a una ceiba enorme. Al regresar, enciende un cigarrillo, conecta su GPS y mientras fuma, estudia el mapa y el trayecto que debe recorrer.

A las cinco y treinta minutos se interna en la espesura de la selva. La humedad y el calor le obligan a hacer paradas frecuentes para beber y descansar. El sudor empapa su ropa como si fuera lluvia. Camina por sendas diminutas que utilizan los indígenas y los animales para desplazarse. Los mosquitos se están dando un festín a su costa. Avanza más lentamente de lo que quisiera, pero sabe que en la selva, como en la alta montaña, hay que caminar despacio si se quiere llegar lejos. Atraviesa algunos riachuelos y aprovecha para rellenar las cantimploras a las que añade pastillas potabilizadoras. Pese a que el agua es de una pureza inmaculada, contiene parásitos que su estómago no toleraría, y no se puede permitir una diarrea con este calor. Se ha cruzado con algunos pecarís; afortunadamente eran pecarís de collar, pacíficos y

fáciles de cazar en caso de que uno necesite carne. Camina siempre mirando dónde pisa, por miedo a las abundantes serpientes que pueden resultar casi invisibles entre la hojarasca. Pese a que lleva botas de agua, hay algunas especies capaces de perforar el caucho. En caso de mordedura solo tendría ocho horas para llegar a un hospital antes de morir.

A mediodía el calor aprieta y le obliga a hacer un alto para descansar un rato y comer algo. Un poco de avena, más barritas y algo de fruta desecada. En la selva siempre tiene la sensación de que alguien lo observa. Pueden ser animales, pero también indígenas. Los conoce bien, sabe que solo los verá si ellos quieren ser vistos. Comprueba con su GPS que sigue la ruta correcta y se pone en marcha de nuevo. En algunos tramos tiene que utilizar el machete para abrirse camino entre la espesura. Hace rato que una fina lluvia cae sobre la selva, y eso significa que la humedad se va a hacer insoportable. El calor evapora el agua provocando una sensación sofocante y siente el latido de su corazón en las sienas. Tras varias horas de avance penoso, hace un nuevo alto para descansar. Calcula que debe haber recorrido ya más de la mitad del camino. Decide seguir un poco más, siempre hacia el sur, y buscar un sitio para pasar la noche. Debe sortear un desnivel importante y prefiere hacerlo antes de que anochezca. La senda serpentea ascendiendo una ladera que se hace cada vez más empinada. El terreno embarrado es una tortura. Se escurre constantemente y a menudo tiene que apoyarse con las manos, avanzando a cuatro patas. Las raíces cubiertas de verdín resbalan como si fueran de hielo y las piedras sueltas hacen que se desequilibre. Corta una rama con el machete para que le sirva de bastón y maldice cada paso que da.

Tras superar la parte más alta, el terreno vuelve a nivelarse. Se deja caer con la espalda en un tronco, jadeando. Está exhausto. Bebe agua como si fuera un naufrago. Decide dar por terminada la jornada. La selva se ha empezado a teñir de tenues sombras con la caída del sol; ya no tiene mucho tiempo de luz. Cuando se levanta, merodea junto a un pequeño claro al borde de un riachuelo, hasta que encuentra un par de troncos jóvenes en los que colgar su hamaca. La sensación de soledad en ese lugar puede llegar a ser angustiada, pero Santos es un hombre al que le gusta la soledad. Se desnuda por completo al borde del riachuelo y procede con la inspección. Axilas, ingles, entre los dedos, cualquier pliegue de su piel. Maldice cada garrapata. Cuando se ha quitado

quince, deja de contarlas. Es importante que no claven la cabeza bajo su piel y empiecen a hinchar su abdomen succionándole la sangre. Se lava para limpiarse el barro y el agua fresca lo reconforta. Así, desnudo en mitad de la selva, vuelve a pensar en Lupe y en Roy, pero hace un esfuerzo por apartarlos de su mente. Solo existe aquí y ahora. Y está solo. Como tantas otras veces en su vida, se pregunta por qué está donde está, por qué hace lo que hace. Y sabe, como siempre, que la respuesta se parece demasiado al rostro de su padre.

Se pone algo de ropa seca y enciende su teléfono satélite para comprobar que tiene señal. Ve que hay siete llamadas perdidas de Lupe. Todas recientes. No es normal. Duda si llamar a casa, y en ese preciso momento, la pantalla se ilumina y ve que Lupe está llamando de nuevo. Aprieta el botón y contesta la llamada. El sonido se entrecorta, Lupe habla en voz muy baja, pero está alterada, al borde de la histeria. Trata de serenarla, no entiende nada de lo que dice si no habla más despacio. Escucha atentamente a Lupe y se queda en silencio. Entonces algo metálico le toca en el hombro. Cuando se gira, un indígena de ojos oscuros le apunta con un rifle.

—Lupe, abre la puerta —dice Santos, antes de cortar la comunicación.

17

Lupe conduce mirando a Roy de reojo constantemente. Va camino de su casa en Albuquerque. Siente que no es capaz de tomar la decisión correcta. El doctor le ha dicho que Roy está bien, pero sería recomendable llevarlo al hospital para que un neurólogo pediatra le realice algunas pruebas y descartar complicaciones. Le ha hablado de cosas que Lupe no entiende, pruebas electroencefalográficas, medicamentos anticonvulsionantes, infecciones virales. Tiene miedo. El doctor Swanson le ha recetado un antitérmico y recomendado que no deje subir la fiebre por encima de treinta y siete grados y medio.

Sabe que no debe llevar a Roy al hospital, no hasta que tengan todos los papeles en regla. En urgencias solo le han pedido su documentación, ha pagado en efectivo y le han dado el alta sin problemas; pero aun así tiene miedo. Ojalá Santos estuviera ahí con ella. Él sabría qué hacer. Ha intentado llamarlo varias veces desde el hospital, pero el teléfono estaba desconectado.

Ir a su casa supone un riesgo, pero le asusta quedarse en la cabaña, lejos de un hospital. El doctor Swanson le ha dicho que la crisis podría repetirse. Ya ha oscurecido cuando entra en el barrio. Se detiene unos metros antes de llegar y comprueba que no hay nadie en los alrededores. Baja al pequeño y entra en casa. Deja sus cosas y prepara un biberón para Roy. El bebé succiona con ganas y poco a poco se queda dormido con la tetina entre los labios. Lupe lo besa en la frente y comprueba que no tiene fiebre. Lo lleva al dormitorio y lo arropa en la cuna. Cuando sale del cuarto, el corazón le da un vuelco al escuchar el timbre. Las pier-ñas comienzan a temblarle, se acerca muy despacio a la puerta y cuando observa por la mirilla tiene que ahogar un grito de terror. Vestido con un abrigo negro y deformado por el ojo de pez del visor,

don Dimas está frente a ella, mirando a un lado y a otro con gesto serio; apenas medio metro los separa, y Lupe se estremece como si la fina puerta que se interpone entre ellos no existiera.

Busca su teléfono y corre sin hacer ruido al cuarto de baño. Cierra la puerta y se sienta en el borde del retrete; las manos le tiemblan y le cuesta marcar. Teclea el número de Santos y ruega a la Virgen de Guadalupe. Y esta vez la Virgen está con ella. Escucha la voz lejana de Santos y trata de contarle lo que está pasando. Santos no entiende nada, ella le habla atropelladamente del hospital, de la fiebre de Roy, de Albuquerque, de don Dimas. Santos le pide que se calme, que hable más despacio; Lupe teme desmayarse, pero trata de serenarse y hacerse entender. Don Dimas está fuera, ha visto su coche y las luces encendidas. No se marchará. El timbre vuelve a sonar y Lupe da un respingo. Entonces escucha claramente a Santos decir antes de que se corte la comunicación:

—Lupe, abre la puerta.

18

Santos se mueve muy despacio. Sabe que un gesto brusco podría ser el último. Es posible que el indígena que le apunta sea tan solo un cazador, pero también puede tratarse de un recolector de marihuana. Si ese es el caso, tiene un problema. Necesita estar centrado, olvidarse de Lupe, de Roy y de don Dimas, pensar en ellos solo lo aparta del ahora. Está seguro de poder desarmar al cabécar con un movimiento rápido, pero es posible que otros estén ocultos observando, y en ese caso estaría perdido. En la selva no tendría ninguna opción.

El indígena lo mira sin decir nada, parece estar calibrando la situación, decidiendo qué hacer con ese hombre. Santos está sentado sobre la hamaca y levanta levemente las manos mostrándole las palmas en un ademán que pretende tranquilizar al indígena. Es difícil calcular su edad, la selva castiga los cuerpos de sus habitantes haciéndoles parecer mayores. Viste un pantalón color caqui, lleva botas de agua y el torso desnudo. Es de estatura baja y cuerpo fibroso.

—¿Me entiendes? —pregunta Santos.

El hombre lo mira y contesta moviendo la cabeza arriba y abajo.

—*Ata* —responde el cabécar.

Santos conoce algunas palabras en cabécar, aunque los dialectos entre las distintas zonas que habitan pueden resultar muy diferentes.

—¿Hablas algo de español?

—*Bérbér*.

Ahora Santos ya sabe que habla un poco su lengua. Su mirada es inexpresiva, podría ser tan amenazadora como amigable. Es difícil saberlo.

—¿Cómo te llamas?

—*Julabulu.*

—¿Qué significa? —Santos sabe que todos los nombres cabécar tienen un significado.

—Mano poderosa —contesta con un acento extraño—. ¿Tú?

—Yo soy Santos.

—¿Qué es Santos?

—Hombre venido del cielo. —Santos ha contestado sin pensar, lo primero que se le ha ocurrido. Al fin y al cabo ha llegado en helicóptero.

—¿Por qué tú aquí?

—Busco a un hombre. —Santos se inclina sobre su mochila y en ese momento Julabulu amartilla el rifle sobre su hombro y le grita.

—*¡Ká!*

Santos se detiene, arrodillado, y levanta las manos. Se gira para tranquilizar a Julabulu y le habla despacio.

—Tranquilo, solo quiero mostrarte una fotografía del hombre que busco. La tengo aquí dentro —dice al coger su mochila despacio y levantarla para que el otro pueda verla.

El cabécar no deja de apuntarle con el rifle mientras Santos mete la mano con mucha cautela y saca la fotografía de Pantera. Deja la mochila de nuevo en el suelo y le tiende la foto para que la examine. Julabulu la mira y se la guarda en el bolsillo trasero de su pantalón. Ahueca su mano alrededor de la boca y emite un sonido que recuerda el canto de un pájaro. A los pocos segundos aparecen dos hombres de entre la espesura. Julabulu les muestra la fotografía de Pantera.

Santos se levanta sin hacer movimientos bruscos, no le gusta el aspecto de los nuevos visitantes. Visten vaqueros, botas de agua y camisetas manchadas. Puede ver el peligro en sus miradas. Ambos portan rifles colgados del hombro y llevan un machete en la mano. Tienen rasgos indígenas, pero algo le dice a Santos que han viajado más que su compañero. Y no se equivoca.

—Recoge tus cosas, nos vamos —dice uno de ellos en perfecto español.

—¿A dónde? —Santos se arrepiente inmediatamente de la pregunta.

El hombre avanza y Santos se fija en cómo aprieta el mango de su machete. Se prepara para esquivar el golpe tensando todos sus músculos.

—¡No! —dice el tercero—. Nos lo llevamos vivo.

Santos entiende que debe cerrar la boca y hacer lo que le dicen. No tiene ninguna posibilidad. La situación no le gusta nada. Está anocheciendo y tratar de huir en la selva sería una locura. Recoge sus cosas, las mete en la mochila y se ponen en marcha. Julabulu va en cabeza, seguido de Santos. Los otros dos hombres caminan a su espalda. Le cuesta seguir el paso del cabécar, que se orienta en la selva como si fuera de día; escucha los pasos de los otros a su espalda. La adrenalina le ayuda a soportar el cansancio, pero cada vez que se detiene a tomar aliento, le golpean en el hombro con la culata de sus rifles. Pronto pierde la noción del tiempo en la oscuridad; ya no sabría decir si llevan dos o cuatro horas de camino. Santos apenas puede ver nada en la espesura y trata de no perder el rastro del guía. En un momento dado, salen a un claro desde el que puede distinguir el cielo estrellado. Atraviesan el campo sembrado con unas plantas altas y frondosas. Santos acaricia las hojas y se toca con cautela la nariz. Su olfato le transmite las malas noticias. Marihuana. El olor de la hierba es lo último que recuerda antes de recibir el golpe en la nuca.

19

Lupe se pone en pie y se siente mareada. Pero repentinamente comienza a actuar como si tuviera un guion escrito. Se quita los pantalones y la camiseta, se descalza, luego se inclina sobre la bañera, abre el grifo de la ducha y se moja la cabeza. Se pone un albornoz y se enrolla una toalla en el pelo, sale al salón, coge un pequeño almohadón del sofá, se lo pone en el abdomen, cierra el albornoz y se ata el cinturón alrededor. Se mira en el espejo, se santigua y sale a abrir la puerta.

Don Dimas contempla a Lupe cuando esta abre la puerta. Lleva su sombrero en la mano y sonrío de tal manera que le provoca un escalofrío. Ella no puede evitar ver cómo se humedece los labios con la lengua, casi relamiéndose.

—Lupita, cuánto tiempo.

Lupe baja la mirada, siente las pulsaciones de su corazón en todo su cuerpo. Siempre tuvo miedo de don Dimas, como todos en la hacienda; y creyó que nunca volvería a verlo cuando Santos la sacó de allí. Se equivocaba.

—¿No vas a invitarme a pasar?

—Sí, perdone. ¿Quiere usted pasar? Santos no está. —La voz de Lupe es apenas un susurro. Se aparta para dejarlo entrar.

Don Dimas atraviesa el umbral y se queda mirando la estancia con curiosidad.

—Lo sé Lupita, lo sé. Pero pasaba de camino y he querido traerte un regalito. La ocasión lo merece.

Lupe solo puede pensar en Roy, dormido en la habitación de al lado, tan solo a unos pocos pasos de don Dimas, y reza para que el pequeño no se despierte.

—Santos me ha dado la buena noticia. Una familia es lo más importante de este mundo. Los hombres no somos nada sin una familia.

—Es usted muy amable, pero no es necesario.

—Claro que es necesario. De hecho ahora es más necesario que nunca, querida.

Don Dimas saca un sobre marrón del bolsillo interior de su chaqueta y se lo tiende a Lupe. Ella no se atreve a levantar la vista del todo y su mirada se queda a la altura de la corbata de seda granate que brilla como si estuviera barnizada. No sabe si aceptar el sobre, lo único que quiere es que Roy siga durmiendo, que don Dimas se marche, que acabe esta pesadilla.

—Vamos mujer, no irás a hacerme un desprecio, ¿verdad?

Lupe coge tímidamente el sobre y lo deja sobre la mesa.

—Muchas gracias.

Lupe está de pie, sin saber muy bien qué hacer ni qué decir. El silencio se ha vuelto espeso, casi tangible. Una gota de agua del fregadero cae sobre el cazo en el que ha hervido el biberón de Roy. Y luego otra. Y otra... Si Roy despertara ahora, no sabría qué hacer. Plop... plop... plop...

La habitación se llena con ese sonido, que produce el efecto de un reloj que marca el paso del tiempo. Ninguno de los dos dice nada. Lupe confunde las gotas de agua con los latidos de su corazón. Se siente mareada y se apoya en el respaldo del sofá para no caerse. Plop... plop... plop.

Don Dimas se gira hacia la puerta; no le gustan las puertas abiertas. Y en ese instante, Lupe, sin pensar en lo que hace, se mete los dedos en la garganta y se provoca el vómito. La arcada hace que don Dimas se dé la vuelta sobresaltado. Lupe corre hacia el fregadero mientras se tapa la boca con una mano. En su vómito hay más miedo que bilis.

Don Dimas, como buen hombre, no sabe qué hacer. Se acerca a Lupe, que está inclinada sobre la pila, y duda si ponerle la mano en el hombro.

—Perdóneme, don Dimas —dice al darse la vuelta—, estoy todo el día con las náuseas.

En ese instante el oído de Lupe es como el de un felino, y puede escuchar claramente el leve gemido de Roy en la habitación de al lado. Siente que se va a desmayar. Entonces abre el grifo con la esperanza de que el agua enmascare los gemidos del pequeño. Se lava la cara y se enjuaga la boca. Sin cerrar el

grifo habla a don Dimas con una determinación impropia de ella.

—Espero que me disculpe, don Dimas, pero no es un buen momento. Creo que voy a meterme en la cama.

—Claro, mujer. Me hago cargo. Será mejor que te deje sola. Reitero mi enhorabuena y espero que te mejores. Saluda a Santos de mi parte.

Don Dimas, aliviado de poder salir de allí, cierra la puerta tras de sí. Lupe contiene la respiración hasta que escucha el motor del coche alejarse. Entra en el dormitorio y comprueba que Roy está bien. Luego las piernas se le doblan y se deja caer con la espalda apoyada en la pared, sin poder controlar el llanto.

20

Santos abre los ojos despacio y le cuesta acostumbrarse a la penumbra. Está tumbado de medio lado sobre un suelo de madera y tiene las manos atadas a la espalda con unas bridas. La cabeza le duele como si la hubiera metido en una prensa. Se incorpora a duras penas para quedar sentado en un rincón y comprueba que está en una cabaña indígena. Tiene el cuerpo empapado en sudor y puede oler su propio miedo. Busca su mochila con la vista y no la ve por ningún lado. Sabe que sin el mapa y el GPS no sería capaz de salir de allí; aunque quizás ese sea el menor de sus problemas ahora, porque en la puerta acaba de aparecer una figura a contraluz. Y Santos no necesita verle la cara para adivinar de quién se trata. Pantera.

—Vaya, vaya. Parece que nuestro invitado se despierta de la siesta.

Pantera entra en la cabaña con un candil de aceite que ilumina la estancia y se sienta en un jergón que está frente a Santos. Deja el candil en el suelo y la luz da a su rostro un aspecto fantasmagórico. Lleva el torso desnudo, la barba espesa, algo canosa, y el pelo largo, enmarañado. Viste unos pantalones militares y está descalzo. Deja un machete algo oxidado junto a la cama y saca de la funda del cinturón una automática. Cuando Santos se acostumbra a la luz tenue de la cabaña, puede ver los ojos enrojecidos de Pantera. Entre las piernas tiene la mochila de Santos y se pasa la pistola rítmicamente de una mano a otra cuando habla.

—Uno, ¿quién coño eres tú? Dos, ¿por qué me buscas? Tres, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Puedes darme agua? —Santos tiene la boca seca y le cuesta incluso hablar. Se pasa la lengua por los labios pero lo único que consigue es el sabor salado de su propio sudor.

—Puedo; pero a lo mejor no me sale de los huevos.

Santos está a punto de contestarle y atravesar un punto de no retorno, pero en el último momento se contiene, porque piensa en Roy. Es una sensación extraña. Aunque el entrenamiento a base de palizas de su padre le hizo no temer a nada ni a nadie, ahora siente algo parecido al miedo; cuando la persona que se supone debe protegerte es a la que más temes, entonces solo puedes hacer dos cosas: vivir asustado el resto de tu vida o vencer ese miedo y, a partir de ese momento, no volver a temer nada. Santos eligió vencer ese miedo, sin embargo, ahora, en esa cabaña, delante de ese hombre, se da cuenta de lo vulnerable que te hace un hijo. Aunque descubre, para su sorpresa, que cuando tienes una razón para vivir, el cómo ya no es tan importante. Así que decide que quiere salir de ahí con vida, como sea.

Aparta de su mente a Roy, no puede permitirse ninguna debilidad. Debe focalizar toda su atención en la situación. Sabe cómo hacerlo. Mira a Pantera a la cara y no dice nada. Es consciente de que retarlo así es un riesgo, de que podría morir en cualquier momento. Pero si algo sabe de la condición humana, es que somos seres curiosos, necesitamos saber cosas; y Pantera no lo matará hasta que averigüe qué hace allí y por qué lo está buscando.

La partida de ajedrez ha empezado. Santos cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Haberle mantenido la mirada hubiera supuesto provocarle; fingir estar desfallecido es mostrarle vulnerabilidad. Y eso le conviene. De momento.

Pantera da un silbido y un indígena en pantalones vaqueros, que jamás han visto una pastilla de jabón, aparece en la puerta con un rifle en el hombro. Escucha con rostro somnoliento las instrucciones que Pantera le da en su idioma y sale para volver al cabo de unos segundos con una cantimplora de agua que vierte sobre la cabeza de Santos. Este mira hacia arriba y bebe con ansia el líquido que le cae por toda la cara. Es una sensación agradable. Probablemente la última que tenga en mucho tiempo.

—Ahora ya puedes empezar a hablar —dice Pantera cuando el indígena se retira.

Santos piensa deprisa, debe encontrar la manera de tranquilizar a Pantera.

—Mi nombre es Santos.

—Bien, Santos, ¿por qué coño me buscas?

—Negocios.

—Lo dudo.

—Represento a gente que quiere comprar marihuana. Mucha.

Santos da por hecho que Pantera se dedica al tráfico de marihuana. ¿Qué otra cosa podría estar haciendo en mitad de la selva? Si no es así, tiene un problema.

—¿Quién te envía?

—El cártel de Juárez.

Pantera se queda un rato pensativo, parece estar calibrando si se cree esa historia. Santos sabe que ha acertado, que ahora el tiempo corre a su favor.

—¿Quién del cártel?

—Don Dimas.

Pantera se echa a reír sonoramente. Por un momento Santos no sabe si ha cometido un error, pero ya no hay vuelta atrás.

—Ese gordo cabrón nunca deja de sorprenderme.

—¿Lo conoces? —A Santos le extraña que don Dimas no mencionase que se conocían.

—Digamos que hemos hecho buenos negocios juntos en el pasado. ¿Se está quedando sin proveedores en el desierto?

—Tan solo quiere abrir mercados a los que no todos llegan. Y te juro que no muchos están dispuestos a venir a este maldito lugar para hacer negocios.

Santos puede notar que Pantera se relaja, pero no puede bajar la guardia. Un dato erróneo o una información equivocada puede suponer la diferencia entre salir de ahí con vida o no regresar nunca. Tiene que conseguir que lo desate.

—¿Puedo fumar? Me muero por un cigarro.

—Yo no fumo.

—Tengo mi petaca en la mochila.

Pantera se mete la automática en el cinturón, rebusca en la tapa de la mochila de Santos, extrae la petaca, coge el machete y se acerca para dejar caer el tabaco a su lado. Se agacha y lo mira a los ojos, muy cerca de la cara.

—Tienes huevos, gringuito. No muchos llegarían hasta donde has llegado tú. Solo por eso estás aún vivo, pero te advierto que si la historia que me has contado es una milonga, las avispas se van a dar un festín a tu costa.

Santos vio una vez a una mujer indígena a la que las avispas habían atacado en la selva. No fue una visión agradable.

Pantera corta las bridas con el filo del machete y Santos da un hondo suspiro de alivio. Le duelen los hombros y se frota las muñecas enrojecidas. Coge la petaca y se lía un cigarrillo.

—Gracias —dice, mientras la llama del mechero ilumina su rostro parcialmente y aspira con ansiedad el humo en una honda calada.

La cabeza de Santos funciona a mil revoluciones. Mientras fuma aparentemente tranquilo, su cerebro está analizando todas las variables posibles. Sabe que el tiempo es el factor clave. Por lo que puede ver a través de la puerta de la cabaña, es todavía de noche, pero no debe faltar mucho para que amanezca. Tiene que ser ahora o las cosas se complicarán por la mañana. A juzgar por la cara de sueño del indígena, no debe haber mucha gente despierta a estas horas. No sabe dónde está, y necesita hacerse una idea.

—Necesito mear.

—Y yo necesito que una japonesa me la chupe. Ya ves.

Santos empieza a cansarse de toda esta mierda.

—Escucha, si no te interesa el trato, perfecto. Déjame marchar o pégame un tiro, lo que prefieras; don Dimas entenderá el mensaje en cualquiera de los dos casos. Pero no he recorrido esta maldita selva para tener que acabar meándome en los pantalones.

Pantera se queda por un momento pensativo. Aunque le jode, sabe que tiene razón. Saca la automática del cinturón y le indica a Santos con ella.

—Está bien, gringo. Sal fuera. Yo te acompaño.

Santos se pone en pie, se acerca a la puerta despacio, da una última calada al cigarro y lo arroja fuera. La cabaña está en un pequeño claro abierto en la espesura. Divisa cuatro o cinco construcciones de madera. Un perro, que descansa junto a los restos de una hoguera humeante, levanta las orejas y lo mira; luego da un hondo suspiro y vuelve a cerrar los ojos. No parece haber nadie despierto todavía. Santos se aproxima al borde de la espesura, se baja la bragueta y se saca la polla. Pantera se sitúa justo a su espalda y le pone la pistola en la nuca.

—Si vas a dispararme, al menos déjame mear primero.

—Solo quiero saber si eres capaz de mear con una pistola en la nuca.

Lo que Pantera no sabe es que sería capaz de mear hasta con el cañón de la automática metido en la boca. Algo como esto es lo que Santos estaba esperando. Cuando nota que está a punto de evacuar la orina, se gira despacio. La punta de la pistola queda ahora justo entre sus ojos. Puede ver la cara de asombro de Pantera. Lo mira fijamente y sonríe. Entonces aprieta su vejiga y un chorro de orina impacta en los pantalones de Pantera.

—¡Pero qué coño...!

Pantera baja la pistola y da un salto hacia atrás mirándose los pantalones meados. Es todo el espacio y el tiempo que Santos necesita. Cuando vuelve a levantar la vista ya no ve llegar los dedos curvados de Santos impactando contra su nuez. Tan solo puede sentir que se ahoga. Se sujeta la garganta buscando un aire que no llega a sus pulmones. Santos se mueve deprisa. Con un golpe seco consigue que suelte el arma, se coloca a su espalda, le rodea el cuello con el antebrazo y presiona fuerte contra su carótida hasta que Pantera se desploma sin sentido. Luego se sube la bragueta, se mete la pistola en el cinturón, coge a Pantera por debajo de las axilas y lo arrastra al interior de la cabaña. Debe pensar deprisa. Comprueba que está todo en su mochila, coge la pistola y la guarda en uno de los bolsillos. Conecta su GPS y en cuanto recibe señal de los satélites, un punto verde le indica en qué lugar se encuentra. Afortunadamente no está demasiado lejos de donde se topó con los indígenas. Se cuelga su mochila y se asoma para comprobar que no hay nadie fuera de la cabaña. Aún tiene que hacer una última cosa. Saca su cuchillo y un trozo de cuerda, se inclina sobre Pantera y le ata las manos a la espalda. Vierte un poco de agua sobre su cara y ve cómo mueve ligeramente la cabeza. Cuando abre los ojos aturdido, Santos le apunta con la pistola entre las cejas.

—No digas ni una palabra.

Pantera parpadea incrédulo. Parece no saber muy bien qué ha ocurrido. Santos espera a que sea consciente de la situación. Lo incorpora y lo deja sentado en el suelo con la espalda en la pared.

—Quiero que escuches bien este mensaje. Atentamente.

—Hijo de puta, no vas a salir de aquí.

Santos se agacha y le presiona la tráquea entre su pulgar y su índice. Pantera abre mucho los ojos y emite un suspiro agónico. Trata de zafarse, pero solo consigue golpearse la cabeza contra la pared de troncos. Cuando Santos

alivia un poco la presión, tose con dificultad.

—Cállate y escucha. Don Dimas te manda recuerdos. Quiere que te pregunte si te acuerdas de Luz Marina.

Pantera mira a Santos sin comprender de qué le habla.

—Déjame que te refresque la memoria. Era una de las muchachas a las que violaste en El Sembrado cuando masacrasteis el pueblo. Bien, veo que ya vas haciendo memoria.

—¿Qué cojones quieres de mí?

—Yo nada, capullo. Pero don Dimas quiere que sepas que esa chiquilla, Luz Marina, es su sobrina.

Pantera apoya el mentón en su pecho y se queda muy quieto, parece estar haciendo memoria. Cuando levanta la vista hacia Santos hay odio en su mirada.

—Muy bien. Dile a ese jodemadres que a toda aquella gente la matamos con las armas que él nos vendió a cambio de la droga. Y dile también que pensaba en él cuando le metía la polla hasta dentro a la zorra de su sobr...

21

Las azafatas llevan un rato cuchicheando en la trasera del avión. Tratan de decidir si deben dar parte al comandante. La sobrecargo, responsable de la tripulación de cabina, propone despertar al pasajero y preguntarle si se encuentra bien antes de decidir qué hacer. No parece que represente un peligro para los pasajeros por mucho que su aspecto sea preocupante. Se quedó dormido nada más sentarse y así sigue, sudando copiosamente y sufriendo pesadillas que hacen sospechar a la sobrecargo que podría padecer un proceso febril. Tiene el rostro cubierto de arañazos y un golpe en la ceja derecha cuya sangre se ha secado formando una costra oscura. Sus ropas están sucias, lleva el pelo enmarañado, manchado de barro y resulta evidente que hace varios días que no se afeita ni se lava. Los pasajeros que debían sentarse junto a él han pedido un cambio de asiento a las azafatas. Afortunadamente la aeronave no va llena y han podido realojarlos sin mayores problemas. Resulta evidente que el rumor sobre el aspecto de ese hombre se ha extendido por el avión y muchos pasajeros fingen ir al aseo para tener la oportunidad de observarlo. Algunos incluso han hecho comentarios a las azafatas.

La sobrecargo decide ir personalmente a despertar al pasajero y preguntarle cómo se encuentra. No es algo que le apetezca hacer, pero es su trabajo. No cree que el hombre represente un peligro, pero por si acaso, ordena a una de las azafatas situarse junto a la cabina del piloto por si hubiera que avisarlo cuando lo despierte. No puede evitar el nerviosismo que le produce sentarse junto a ese hombre. Lo observa unos instantes antes de posar su mano sobre el hombro del pasajero y agitarlo suavemente. Antes de que la azafata tenga tiempo de reaccionar, Santos le agarra la muñeca con fuerza en un acto reflejo y abre los ojos. La mujer se queda paralizada, presa del miedo.

La mano que la sujeta está surcada de profundos cortes, en algunos de los cuales la sangre no se ha secado del todo. La mirada de ese hombre es algo que tardará tiempo en olvidar. Sus ojos enrojecidos se clavan en los suyos y por un instante siente pánico.

Santos tarda unos segundos en ser consciente de dónde se encuentra. Se gira a un lado y a otro y afloja la presión sobre la muñeca de la azafata hasta que la suelta. Todavía con la mirada confusa, se incorpora en su asiento y sacude la cabeza como si quisiera desterrar las pesadillas que le han estado torturando desde que se quedó dormido.

—Disculpe señor, ¿se encuentra usted bien? —pregunta la azafata en voz baja mientras con la otra mano se toca la muñeca dolorida.

—Sí, siento haberla asustado.

—¿Necesita usted algo? Me dio la impresión de que estaba teniendo pesadillas y pensé que quizás se encontrase usted indispuerto.

—Estoy bien, le agradezco su interés, pero solo quiero dormir.

—Quizás sería buena idea lavarse un poco esas heridas antes de seguir durmiendo.

Santos se observa las manos, pero no puede ver el estado en el que se encuentra su cara. De pronto siente un profundo dolor en el muslo de su pierna derecha y comprueba que tiene una mancha oscura en ese punto.

—Si quiere que le acompañe al lavabo, le traeré algunas vendas y desinfectante para las heridas. Si lo desea puedo darle un asiento en la parte trasera donde nadie lo molestará.

—Gracias, es usted muy amable.

La azafata se pone en pie y deja pasar a Santos en dirección al lavabo del avión. Este coge su mochila y al levantarse no puede evitar una mueca de dolor. Cojea un poco de su pierna derecha. De camino a la parte trasera, siente la mirada inquieta de los pasajeros. La azafata le indica una fila de asientos vacíos y le muestra la puerta del aseo.

—Aquí estará usted más tranquilo. Ahora le traeré un poco de agua oxigenada y algunas gasas. Si necesita cualquier cosa, no dude en avisarme. Mi nombre es Gloria.

Santos la mira. Es una mujer madura que conserva una belleza serena. Lleva el pelo negro recogido en un moño alto y tiene una sonrisa acogedora.

Le recuerda a algunas actrices italianas de los años cincuenta. La azafata regresa a los pocos segundos con unas gasas y una botella de agua oxigenada.

—Gracias, Gloria —dice Santos con una sonrisa que más parece una mueca de dolor.

Una vez en el estrecho lavabo, se mira en el espejo y casi le duele verse el rostro arañado y magullado. Se lava las manos y la cara con jabón y las heridas le escuecen al contacto con el agua oxigenada. Se baja los pantalones y descubre una profunda herida en el muslo que ha sido suturada de forma rudimentaria. Podría habérsela hecho con una rama, pero también podría ser un disparo. No cree que sea esto último porque no ve orificio de salida; si fuera una bala le habría partido el fémur y el dolor sería mucho más intenso. Limpia la herida, se deja caer sobre la tapa del retrete y siente ganas de vomitar. Tiene imágenes confusas en su cabeza. Se ve a sí mismo tumbado en el asiento del helicóptero sin aliento. Recuerda haber pagado una suma importante al piloto para que lo llevase directamente al aeropuerto de San José y se encargara de recoger el vehículo en Pandora. Luego se ve a sí mismo subiendo al avión para sumirse en un sueño profundo plagado de fantasmas. Abre su mochila y da gracias al cielo de encontrar una camiseta arrugada dentro que no está sucia. Se quita la que lleva y la arroja en la ranura de la papelera del aseo. Se inspecciona el resto del cuerpo y salvo magulladuras no observa ninguna herida importante. Se lava las axilas y el torso y se enjuaga el pelo para quitarse algunos restos de barro y sangre seca. La herida de la ceja no parece necesitar sutura. Se seca con trozos de papel higiénico, se pone la camiseta arrugada y sale de nuevo a su asiento. Gloria lo espera con una sonrisa, cortesía de su profesionalidad.

—Mucho mejor —dice observando el aspecto de Santos.

—Siento haberla asustado. Tuve un accidente justo antes del regreso y me temo que mi aspecto es un tanto inquietante. Cogí el avión por los pelos.

Santos pasa a su asiento y se deja caer exhausto. Necesita dormir.

—Gloria, ¿puede traerme algo de beber?

La sola idea de servirle alcohol a ese hombre hace que la azafata se ponga nerviosa. Le aterrja decirle que no es una buena idea. Santos ya ha cerrado los ojos cuando habla y su voz parece venir de muy lejos.

—Gloria, mataría por una botella de bourbon, créame. Pero solo quiero un

poco de agua. Solo eso.

Cuando Gloria regresa aliviada con un vaso y una jarra, Santos ya se ha sumido de nuevo en un sueño profundo. Si la azafata pudiera ver las imágenes que están pasando en ese momento por la mente de Santos, creería estar viendo una película de terror.

22

Santos sube a su camioneta en el aeropuerto de Phoenix, está cansado y medita si tomar una habitación en un hotel cercano para descansar. Pero, pese al agotamiento, necesita ponerse en marcha, sentir que se está acercando a Lupe y a Roy, que está volviendo de la pesadilla. Tira su mochila en la parte trasera, mete la llave en el contacto y enciende el motor. Le gusta ese sonido, pero no puede evitar una sensación extraña tras varios días en la selva. Lo apaga. Saca su teléfono móvil y llama a casa. Nota como si le hubieran estado comprimiendo el pecho hasta que escucha la voz de Lupe y la oye decir que ella y Roy están bien. Se quedan un rato sin decir nada, sintiendo su respiración mutua a través del auricular. Santos echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Susurra palabras a su mexicanita, le pide que le hable de Roy; puede notar que Lupe está llorando, pero sabe que no hay tristeza en sus lágrimas, tan solo un deseo profundo de estar juntos. Santos le dice que puede estar ahí en seis horas, pero Lupe, como si pudiera sentir su cansancio, le hace prometer que se detendrá a dormir para llegar al día siguiente por la mañana. Santos sabe que es inútil protestar. Se despiden con un beso y el motor de su camioneta vuelve a rugir.

Santos enciende la radio para no pensar. Sintoniza una emisora local y no puede evitar una sonrisa cuando el locutor da paso a la siguiente canción, un tema de Bob Dylan titulado *Things have changed*, cuya letra comienza: *A worried man with a worried mind, no one in front of me and nothing behind...*

Segunda parte

23

Roy está triste. Su gato *Bigotes* ha muerto esta mañana. Santos lo descubrió mientras daba un paseo, temprano. Puede haber sido un puma, o tal vez un encontronazo con otro gato salvaje. Tenía una profunda herida en el cuello. Lo ha enterrado en un claro herboso del bosque y ha clavado una rudimentaria cruz atada con los cordones de sus zapatillas en el lugar, porque creyó que a Lupe le gustaría. Y porque pensó que Roy querría ver el lugar donde descansa *Bigotes*. No ha podido evitar pensar en su perro Roy, el animal que más ha querido en este mundo y al que su padre borracho mató a tiros cuando él apenas era un poco mayor de lo que ahora es su hijo. Ha sido la primera vez que ha tenido que hablarle a Roy de la muerte. El pequeño ha escuchado muy serio lo que le estaba diciendo, y Santos ha dudado del significado que la palabra muerte tenía para su hijo, hasta que ha visto dos grandes lágrimas rodar por sus mejillas. Roy ha dado media vuelta y se ha alejado hasta un pino, donde se ha sentado y ha permanecido un buen rato, mirando al suelo con las manos en su regazo. Santos ha dejado que llorase, porque aunque él no pueda hacerlo, sabe que es bueno llorar. Al cabo de un rato se ha acercado despacio y se ha sentado con la espalda apoyada en el árbol.

—Hola, socio. ¿Estás bien? —Santos nunca le ha hablado a su hijo como si fuera un niño. Y Roy nunca le ha llamado papá, siempre se dirige a él como Santos, cosa que a Lupe le hace mucha gracia y él agradece enormemente.

Roy se encoge de hombros pero no responde.

—Un poco triste, ¿no es cierto?

Roy asiente con la cabeza y a Santos se le rompe un poquito el alma. Siempre le asombra la intensidad de los sentimientos que llega a albergar por

su hijo.

—¿Quieres que vayamos a ver dónde lo he enterrado? He puesto una cruz, porque ya sabes que a mami le gustan las cruces.

—Vale —dice el pequeño en voz baja, poniéndose en pie.

Ambos caminan despacio por el bosque, Santos debe adecuar sus pasos a los de su hijo. El rocío moja las puntas de las zapatillas de tela roja de Roy, que se seca las lágrimas con las mangas de su camiseta de Bob Esponja.

—¿Qué crees que le ha pasado? —pregunta Roy.

—No estoy seguro, socio. Puede haber tenido una pelea con un puma, o tal vez con otro gato salvaje.

—Es idiota —suelta Roy después de pensarlo un poco.

—¿Quién es idiota?

—Bigotes. ¿Por qué no se ha ido corriendo o se ha subido a un árbol?

—Puede que lo hiciera, Roy. Pero los pumas y los gatos monteses son grandes trepadores.

Roy camina recogiendo pequeñas piedras que lanza contra los troncos de los árboles. Pero ahora no da un salto de alegría cada vez que acierta. Parece no importarle si tiene éxito o no. Cuando llegan al claro donde Santos ha enterrado a *Bigotes*, Roy se queda muy quieto observando el pequeño montículo con la cruz.

—¿Podemos volver a casa y traer una lata de sardinas? —pregunta el pequeño al cabo de un rato.

—¿Para qué quieres las sardinas?

—Porque es lo que más le gusta a Bigotes, estoy seguro que si le ponemos unas sardinas en la tumba y las huele “resucitará”.

Como tantas otras veces, siente ganas de abrazar fuerte a su hijo, y como tantas otras veces, no lo hace. En lugar de eso, se pone de rodillas para quedar a la misma altura de Roy.

—No creo que eso funcione, Roy. Cuando un animal muere, ya no puede oler nada.

Entonces es Roy el que rodea el cuello de su padre y lo abraza. Santos lo agradece, lo levanta en vilo y aprieta su pequeño cuerpo contra su pecho.

—Tranquilo, socio. Bigotes ha tenido una buena vida, y vivir en el bosque tiene sus peligros. Estoy seguro de que ha sido un gato feliz. ¿No crees?

Roy balbucea un “sí” y Santos lo aúpa para sentarlo sobre sus hombros, como les gusta a ambos. Roy apoya sus manos sobre la cabeza de su padre y emprenden el camino de regreso a la cabaña.

24

Cada vez pasan más tiempo en la cabaña. A Lupe le gusta; a Roy también. Y para Santos eso es suficiente. Tras el encargo de Pantera, tomó la decisión de dejarlo y dedicarse a su familia y a su taller. Ha acumulado dinero suficiente como para no tener que preocuparse demasiado, y su trabajo con las motos también le reporta ingresos regulares. Al regresar de Costa Rica se entrevistó con don Dimas y le entregó el corazón sumergido en formol en un tarro de cristal, tal y como le había pedido. Lo que don Dimas quizá nunca llegue a averiguar es que ese corazón no es el de Pantera, sino el de un simple cerdo de la granja Kyzer junto a la autopista panamericana. Santos sabía que el corazón de un cerdo es increíblemente similar al humano en peso, tamaño y aspecto. No le fue difícil conseguirlo, asegurando que lo necesitaba para rodar un documental, aunque tuvo que comprar el animal entero despiezado. De tanto en tanto, Santos se acuerda de ese corazón y no puede evitar pensar en lo estúpidos que nos hace creer en las cosas en las que decidimos creer.

Tal y como don Dimas le había dicho, tras cumplir el encargo podía poner el precio que quisiera. Y su precio fue dejarlo. A don Dimas no le gustó su decisión y la situación se volvió muy tensa. Chucho tuvo que intervenir y convencer a don Dimas de que era mejor no presionar a Santos de momento. Se había ganado el privilegio de cambiar de vida, había realizado con eficacia y discreción sus cometidos y Chucho respondió ante don Dimas del silencio de Santos. Consideró que se lo debía. Y desde entonces, Santos y Chucho se han visto más a menudo, cimentando algo parecido a una amistad. Si es que eso es posible entre gente que mata y extorsiona para ganarse la vida.

La experiencia ha enseñado a Santos que el narcotráfico es una industria como otra cualquiera, que mueve miles de millones de dólares, probablemente

muchos más que ningún otro sector en México. Tiene conexiones políticas, judiciales, sociales, de todo tipo. Emplea a más personas que ninguna multinacional y supone un porcentaje importante del producto interior bruto del país, por más que no se contabilice en la balanza de pagos oficial. México no sería lo que es hoy sin el narcotráfico. La estabilidad del país depende más del equilibrio que puedan alcanzar los distintos cárteles que de cualquier estrategia política. Todos lo saben. A nadie le gusta. Pero así es como es. Estados Unidos invierte miles de millones de dólares en programas antidroga al sur de la frontera, pero sabe que es una guerra perdida. Porque el mayor cliente de los narcos es precisamente el mercado americano. Es irónico, piensa Santos, pero el narcotráfico no existiría en México sin los Estados Unidos. No hay soluciones globales a ese problema, tan solo pequeños gestos, detenciones mediáticas, campañas publicitarias, discursos vacíos. Y en medio de todo ese entramado, don Dimas es un pequeño peón, una pieza insignificante del puzle; pero una pieza con el suficiente poder como para decidir quién vive y quién muere dentro del territorio que controla. Hace tiempo que se dio cuenta de que traficar con la droga en casa no era inteligente. Lo inteligente es el control del territorio. No necesitas traficar con droga si puedes cobrar a los que lo hacen dentro de los límites. Es lo que se conoce como pagar el “piso”. Cualquier mercancía que atraviese la zona que controla, tiene que pagar un porcentaje. Y todos lo hacen, pues su territorio tiene cientos de kilómetros de frontera. Eso genera ingresos millonarios y minimiza los riesgos. Y cuando hay incautaciones, nunca son los hombres de don Dimas a quienes detienen. Sabe que podría ganar mucho más moviendo la metanfetamina, la heroína y la cocaína, pero ha aprendido a no ser avaricioso. Eso le ha costado muchos disgustos en el pasado. Es un señor de la droga sin droga. No obstante, defender el territorio no es fácil, hay que tener en nómina a un buen número de policías, agentes de aduana, políticos, fiscales, jueces. Todos quieren el control, pero don Dimas entrena a sus hombres para que sean despiadados cuando deben serlo. No tolera injerencias, no transige con los porcentajes, sabe que controlar la posición es clave y la defenderá hasta la extenuación. En las reuniones con otros narcos, siempre se muestra conciliador, pero todos saben que contradecirle supone pagar un alto precio. Trata bien a sus clientes, les proporciona logística, contactos y apoyo cuando

lo necesitan. Al no mover producto, puede dedicar todos sus esfuerzos personales y materiales a defender su territorio; tiene a los mejores, entrenados para arrancarle las vísceras a cualquiera que intente joderlo. Se tiene por un hombre justo y familiar. Y Chucho es su mano derecha. Aunque está muy bien pagado, no puede evitar mover algo de metanfetamina de vez en cuando. Lo hace en cantidades pequeñas, discretamente. Sabe que don Dimas le arrancaría todos los dientes si se enterara, por eso procura que no se entere. Son sus pequeños ingresos extra.

Chucho ha quedado hoy con Santos para una agradable comida familiar en la cabaña. Irá con su nueva pareja, una ex miss Sinaloa capaz de provocar embolias allá por donde pasa. Santos se compadece de ese tipo de mujeres. Se las conoce como “narcomujeres” y últimamente se ha producido un incremento de los asesinatos de estas reinas de la belleza. Saben que los narcos las buscan, atraídos por su hermosura, y en cada pueblo hay siempre alguna muchacha que sueña con salir de la miseria valiéndose de su belleza. Algunas lo consiguen, pero entran en un mundo más peligroso y oscuro que el de la miseria cotidiana y acaban convirtiéndose en objetivo de las guerras entre los cárteles.

A Roy le gusta Chucho. Le gusta porque siempre está de broma, siempre sonriendo, haciendo locuras y comportándose como si también tuviera cinco años. No es como los demás adultos que conoce. Y aunque hoy se siente un poco triste, sonrío cuando escucha repetidamente el sonido del claxon de la camioneta de Chucho. El pequeño suelta los coches en miniatura con los que está jugando en el salón y corre hacia el porche. Lupe deja de preparar el guacamole, se limpia las manos con un trapo de cocina y sale a recibir a las visitas.

Chucho baja de la camioneta de un brinco y corre a encontrarse con Roy. Lo levanta en vilo y lo arroja al aire varias veces.

—¡Maldito insecto! ¡Cada día estás más pesado! Ya casi no puedo contigo. ¿Has echado de menos al tío Chucho? —pregunta dejando al pequeño en el suelo.

—¡No! —contesta Roy, consciente de que eso hará enfurecer a Chucho.

—¡Cucaracha repugnante! ¡Ahora verás!

Chucho coge a Roy con un brazo alrededor de su cintura y se lo apoya en

la cadera, lo lleva a la trasera de la camioneta, abre la puerta, lo arroja dentro y cierra de un golpe.

—Ahora qué, ¿eh? ¿Me has echado de menos o no?

Roy da un salto hacia la parte delantera para intentar salir pero de pronto se topa con un rostro de ojos azules sentado en el asiento del copiloto, que le sonrío y lo deja paralizado.

—Hola. Yo soy Alexia, pero puedes llamarme Álex. ¿Quieres que te abra la puerta y te escaparas por aquí delante?

Roy asiente, incapaz de articular palabra. Nunca ha visto a una mujer tan guapa y con unos ojos tan grandes. Alexia abre la puerta y se baja de la camioneta. A continuación, Roy sale como una exhalación, coge una piña del suelo y se la arroja a Chucho con tanta puntería que le acierta en la espalda.

—¡Pinche insecto! ¡Ahora verás!

Chucho se agacha para buscar la piña, pero para cuando se levanta, Roy ya se ha alejado corriendo y le está haciendo burla desde la distancia. Le lanza la piña que pasa a varios metros del pequeño, lo que provoca unas sonoras carcajadas. Roy lo reta poniéndose de espaldas y meneando el trasero para provocarle.

—Ya está bueno, compórtense ustedes dos.

Lupe reprende a ambos y le pide a Roy que se acerque para saludar a las visitas.

—Disculpe, mamita —dice Chucho—. Ya nos comportamos. Qué gusto verla tan guapa.

Chucho se acerca a Lupe y le da dos besos. Luego le pide a Alexia que se aproxime para presentarla. En ese momento, Santos sale de la cabaña y se queda mirando a la imponente pareja de su amigo.

—Lupita, llama a la policía. Este pinche ha raptado a una muchacha que está por encima de sus posibilidades.

Alexia viste unos vaqueros ajustados que dejan ver su anatomía igual que si fuera desnuda. Lleva una camisa a cuadros verdes sin mangas que se anuda por debajo del abultado pecho, dejando al descubierto su vientre plano. Sus curvas son mareantes. Tiene unos ojos azules capaces de hacer que un hombre pierda la fe en el matrimonio. Lleva tacones que la elevan un palmo por encima de Chucho y un minúsculo bolso de piel de cocodrilo cuelga de su

hombro.

—Álex, estos son Santos y Lupe. Y a Roy, el insecto, ya lo conoces.

—Encantada —dice Alexia mientras besa a los anfitriones—, tienen un muchacho precioso.

—Ven Álex —la invita Lupe—, deja que te muestre la casa. Roy, ayuda a mamá con los preparativos.

Roy resopla disgustado, pues lo que realmente le apetece es quedarse fuera con los hombres.

Lupe acompaña a Alex al interior mientras Chucho y Santos se funden en un abrazo.

—¿De dónde la has sacado? —pregunta Santos.

—La conocí en una fiesta en El Paso hace unos meses. Vive en Albuquerque y se dedica a la moda. En unos años oirás hablar de ella, Alexia Vargas, acuérdate. Es una linda muchacha; acabamos de empezar a salir juntos y pensé que le gustaría conocer a mis amigos normales.

—¿Qué soy ahora, un referente familiar? No me jodas.

—No te enfades, hermano. Es pura envidia lo que les tengo. Se les ve felices y eso me gusta. Ya sabes que mi vida es una montaña rusa.

—Déjame que entre a por un par de latas y damos un paseo, te sentará bien.

Santos sale con un par de latas en la mano, cerveza para Chucho y Coca-cola para él, y ambos caminan hacia el bosque cercano. La mañana es soleada y la suave brisa mece las hierbas altas que han amarilleado con la llegada del verano. Chucho viste unos tejanos negros con unas zapatillas rojas Nike “México City”, una edición limitada de Stefan Janoski que rinden homenaje al famoso parque de skate de México D.F. Su camiseta negra lleva impresas las enormes iniciales de Calvin Klein. A su lado, Santos parece un jardinero, con sus zapatillas viejas, su camiseta roja sin marca y sus vaqueros desgastados.

Camina despacio mientras sorben de sus latas. Santos le ofrece a Chucho unos de sus cigarrillos de liar y, como siempre, este lo rechaza para encender uno de cajetilla. Llegan a un pequeño claro y se sientan en el borde, sobre un tronco caído a la sombra de unos pinos.

—¿Cómo te van las cosas? —pregunta Chucho.

—No me quejo, es una vida tranquila, sencilla. Ya sabes que el taller me

gusta y ahora con Roy no tenemos mucho tiempo libre. Es agradable estar aquí, alejados de todo.

—Es un lindo muchacho. No me importaría que los míos fueran como él.

—Gracias, amigo. Él también te quiere mucho. A menudo pregunta por qué no vamos nunca a verte.

—¿Y qué le responde mi amigo el pendejo? Ese que ya no cruza la frontera.

—No te ofendas, hermano, pero quiero mantenerlo lejos de todo aquello. Ya sabes que su madre no lo permitiría.

—Está bueno. No hay por qué disculparse. Cada uno elige su camino.

Los dos se quedan un rato en silencio, tan solo roto por el trino de algunas aves en el bosque.

—Chucho, ya sé que intercediste ante don Dimas para que aceptara mi renuncia. Sé que si no es por ti la cosa se hubiera puesto muy fea. Nunca te di las gracias.

—Te debo más que eso, mi hermano. Además no te estaba protegiendo a ti de él, lo estaba protegiendo a él de ti.

Los dos estallan en una carcajada, aunque saben que hay algo de verdad en las palabras de Chucho. Santos no es un hombre al que se pueda retar sin sufrir algunas consecuencias desagradables.

—Y a ti, ¿cómo te va?

Chucho mete la colilla en la lata vacía de cerveza y la deja caer junto al tronco antes de contestar.

—Es una locura, Santos. Cada vez es más jodido mantener el territorio. Los putos Zetas andan cada día más descontrolados y más salvajes. Esa gente son locos, amigo, no te haces una idea de lo que son capaces de hacer. Lo mismo torturan periodistas que destripan viudas inocentes. La gente ya no se atreve ni a presentarse para alcalde de su pueblo. Ellos controlan todo, quién se presenta, quién gana y quién pierde. Si algún ingenuo se cree que puede cambiar las cosas y los desafía, su cabeza aparece cortada en algún camino con una nota en la boca para que todos aprendan. Dentro de poco, ya no quedará un solo pueblo en el país donde vivir en paz. La gente no entiende que su única protección somos nosotros. Ni la policía, ni el ejército. Nadie.

—O sea, que vosotros sois los narcos buenos.

—Dilo como quieras, pero sabes que es así. Nosotros no matamos inocentes.

—La desgracia de ese país tuyo es que llegará un momento en el que ya no habrá inocentes que matar.

—Tú puedes decir eso porque no tienes país, pero esto no es mejor que aquello, solo lo parece.

Chucho sabe que Santos no se siente de ningún país, ha vivido en muchos sitios y en ninguno lo suficiente como para tener un sentimiento de pertenencia, unas raíces, una bandera. Ha sufrido por igual en todas partes. Siempre ha sido un hombre solitario, diferente. La única fidelidad que Chucho le conoce es a él mismo. Y ahora quizás a Lupe y a Roy.

—De todas formas, no seas loco y ándate con cuidado —le aconseja Santos—. Roy sentiría mucho que te pasase algo.

—¿Y tú no?

—No seas huevón. Claro que lo sentiría. Lo que ocurre es que yo sé que tarde o temprano te pasará. A todos nos pasará. Pero Roy es demasiado pequeño para saberlo, y no quiero tener que ser yo quien se lo explique. Es muy jodido esto de tener un hijo, amigo. Intentas que no sufra, pero sabes que no podrás protegerlo siempre. A veces es como caminar con una piedra sobre los hombros que no te puedes quitar nunca. La sientes pesada incluso las noches que no quieres cerrar los ojos para no ver a los fantasmas. En ocasiones miro a mi hijo y es a mí a quien veo. Entonces me entran ganas de beber.

Chucho no dice nada, deja que sea Santos quien se apague solo.

—Será mejor que regresemos y echemos una mano.

25

Santos y Lupe están sentados ante una mesa de despacho sobre la que una placa reza: “Emily Jenkins - Directora”. Tras la mesa, una silla vacía enmarcada por una amplia cristalera, deja ver el patio del colegio, en el que un montón de críos juegan desordenadamente, en un aparente caos sin sentido. Pero cuando Santos se fija con más detenimiento, parece haber un orden dentro de ese caos. Algunos chicos juegan a perseguirse, otros se balancean por turnos en unos columpios cuyos postes están pintados de un amarillo chillón, un grupo de niñas están sentadas en corro, y a su espalda una portería de fútbol improvisada con dos montones de mochilas es objeto de un disputado partido. Una pareja de profesores se pasea charlando en medio de ese griterío ensordecedor que se cuele a través de los cristales.

Es la primera vez que Santos acude al colegio de Roy. Y no ha sido por su propia voluntad. Sus recuerdos de la escuela se pierden en una infancia torcida. La directora Jenkins los ha convocado a una reunión para tratar un asunto “delicado”. Santos ha pasado toda la noche elucubrando sobre lo que puede significar esa palabra en relación con su hijo. Lupe no le ha dado importancia, ella sí ha acudido al colegio en otras ocasiones, incluso conoce a varias de las profesoras. Queda de vez en cuando con algunas madres y hace lo que sea que hacen las madres cuando recogen a sus hijos en el colegio. Cuando es Santos quien recoge a Roy, se limita a corresponder cuando algún otro padre lo saluda y poco más. No le gustan los colegios con sus normas, ni los profesores, ni los deberes, ni los castigos.

Se revuelve incómodo en la silla. A su alrededor observa varias estanterías con carpetas de expedientes, un dispensador de agua con su bidón invertido en el que se acopla un pequeño grifo azul. Sobre la mesa, Santos

observa una fotografía hecha en el mismo despacho en el que ahora se encuentran; en ella, una mujer tras el escritorio estrecha la mano del Jefe de Policía Rosenberg, al que conoce bien. El marco plateado reluce como si fuera nuevo, no hay ni una mota de polvo en esa estancia en la que reina el orden. Igualito que su taller. En un pensamiento algo infantil, lamenta no llevar las manos llenas de grasa para dejar algunas huellas en ese despacho. A su izquierda, en la pared, cuelgan varios diplomas y distinciones educativas a la escuela. Siempre ha desconfiado de las personas que cuelgan sus méritos en las paredes.

Santos se pregunta qué diablos están haciendo allí. Roy es un buen chico, sus calificaciones son excelentes y los comentarios de sus profesores siempre han sido muy positivos; es un niño brillante, aunque él no necesita ningún colegio para saber eso. Roy tiene ese magnetismo intangible que hace de algunas personas líderes natos, algo que les permite destacar sin pretenderlo.

—Para, quieto. —Lupe posa su mano sobre la pierna derecha de Santos, que parece un martillo neumático repiqueteando contra el suelo.

—No entiendo qué carajo quiere decir un asunto “delicado”. ¿No preguntaste de qué se trataba?

—No. Ya te lo he dicho. Tranquilízate, parece que estuvieras enjaulado.

—He visto cárceles más acogedoras que esto.

Lupe gira la cabeza y mira a Santos de esa manera en la que solo las mujeres saben mirar.

—Vale, ya me callo.

Al cabo de unos pocos minutos, una puerta a su espalda se abre. Ambos se giran y una mujer de unos sesenta años entra. Lleva el pelo castaño muy corto, viste unos pantalones anchos de color verde oscuro y una blusa negra sin mangas. Unas gafas cuelgan de un cordón sobre su pecho. Sujeta una carpeta marrón en su mano izquierda y tiene una sonrisa agradable.

—¿Los papás de Roy, cierto? Disculpen que les haya hecho esperar, he preferido...

De pronto una sirena suena en el patio y Santos da un respingo.

—... justo a tiempo. Es mejor hablar cuando los chicos terminan su recreo, así estaremos más tranquilos. Encantados de saludarles, soy Emily Jenkins, la directora.

La señora Jenkins les estrecha la mano y a continuación se sienta frente a ellos a la mesa de escritorio. Se pone las gafas, abre la carpeta que traía entre las manos y lee en silencio durante unos segundos. Mientras, el griterío del patio se ha ido apagando poco a poco hasta quedar reducido a un leve rumor del tráfico lejano.

Santos empieza a lamentar haber venido.

—Verán —comienza la directora Jenkins—, les he hecho venir porque ha ocurrido un suceso un tanto delicado en relación con su hijo Roy.

Lupe puede sentir la tensión que desprende Santos por todos sus poros. Posa su mano sobre el antebrazo de su marido para tranquilizarlo y lo nota duro como el mármol.

—¿De qué se trata? —pregunta Santos sin rodeos.

—Ayer se produjo un robo en los vestuarios durante la clase de gimnasia. A uno de los chicos le desaparecieron diez dólares de su mochila. Y me temo que fue su hijo Roy el responsable.

Durante unos segundos se produce un silencio incómodo.

—Espero que tenga pruebas sólidas de lo que está diciendo —advierte Santos.

—Me temo que no hay duda al respecto.

—¿Quién lo dice?

—El propio Roy ha admitido el robo. No ha querido decir los motivos, pero me temo que así es como están las cosas. Es extraño, porque Roy es un muchacho excelente y ese comportamiento es totalmente impropio de él.

Lupe no sabe qué decir, mira al suelo desconcertada. Santos también experimenta por primera vez la vergüenza ajena. No está acostumbrado a disculparse por nadie y hace lo único que puede hacer. Saca su cartera y pone diez dólares encima de la mesa de la directora.

—No es a mí a quien debe dar ese dinero. Pedagógicamente hablando, lo correcto sería que Roy devolviese personalmente ese dinero al otro chico. Con una disculpa, por supuesto.

Por supuesto, piensa Santos. Sin embargo no puede evitar acordarse de la cantidad de veces que, pedagógicamente hablando, a él le robaron, le pegaron y le humillaron cuando era chico. Incluido su propio padre. Y no recuerda ni una sola vez en la que alguien fuera a disculparse, ni mucho menos a

resarcirle. Nunca hubo ninguna jodida directora Jenkins para impartir justicia. Ni siquiera su madre se atrevía a abrazarlo, por miedo a ser el objeto de las iras de su padre. Así eran las cosas en su casa. Y así han sido siempre las cosas en su vida.

—¿Qué le va a pasar a Roy? —pregunta Lupe, mucho más pragmática, mientras Santos se guarda el billete de diez dólares de nuevo.

—Bueno, teniendo en cuenta que no existen antecedentes y que Roy siempre ha sido un buen chico, no creo acertado adoptar ninguna medida disciplinaria. —Santos mira fijamente a la directora Jenkins, pero parece estar en otro sitio— Creo que lo mejor es que hablen con Roy, que intenten averiguar los motivos que le han llevado a hacer lo que ha hecho, que entienda que ha obrado mal, se disculpe y así todos olvidemos este desagradable incidente.

Santos está a punto de saltar de su silla para corregir a la directora Jenkins, y decirle que esto no es un “desagradable incidente”, sino una puta gilipollez.

Necesita salir de ese despacho. Ya. Lupe, como si lo entendiera, se pone en pie para despedirse de la directora.

—Lamentamos mucho lo ocurrido, señorita Jenkins. Esta tarde hablaremos con Roy cuando vuelva del colegio y haremos que devuelva ese dinero y se disculpe con el otro chico.

—Se lo agradezco. Es lo mejor que pueden hacer. Y no le den demasiada importancia. No sean muy duros con el chico.

A Lupe le cuesta seguir el paso de Santos cuando caminan hacia el vehículo por el aparcamiento del colegio. Ambos suben al coche, pero Santos se queda un momento con la mirada al frente sin introducir la llave en el contacto.

—¿Quién cojones se ha creído que es esa mujer para decirme lo duro que debo ser con mi propio hijo? —grita Santos mientras da un golpe en el volante del coche.

Lupe se gira de medio lado para mirar a su marido.

—Santos, mírame.

Y Santos la mira.

26

Santos, sentado en su taburete, intenta abrir la tapa de los carburadores de la vieja Harley que está reparando, pero uno de los tornillos oxidados se ha pasado de rosca. Lo intenta primero con suavidad y luego con el destornillador de impacto. No hay manera. De pronto se levanta y arroja la herramienta contra la pared en un acceso de ira. Da una patada al taburete y masculla una maldición. No puede dejar de pensar en Roy. ¿Por qué ha tenido que robar ese dinero? No tenía ninguna necesidad. No le han consentido caprichos, pero nunca le han negado nada que deseara de verdad. Decide dar por terminado el trabajo. Echa un vistazo al reloj de la pared sobre el calendario Michelin y calcula que Roy ya debe haber llegado del colegio. Lupe no ha querido que fuera él quien lo recogiera hoy. No después de la charla con la directora Jenkins.

Aparca su vehículo en la acera frente a la entrada, se baja y se lía un cigarrillo antes de entrar en casa. Necesita calmarse, no sabe cómo afrontar estas situaciones. Está acostumbrado a resolver las cosas de otro modo. Su modo. Pero ahora se espera de él que sea un padre; pero ¿qué padre?

Cuando sube las escaleras puede notar que el pulso se le acelera, y no le gusta. Lupe está sentada a la mesa del comedor cosiendo una camisa azul de Santos.

—¿Dónde está? —pregunta Santos con suavidad en un intento por disimular su ira.

Lupe no dice nada, lo conoce demasiado bien, y no puede evitar mirar de reojo la puerta cerrada del cuarto de Roy. Es todo lo que Santos necesita.

—¡No, Santos! Por favor...

Pero es demasiado tarde.

—Lupe, quédate donde estás. —Santos extiende la mano en un gesto que detiene a Lupe en seco— Déjame a mí.

Santos ha recreado la escena en su cabeza sin parar mientras conducía hacia casa, ha imaginado lo que diría, lo que haría, las explicaciones de Roy, sus reacciones, sus palabras. Pero cuando entra en la habitación ya es otra persona, una persona que conoce demasiado bien.

La cálida brisa del desierto hace ondear las cortinas de la habitación, no se escucha nada afuera. Roy está sentado a los pies de la cama con sus coches en miniatura, viste un pantalón corto azul y no lleva camiseta. Cuando Santos cierra bruscamente la puerta a su espalda, el pequeño da un respingo y mira a su padre a la cara. Instintivamente se encoge, asustado. Santos se abalanza sobre él, lo coge del brazo y lo arroja contra una esquina. Sin pensar en lo que hace, se quita lentamente el cinturón y lo deja colgando junto a su pierna, como si fuera una serpiente sin vida. Da un paso hacia el muchacho y le grita:

—¡Mírame a los ojos!

El chico se cubre la cabeza con los brazos y lentamente mira hacia arriba hasta que sus ojos asustados se encuentran con los de Santos. Y en ese mismo instante Santos se ve a sí mismo, pequeño, indefenso, acurrucado en aquél rincón que de pronto se ha llenado de recuerdos. Como un disparo revive el miedo, el terror que le provocaba su padre hasta hacer que se orinase. Y le vuelven a caer encima los golpes, el cinturón abriéndole la carne, su aliento apestando a alcohol barato y a tabaco rancio, los gritos de su madre tras la puerta; pero sobre todo recuerda en su boca el sabor metálico del miedo. Como si se mirase en un espejo, Santos ve sus propios ojos azules encendidos de ira, su nariz rota de boxeador, su ancha espalda y sus grandes manos blandiendo el cinturón con fuerza. Se queda paralizado y se le humedecen los ojos. Deja caer el cinturón, que se enrosca sobre sí mismo. Sin mediar palabra, da media vuelta y sale precipitadamente, cruza el salón, baja las escaleras y una vez en el jardín comienza a golpear la valla de madera con sus puños, una y otra vez; maldice y blasfema y golpea hasta que los nudillos le sangran y el sudor resbala por su espalda. Se deja caer de rodillas lentamente y cierra los ojos. Las malditas heridas de la memoria que nunca cicatrizan. Nunca. Siente vergüenza de sí mismo. Vuelve a ser un niño que no entiende nada. Se balancea adelante y atrás con un gemido apenas audible.

Cuando Lupe sale al porche ya ha oscurecido. Santos está sentado sobre el césped, con la espalda contra la valla de madera y las manos cruzadas sobre las rodillas. Su mirada se pierde en el infinito. Lupe entra de nuevo en casa y vuelve a salir, esta vez acompañada de Roy. Se sientan los dos en las escaleras y miran a Santos. Este los mira a su vez, pero no dice nada. Puede escuchar cómo Lupe rodea a Roy con el brazo y le habla en un susurro, pero no llega a entender lo que dice. Entonces Roy se levanta y baja las escaleras muy despacio, se acerca a su padre y se arrodilla a su lado. Santos mantiene la mirada al frente, incapaz de enfrentarse a su hijo. El pequeño le pone una mano en el brazo y lo agita suavemente.

—Papá... lo siento. ¿Me perdonas? —es la primera vez que Roy le llama papá.

Y entonces Santos se rompe en mil pedazos. Sienta a su hijo sobre sus rodillas, lo abraza y llora como no lo había hecho desde que tenía diez años. Lo aprieta contra su pecho y le besa en la cabeza una y otra vez.

—Claro, hijo —es la primera vez que Santos le llama hijo—, pero soy yo el que lo siente mucho, de verdad. ¿Me entiendes, Roy? Esto no volverá a pasar nunca, te lo prometo.

Cuando Santos y Roy entran en casa, Lupe y su marido cruzan una de esas miradas que unen más que cualquier palabra.

Esa noche, después de hacer el amor, ella le cuenta la conversación que ha tenido con Roy. Santos escucha, tendido boca arriba, que Roy no robó el dinero, que confesó haberlo hecho para proteger a su amigo Randy, quien lo necesitaba para su madre, a la que no le da el sueldo para llegar a fin de mes. Y entiende que los hijos también pueden dar lecciones a sus padres.

Por la mañana, Santos se despierta sintiéndose una mierda. Incapaz de afrontar la mirada de su hijo, se demora en el cuarto de baño para no coincidir con Roy en el desayuno. Pero no es tan fácil engañar a Lupe. Ella tiene el buen juicio de no apurar a Santos para que desayunen juntos; sin embargo, entra en el baño para despedirse de él. Santos está parado frente al espejo, Lupe se acerca por detrás, lo abraza por la cintura y apoya la mejilla en su espalda.

—Eh, no te preocupes, los niños olvidan pronto estas cosas. Dale un beso y deséale buen día. Solo eso.

Santos se gira y besa a Lupe en la frente. No dice nada, pero si hay una cosa que sabe mejor que nadie es que los niños no olvidan estas cosas. No obstante, sale al comedor donde Roy espera dando suaves patadas a su mochila. A Santos le gusta su pelo mojado y peinado por las mañanas, el olor a colonia infantil y su cara de sueño. Se acerca, lo aúpa y lo deja sentado en el respaldo del sofá.

—Buenos días, socio. Anoche mami me contó que no fuiste tú quien robó ese dinero.

Roy baja la cabeza, avergonzado, pero Santos le levanta suavemente la barbilla.

—Nunca bajes la cabeza cuando creas que tienes razón. ¿Entiendes lo que te digo, Roy?

Roy mira a Santos y levanta los hombros, como si no estuviera muy seguro de entenderlo.

—Randy hizo algo malo por una buena razón. No debe avergonzarse por ello, pero la próxima vez que quieras ayudar a un amigo, sería bueno que lo consultases con tu madre o conmigo. ¿De acuerdo, socio?

Roy asiente con la cabeza. Santos saca su cartera del bolsillo trasero de su pantalón y extrae un billete de diez dólares y otro de cincuenta.

—Aquí tienes estos diez dólares. Son para que se los devuelvas al chico al que Randy se los quitó. Quiero que te disculpes con él. ¿Ok? Y estos cincuenta dólares son para que Randy se los dé a su madre. Es importante que no le digas que te los he dado yo. Simplemente dile a Randy que te los has encontrado de camino al colegio. Y dile también que puede venir a casa los fines de semana siempre que quiera. Incluso a la cabaña.

Roy levanta las cejas y en su cara se dibuja una tímida sonrisa al escuchar que puede invitar a Randy a la cabaña.

—¡Súper! —dice dando un salto desde el respaldo cuando ve a su madre aparecer lista para salir.

Santos los ve salir y escucha a Roy contarle a su madre, mientras baja los escalones de dos en dos, que puede invitar a Randy a la casa del bosque.

De camino al taller, da un pequeño rodeo hacia el oeste, cruza el río Grande y se aleja de sus verdes orillas en las que se concentra la población. Hoy necesita el desierto. Mirar hacia el horizonte y no ver nada entre medias. Conduce en dirección a Laguna Pueblo, pero poco antes de llegar, gira al sur en la ruta seis, hacia el pico Mesa Redonda, apenas un promontorio en mitad del desierto. Vista desde cierta distancia, Mesa Redonda tiene aspecto de flan. Su parte más alta es una amplia extensión más bien plana, por lo que llamarla pico es un ejercicio de buena voluntad. Las vías del tren discurren paralelas a la carretera; Santos cruza con su camioneta el paso a nivel sin barreras y se interna en un camino polvoriento que lo deja al pie del pico. Baja del vehículo, cierra la puerta, se apoya en el lateral, se lía un cigarrillo y lo guarda sin encender en el bolsillo de su camisa de cuadros. Se levanta levemente las perneras del vaquero y se mira las desgastadas botas marrones que ya van necesitando recambio. Odia comprar calzado nuevo, pero sabe que un día no muy lejano Lupe se las arrojará al cubo de la basura sin previo aviso. Saca del asiento trasero una gorra negra de visera y se la ajusta antes de empezar a caminar sin prisa. El cielo es de un azul casi imposible. Santos asciende por el sendero norte y se detiene a observar el paso del tren de mercancías. Le da por contar los vagones. Diecinueve. Desde donde está él, parece una maqueta que se aleja en la distancia hasta hacerse invisible. A

mitad de camino hace un alto, sube a unas rocas y se sienta sobre una piedra plana con las piernas colgando para encender el cigarrillo que ha sacado del bolsillo de su camisa. Piensa en Lupe, en Roy, en cómo ha cambiado su vida últimamente. En que le hubiera gustado tener hermanos, una familia normal, una cabaña en el bosque en la que poder jugar sin preocupaciones ni miedos; amigos a los que poder defender cuando robasen dinero para ayudar a sus madres. Fija la mirada en el desierto, en la nada que se extiende ante sus ojos, un mar infinito de polvo y arena, plagado de crótalos y alacranes. Como su infancia. Sujeta la colilla apagada entre sus dedos anular e índice, la arroja todo lo lejos que puede, y piensa que ojalá pudiera deshacerse de sus recuerdos con tanta facilidad. Se pone en pie y camina un poco más en dirección a la cima, pero al rodear una gran roca escucha el inconfundible sonido de una cascabel justo delante. Se aparta de un salto y cuando se asoma, la ve. Es un ejemplar enorme, de los que no quisieras que te dieran un beso. Yace al pie de un arbusto enroscada sobre sí misma, escaneando el entorno con su lengua bífida. Si no fuera por el sonajero del extremo de su cola, sería prácticamente invisible. Santos decide jugar un poco con ella. Coge una pequeña piedra, saca su mechero y la calienta hasta que casi le quema los dedos. La arroja junto a la serpiente, que instantáneamente se gira en dirección a la piedra caliente y lanza su ataque en cuestión de milésimas de segundo. Santos nota la descarga de adrenalina y su pulso tarda unos segundos en recuperar su ritmo normal. El crótalo parece desconcertado. Santos se aproxima con cautela y el reptil decide buscar refugio entre unas rocas cercanas. Siempre le ha gustado observar el movimiento sinuoso de las serpientes y el rastro ondulado que dibujan sobre la arena.

De regreso al taller, Santos detiene su camioneta en la entrada y baja para abrir la cancela. Por la acera se aproxima Steve, que vive en una caravana aparcada en la parcela de al lado. Steve es un joven biólogo y herpetólogo canadiense que está realizando un estudio sobre biología de los invertebrados. Ambos tienen entretenidas charlas sobre las diferentes especies de serpientes, tema que a Santos le despierta gran curiosidad. Steve es alto y delgado como un junco, de piel blanca y andares desgarbados. Tiene pinta de jugador de baloncesto. Sus pantalones vaqueros siempre parecen colgar de sus caderas desafiando a la gravedad. Lleva una camiseta de los Pixies y calza unas

Converse reventadas por sus costuras que han conocido tiempos mejores. Anda siempre justo de pasta y agradece las cervezas que Santos le proporciona.

—Steve, ¿qué pasa, chaval? ¿Cómo va?

—Hola, Santos. Bien. Te he visto llegar desde mi caravana.

—¿Pixies? —pregunta Santos, señalando con su barbilla la camiseta de Steve, mientras abre el candado de la verja.

—¿Los conoces?

—¿Que si los conozco? Chaval, cuando tú aún gateabas ya tocaron por aquí.

—¿En serio? Eres una caja de sorpresas.

—En el noventa y uno. Yo acababa de llegar con una caravana como la tuya. Tocarón en el Sunshine, nada menos que con Pere Ubu de teloneros. Muy buenos.

—Joder, qué envidia.

—¿Te apetece un café?

—Claro. Te lo agradezco.

Santos abre la cancela del todo para meter su camioneta en la parcela. Aparca en un lateral, luego sube la persiana del taller y enciende las luces de neón, que parpadean perezosas. Steve se sienta en un destartado sofá que Santos tiene fuera, junto a la entrada, y saca un arrugado paquete de Chesterfield.

—Dame un minuto y salgo con el café.

—Tranquilo, no tengo prisa esta mañana.

Al cabo de unos minutos Santos aparece con un par de vasos de cartón humeantes.

—Aquí tienes.

Le entrega uno de los vasos y se sienta junto a Steve. Deja su café en el suelo y se lía uno de sus cigarrillos.

—Acabo de tener un encuentro con una de tus amiguitas. Una cascabel.

—¿Aquí? —se extraña Steve.

—No, no. En el desierto. He ido a dar una vuelta por Mesa Redonda antes de venir y me la he encontrado. Me ha dado un buen susto.

—¿Grande?

—Enorme. De las más grandes que he visto. Mal contrincante. ¿Qué tal tus estudios?

—Bueno, ahí andamos. Esta mañana he decidido centrar mi tesis en la Víbora Cola de Araña.

—¿Qué tiene de especial?

—Bueno, básicamente que no se sabe casi nada de su comportamiento, hábitos reproductivos y de su ecología en general. No es fácil encontrar especies de las que se sepa tan poco. Tan solo hace unos años que se descubrió su existencia. Es una serpiente alucinante, única. Su cola tiene forma de araña, y la mueve como señuelo para atraer a los pájaros de los que se alimenta. Cuando el pájaro cree estar mordiendo una araña o un insecto, ya es demasiado tarde, la víbora le asesta un mordisco mortal.

—Nunca he oído hablar de ella.

—No me extraña. Muy pocos humanos han podido verla. Lo malo es que sólo se encuentra en una remota región de Irán.

—¿Irán? ¿El país? Debes estar bromeando.

Steve esboza una sonrisa ante la cara de asombro de Santos.

—No, no bromeo. ¿Cuántas posibilidades tengo de poder estudiar una serpiente única, de la que nadie sabe nada? Es muy probable que si no se protege, se extinga en poco tiempo. Los museos pagan fortunas por un espécimen vivo de esa víbora, y eso atrae a los furtivos. Ni siquiera se sabe cuántos ejemplares puede haber. Solo se han localizado en un amplio valle del oeste de Irán.

—¿En serio estás pensando irte a Irán a estudiar a ese bicho?

—En serio. Aún me tienen que aprobar el proyecto y los fondos, cosa bastante complicada, pero tratándose de una especie tan desconocida, creo que tengo posibilidades.

Ambos se quedan mirando al infinito sin decir nada, cada uno pensando en sus cosas. Al cabo de un rato, Steve, como si retornara de una de sus expediciones, exclama:

—Son unos animales preciosos.

—Steve, no jodas. Precioso es un oso panda, no un puto bicho que te puede matar de un mordisco y al que tienes que ir a buscar nada menos que a Irán.

—Sé que te gustan las serpientes, así que no finjas conmigo, Santos. Por cierto, esta mañana ha venido una mujer a buscarte.

—¿Una mujer? Prefiero a las serpientes —dice sorbiendo de su vaso.

Steve ríe la ocurrencia de Santos.

—¿Ha dicho lo que quería?

—No, solo que te buscaba.

—Bueno, ya volverá. Querrá darle una sorpresa a su marido y restaurar algún viejo cacharro que tendrá abandonado en el patio trasero.

—Seguramente. Mira lo que conseguí ayer —dice Steve a la vez que saca una pequeña bolsa transparente del bolsillo de su pantalón. Su contenido parecen pequeños cristales de color azul.

Santos lo mira y frunce el ceño.

—¿A que molan? Son caramelos de menta. Con el éxito de Breaking Bad los venden a los turistas por un dólar.

—Con la pinta que tienes, como te pille un madero con eso por la noche, te puede meter los caramelos por donde amargan los pepinos.

Steve suelta una carcajada, se mete en la boca uno de los cristales y se guarda la bolsa en el bolsillo.

—Creo que es hora de ponerse en marcha. ¿Con qué andas ahora?

—Una Harley FL del cincuenta y dos. Ahí dentro la tienes.

Steve se levanta y entra en el taller.

—¡Preciosa! —grita desde el fondo.

—Preciosa será cuando la termine. De momento es un grano en el culo —contesta Santos en voz baja como si Steve aún estuviera a su lado.

Steve sale del taller y tira la colilla en el vaso de café. Se sube los pantalones infructuosamente y se despide de Santos.

—Ya te dejo trabajar, gracias por el café.

—A ti por la visita. Cuídate, Steve.

28

Lupe acaba de dejar a Roy en el colegio. Está sentada en un banco del parque frente a la escuela. A su lado está Megan, la madre de Randy. Megan es una mujer rubia muy delgada, de facciones hermosas pero aspecto frágil. Sus ojeras la hacen parecer mayor de lo que es. Lleva el pelo recogido en una cola que brilla con los rayos del sol que se cuelan entre los álamos. Megan habla en voz muy baja, no porque tema que alguien la escuche, sino porque es su manera de ser. Lupe y Megan toman de vez en cuando un té a la salida del colegio cuando recogen a los crios. Hablan de cosas sin importancia, de sus hijos, de las profesoras, de las noticias curiosas, pero nunca han entrado en temas personales. En realidad no saben mucho la una de la otra. Lupe sabe que Megan vive sola con Randy porque se lo ha dicho Roy, pero desconoce el motivo.

—Randy me ha dicho que Roy le ha invitado a pasar un fin de semana con vosotros —comenta Megan.

—Así es —responde Lupe—. Creo que lo pasarán bien y a nosotros no nos importa. ¿Te parece bien?

—No quisiera que os causara ninguna molestia.

—No es ninguna molestia, Megan, de verdad. Randy es un buen chico, y a Roy le encanta estar con él. Tenemos una pequeña cabaña en la montaña; es un lugar bonito y los chicos se lo pasarán en grande.

—Sois muy amables. Tu marido parece una buena persona.

—Lo es, aunque ya te habrás dado cuenta de que no es muy sociable.

—Ya, bueno, no importa. Tampoco me gusta la gente que habla demasiado. Randy dice que Roy nunca le llama papá.

Lupe sonrío a Megan, que se da cuenta enseguida de que ha sido un

comentario indiscreto y se ruboriza.

—Perdona Lupe, no, no quería decir eso —tartamudea nerviosa.

Lupe le pone una mano en el antebrazo.

—Eh, no seas tonta. A mí me hace mucha gracia que le llame por su nombre. Desde que nació nunca le ha llamado papá y a lo mejor la culpa es mía. Cuando estaba aprendiendo a hablar, un buen día dijo Santos y a mí me dio tanta risa que no paraba de decirlo. Pero sí, es su padre.

—Menos mal, pensaba que había metido la pata.

—¿Puedo preguntarte por el padre de Randy? Roy a veces me pregunta, y aunque le digo que no es asunto nuestro, no sé muy bien qué contestar.

Megan baja la mirada y se aprieta las manos antes de contestar.

—Nos dejó cuando Randy tenía tres años.

Lupe sabe reconocer a una mujer maltratada, las señales que eso deja en las personas, la manera de moverse, la forma de mirar. Le frota con cariño el hombro.

—Lo siento, Megan. Si alguna vez necesitas mandarnos a Randy unos días, no tienes más que decirlo. Estaremos encantados. Y si quieres que salgamos alguna tarde de compras y nos olvidemos un poco de los crios, Santos se quedará con ellos con gusto. —Se percata de que es muy posible que Megan no pueda permitirse ir de compras, así que añade—. Aunque te aviso que nunca suelo comprar nada, más bien miro los escaparates y pienso que ojalá tuviera quince años menos.

Megan sonrío, pero en su sonrisa hay más tristeza que alegría.

—Gracias Lupe, eres un encanto. No está siendo fácil, pero estoy segura de que todo irá bien.

—Claro que sí. Si algo he aprendido es que cuanto más difíciles se ponen las cosas, más fácil es que mejoren. Vamos, te invito a tomar un té.

29

Santos está sentado en su taburete con la radio puesta cuando escucha que ha muerto Prince. Se detiene para escuchar la noticia. Está siendo una temporada terrible para el mundo de la música. El locutor repasa algunos de los artistas que han pasado a mejor vida en los últimos meses: Lemmy Kilmister, Dale Griffin, Glenn Frey, Keith Emerson, George Martin, Paul Kantner, Scott Weiland y, por supuesto, el más sonado de todos, David Bowie. Y ahora Prince, al que la emisora rinde homenaje pinchando *Purple Rain*, uno de sus éxitos más conocidos. Santos aprovecha para liarse un cigarrillo y disfrutar de esa producción ochentera saturada de chorus y compresión. Sonríe cuando escucha la voz compungida de Prince. Es exagerada, excesiva, grandilocuente y un punto hortera, pero qué cojones, es una gran canción. Hacía mucho tiempo que no la escuchaba y se levanta para subir el volumen de su viejo aparato; el crescendo con el solo final le sigue emocionando. Son ocho minutos cuarenta segundos de oda a los años ochenta, dignos de su autor. Descanse en paz, Mr. Prince.

Santos vuelve a su Harley Davidson FL; se sienta de nuevo en su taburete y se inclina para desmontar la tapa de balancines. El locutor ha dado paso a Tom Waits y su *Tom Traubert's blues*. Justo al terminar la primera estrofa, Santos presiente que hay alguien a su espalda. Sin embargo no se gira, espera.

—Disculpe. ¿Es usted Santos?

Santos no contesta, algo en su espina dorsal se ha tensado y no sabe por qué. Las palabras de esa mujer vibran en el aire con una mezcla de miedo y determinación. Suelta el destornillador y se gira. La mira a los ojos y lo que ve en ellos no puede describirlo con palabras, pero puede sentirlo en la boca del estómago.

—Sí, soy Santos.

—¿Puedo hablar un momento con usted? —La mujer tiene las manos huesudas entrelazadas y se las aprieta, nerviosa.

Santos se incorpora, se limpia las suyas con un trapo y extrae el tabaco del bolsillo trasero de su mono. Se mueve como a cámara lenta.

—¿Le importa que fume? —dice por toda respuesta.

—No.

—Será mejor que nos sentemos. Por aquí. —Santos le indica el viejo sillón junto al ventilador mientras acerca su taburete.

La mujer se acomoda en el borde del asiento con las rodillas muy juntas. Lleva un vestido blanco de tirantes estampado con flores de colores. Su cuerpo es el de una joven, sus ojos hace ya tiempo que no. Tiene profundas ojeras y se muerde el labio inferior en un gesto involuntario. Sin duda ha debido ser una mujer hermosa; todavía lo es. Su pelo negro, recogido en una coleta, le recuerda al de Lupe.

—Me han dicho que trabaja usted para don Dimas.

El silencio que se produce a continuación parece responder por Santos. Este lía con calma su cigarrillo mientras el resto de sus sentidos permanecen alerta. Lo enciende y la mira de nuevo a través del humo que exhala. La mujer espera en silencio.

—¿Quién le ha dicho eso? —pregunta al fin.

—Eso no importa. ¿Es cierto?

—No, no es cierto. —Santos se inclina hacia delante apoyando sus codos sobre las rodillas—. Mi único trabajo es este taller.

La mujer parece un tanto desconcertada, pero algo la impulsa a seguir hablando pese a lo que acaba de escuchar.

—Solo quiero que escuche lo que tengo que proponerle. Si no le interesa, me marcharé por donde he venido y no lo molestaré más. Es todo lo que le pido.

Santos la observa con gesto serio, y su silencio parece animar a la mujer a proseguir su relato con voz entrecortada.

—Verá, hace unos cuantos años conocí a don Dimas. No hace falta que le diga cómo es ese hombre. Puedo ver en su mirada que sí lo conoce. Yo estaba casada con un hombre mucho más mayor que yo; y me convertí en su amante.

Sé que no era la única, pero así de estúpidas somos a veces las mujeres. Me hacía sentir algo importante. Pero pasado el tiempo, se cansó de mí y no quiso volver a verme. Mi marido notó que algo pasaba y me amenazó para que confesara. No dije nada, pero no hizo falta. Hay cosas que los hombres saben sin que nadie se lo diga. Y cometió la estupidez de ir a pedirle cuentas una noche que se había bebido todo el orgullo. Y don Dimas no es un hombre al que se le puedan pedir cuentas, eso ya lo debe saber usted. Al cabo de unos pocos días mi marido desapareció. Yo supe que había muerto. Por mi culpa. Se llamaba Lucio Cortés.

Al escuchar ese nombre, que Santos no ha olvidado, siente como si le hubiera mordido una víbora. Él, que era capaz de mantener sus pulsaciones al mínimo mientras estrangulaba, no puede evitar que el corazón se le dispare. Da una honda calada y se queda en silencio, mirando fijamente a esa mujer, Estela. Lo que ella va a decir a continuación Santos ya lo sabe. Es algo que ha estado temiendo desde que encontró a su hijo Roy en aquella habitación, un destino que tarde o temprano tenía que afrontar, y que ahora está ahí, frente a él, clavándole la mirada mientras continúa.

—Sé que don Dimas hizo que lo mataran. Pero eso ahora ya no importa. — Estela mira al suelo antes de pronunciar las palabras que Santos no querría escuchar por nada del mundo:

—Había alguien más en la casa cuando asesinaron a Lucio. Mi hijo recién nacido. Ni siquiera lo habíamos bautizado.

Santos no puede evitar buscar con la mirada el cuchillo que descansa sobre la mesa de trabajo. Bastaría con un movimiento rápido y, antes de que ella se diera cuenta de lo que pasaba, ya estaría desangrándose en el suelo. Mira a la mujer y de nuevo al cuchillo. Tres segundos es todo lo que necesita, tres segundos y todo habrá terminado, para siempre. El viejo ventilador hace ondear el borde de su vestido y Tom Waits sigue recitando *...on the wrong side of the road, wrong side of the road...*

30

Lupe charla distendidamente con otras madres a la salida del colegio cuando ve que un hombre mayor de aspecto descuidado se acerca a su hijo. Su cuello se tensa al observarlo desde lejos. El hombre, casi un anciano, se agacha y parece hablarle al pequeño. Lupe deja de escuchar la conversación de las otras madres que ahora es como un rumor lejano. Todos sus sentidos se han focalizado en ese hombre de la gabardina beige. Sin ser consciente de ello, da unos pasos en dirección a su hijo. Cuando el hombre coge a Roy por los hombros, el pulso se le acelera. Se apoya en el brazo de una de las madres y sigue avanzando. El hombre tiene una rodilla en el suelo y parece hablar con Roy, le pone una mano en la cabeza y lo acaricia con suavidad. Lupe se muerde el labio inferior, sale del círculo de sus amigas en dirección a Roy justo en el momento en que el hombre se incorpora; lo ve cubrirse la cara con las manos y alejarse caminando despacio con pasos erráticos. Lupe se detiene en seco y observa a Roy, que no parece asustado. Se acerca a su hijo e intenta hablarle con calma.

—Roy. ¿Quién era ese hombre?

—No lo sé.

—¿Y qué quería?

Roy levanta los hombros y las cejas para decir que no lo sabe.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. Solo me ha preguntado cómo me llamo.

—¿Nada más?

—Ha dicho que yo era... sangre de su sangre, o algo así. Mamá, ¿eso qué quiere decir?

31

Lupe y Santos están sentados a la mesa, cenando junto a Roy. Pero a su alrededor flota un silencio incómodo que ninguno sabe cómo romper. Ambos tienen cosas que contar, pero no es tan fácil. Se miran, cada uno pensando que el otro ha leído sus pensamientos. Roy comienza a golpear con su tenedor el plato, que contiene una pera cortada a trocitos, ajeno al extraño mundo de los adultos; el sonido cerámico, rítmico, es todo lo que se escucha. Los golpes parecen subir de volumen cada vez más, acompañados ahora por el cuchillo sobre la mesa.

—¡Roy! ¡Para quieto! —estalla Lupe.

Roy da un brinco en su silla, sobresaltado. Se queda quieto y mira alternativamente a Santos y a Lupe. Baja la cabeza en un gesto de arrepentimiento. Santos mira a Lupe y parece reprenderla con la mirada.

—Roy, socio, ¿es que ahora quieres convertirte en batería de rock?

Roy, sin levantar la cabeza, mira a su padre y asiente con gesto picaro.

Lupe no puede evitar reírse. Porque necesita reírse. Todos lo necesitan.

—Venga, cariño, termínate el postre y deja de hacer el ganso. No se hacen ruidos en la mesa. Perdona que te haya gritado. ¿Vale?

—Vale —contesta Roy divertido—, pero quiero ser batería de rock.

Los tres vuelven a reír con ganas.

Cuando terminan de cenar, Roy pide permiso a sus padres para ver un rato la televisión. Le gustan los dibujos animados de Bob Esponja, se divierte mucho con ellos. Santos y Lupe acceden con la condición de que se acueste sin protestar cuando se lo digan. Roy sale disparado hacia el mando a distancia y se sienta en el suelo junto al sofá, como hace siempre.

Santos y Lupe recogen la mesa en silencio. Al acabar, Santos sale al

porche a liarse uno de sus cigarrillos. Cuando está sentado en las escaleras, Lupe llega y se sienta a su lado con una rebeca sobre los hombros. La temperatura ha descendido y Lupe se frota los brazos, pero no es el frío, son los nervios.

—Bueno, mexicanita. ¿De qué se trata?

—¿Por qué sabes que se trata de algo?

—Porque si no lo supiera, no sería un buen marido para ti. Y soy el mejor marido del mundo para ti.

Lupe lo observa y le sonrío. Sabe que tiene razón.

—Santos, tengo miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

—De que le pase algo a Roy.

Santos la atrae hacia sí y la abraza besándola en la sien.

—Lupita, mientras yo esté aquí nada le pasará a Roy. Ni a ti tampoco. Te lo prometo.

Lupe duda si contarle lo sucedido en el parque esa tarde. Si ese hombre es el padre de Santos, sabe que se enfadará, pero también es consciente de que debe contárselo.

—Verás, ha ocurrido algo extraño en el parque esta tarde. Al recoger a Roy estaba charlando con las otras mamás y Roy estaba jugando cuando una persona se ha acercado a hablarle.

Santos tensa la espalda de inmediato y sus sentidos se agudizan. Esto es algo con lo que no contaba. Pensando que puede haber sido la madre biológica de Roy, sus pulsaciones se disparan.

—¿Quién era?

—Era un anciano. Le ha preguntado a Roy cómo se llamaba.

Santos se relaja.

—Bueno, cálmate. Ya sabes que a los viejos suelen gustarles los niños.

—Santos —Lupe hace una pausa y se gira para mirarlo—, le ha dicho que era sangre de su sangre.

Santos tarda unos segundos en procesar la información. ¿Sangre de su sangre? Roy solo puede tener un abuelo, ya que los padres de Lupe murieron.

—¿Qué aspecto tenía?

—No lo sé, tan solo pude verle de medio lado cuando se alejó. Parecía

descuidado, sus ropas estaban viejas y caminaba como si hubiera bebido. Al marcharse me pareció que lloraba.

Santos lo imagina. Exactamente como lo recuerda. Borracho.

—Escúchame bien Lupita —la sujeta con suavidad por los hombros—, no quiero que te preocupes por nada, pero si vuelves a ver a ese hombre, quiero que me llames inmediatamente. ¿De acuerdo?

—¿Es peligroso?

—No Lupita, ya no. Ya no.

Lupe se recuesta en el pecho de Santos, entre sus piernas, y se quedan así un rato, abrazados. Cada uno con su propio miedo. Lupe más tranquila después de haberle contado lo ocurrido. Y Santos acumulando recuerdos y secretos.

Al cabo de un rato, Lupe entra en casa para decir a Roy que ya basta de tele por esta noche. Santos se queda solo, se lía un nuevo cigarrillo y al encenderlo observa la brasa incandescente en el extremo y siente cómo la ira se apodera poco a poco de él.

32

—Chucho. ¿Cuánto hace que nos conocemos?

—No sé, don Dimas, ya casi ni lo recuerdo.

—Quiero que tratemos este asunto como hombres.

Chucho empieza a ponerse nervioso. Cuando no sabe de qué carajo habla don Dimas, se pone nervioso. Es como si de repente escuchas ladrar a una serpiente. Sabes que muerde, que reptar, que es peligrosa, que puede matarte, pero no sabes que puede ladrar.

Ambos están sentados en el despacho que don Dimas tiene en su hacienda. Es un lugar recargado, con robustos muebles oscuros y gruesas cortinas que apenas dejan pasar la luz. En el escritorio, tras el que se sienta don Dimas, podría perfectamente jugarse una partida de ping-pong. Todo es así de exagerado. Chucho lo observa desde el otro lado, sentado en una silla tapizada de terciopelo granate. Don Dimas viste una guayabera blanca con unos pliegues verticales tableteados en el pecho y lleva el pelo engominado, peinado cuidadosamente hacia atrás.

Don Dimas extrae una caja de madera labrada de uno de los cajones. La abre y saca un cortaúñas plateado. Sin mirar a Chucho, comienza a cortarse las uñas con calma. En la estancia tan solo se escucha ese sonido metálico. Clic.

Chucho no sabe qué decir. Se remueve nervioso en su asiento. Cada vez que don Dimas termina con uno de sus dedos, recoge los pequeños trozos en forma de media luna y los deposita con calma en la caja. Clic, clic.

—Sé que estás vendiendo cristal a mis espaldas —dice sin interrumpir su manicura ni levantar la vista.

A Chucho se le detiene el corazón por unos instantes. Se pone lívido.

—Don Dimas, le juro...

En ese momento don Dimas mira a Chucho sin levantar la cabeza; y no hace falta nada más. Las palabras de Chucho se quedan suspendidas, flotando en el aire espeso de la estancia. Es una mirada que no admite réplicas. Chucho sabe por experiencia que es mejor no abrir la boca. Y la cierra.

Clic. Clic.

—Sabes que eso es motivo suficiente para que te mate. Aquí y ahora.

Clic. Clic.

Chucho nota cómo el sudor resbala por su espalda. Aunque sabe que están solos, no puede evitar echar un vistazo hacia la puerta.

—Chucho, mírame.

Chucho mira a don Dimas y se pregunta cómo ha podido ser tan estúpido al pensar que no se enteraría. Siempre hay alguien dispuesto a facilitar información para hacer méritos y escalar posiciones.

—Sabes lo que me molesta que me tomen por estúpido. Especialmente tú. ¿Acaso me he portado mal contigo?

Don Dimas vuelve a sus dedos y continúa con sus uñas. Clic. Clic.

Chucho no sabe si contestar. Es consciente de que ambos conocen la respuesta. Sabe que don Dimas piensa que es como un padre para él. Pero qué mierda, él también se ha dejado la piel por su jefe. Ha extorsionado, ha dado palizas, ha matado por él. Para protegerlo, para mantener en orden su pequeño imperio. Para hacerle rico. No le debe una mierda. No piensa suplicarle. Pero tampoco quiere morir.

—Chuchito, chuchito —susurra don Dimas sin levantar la vista.

Clic. Clic.

Cuando termina su sesión de manicura, don Dimas recoge meticulosamente los trozos más pequeños, los deposita en la caja y vuelve a guardarla en el cajón. Extrae entonces una lima alargada y comienza a pulirse las uñas con ella. Una a una, con detenimiento. Durante todo ese tiempo no dice una palabra. No lo mira; de hecho es como si no estuviese allí. A Chucho los segundos le parecen interminables. Suda copiosamente por todos sus poros. Alguna vez lo han torturado, pero nunca ha tenido tanto miedo como en este momento.

Don Dimas guarda la lima, se observa los dedos satisfecho, cruza las manos sobre el escritorio y se queda mirando a Chucho.

—¿Y bien?

—Se acabó. Para siempre.

Don Dimas esboza una sonrisa y asiente con la cabeza.

—Eres listo, Chuchito. Por eso sigues con vida. Si lo hubieras negado o me hubieras dicho que lo sientes, ahora ya estarías muerto.

Chucho exhala un suspiro y da gracias mentalmente a todas las vírgenes de México por haber pronunciado las palabras correctas.

—No volveremos a hablar de este asunto. Nunca. ¿Estamos?

Chucho asiente sin abrir la boca.

—Ahora escúchame bien. Te voy a hacer dos encargos. Uno puede que no te guste, pero el otro te va a encantar. El primero tiene que ver con tu amigo Santos. ¿Recuerdas a Estela?

Chucho asiente con la cabeza; la recuerda perfectamente. Tuvo que llevar a esa pobre desgraciada a uno de los prostíbulos del sur. Aunque no ha vuelto a saber nada de ella desde entonces. Casi había olvidado la historia de la niña que desapareció.

—Bien, resulta que alguien la vio entrar en el taller de Santos hace un par de días. Extraño, ¿verdad? Hice una llamada y me confirmaron que desde hace una semana no ha vuelto al trabajo.

No me gusta. Quiero que averigües qué carajo está pasando. Habla con tu amigo, síguelo, haz lo que tengas que hacer, pero quiero respuestas.

—Entendido. No hay problema.

Don Dimas saca entonces un trozo de papel doblado del bolsillo de su camisa y se lo acerca a Chucho por encima de la mesa. Chucho estira el brazo, lo coge, lo desdobra y lee un nombre que le resulta familiar. Mira a don Dimas.

—Ese es el encargo divertido. Ahí tienes apuntado el nombre de quien me vino con el cuento de que vendías cristal a mis espaldas. Disfrútalo.

33

Santos está sentado en los escalones del porche de su casa. Como cada mañana, Lupe ha ido a llevar a Roy al colegio y él se sienta con su vaso de café a liarse uno de sus cigarrillos. Pero esta no es una mañana como otra cualquiera. Tiene experiencia suficiente como para saber que si quiere que las cosas sigan como están debe ponerse en marcha. A menudo la gente cree que para que las cosas no cambien, basta con no hacer nada. Pero él sabe que es precisamente lo contrario. Que la única constante en este mundo es el movimiento. La consecuencia de vivir en un planeta que gira es que es imposible permanecer quieto. Quedarse quieto es moverse a la deriva; y a Santos no le gusta ir a la deriva.

Apenas ha dormido. No puede quitarse de la cabeza a Estela, la mujer que ha ido a visitarlo al taller. La madre biológica de Roy. Sabía que tarde o temprano esto sucedería. No debió dejar ese cabo suelto. Fue un error, maldita sea. Y él no suele cometer errores. Nunca en todo este tiempo ha conseguido olvidarse por completo de ella. Es cierto que se llevó a Roy por Lupe, era su regalo, era lo que ella quería y no podía tener, era su felicidad, no la de él. Pero ahora, cinco años después, ya no imagina la vida sin Roy. No, eso no va a suceder.

Santos tira la colilla en el vaso de café y se pone en pie. Se mueve con desgana, como si no le apeteciera hacer lo que tiene que hacer. Coge su chaqueta vaquera y mete en ella la petaca de tabaco, se palpa el bolsillo de su pantalón para comprobar que lleva las llaves de casa, cierra la puerta y sube a su camioneta. Cuando llega al taller, deja su vehículo en la acera de enfrente.

Entra por la pequeña puerta trasera para no tener que levantar la persiana. Enciende la luz de su despacho, abre el archivador metálico y contempla su

colección de cuchillos. Hace mucho tiempo que no los usa. Escoge el más robusto de todos, un cuchillo de supervivencia, pequeño, ligero y fiable. Apaga las luces y sale. Pone el motor en marcha y comprueba que tiene gasolina suficiente. Enciende la radio, cambia de sentido y se dirige hacia el sur. En el cruce hay un coche parado a la sombra de un álamo. Un hombre de aspecto mejicano con gafas de sol parece dormitar en el asiento del conductor. Cuando Santos pasa junto a él no se inmuta, pero cuando lo pierde de vista, saca un teléfono móvil del bolsillo de su camisa y hace una llamada.

—Acaba de salir. Por la autopista Panamericana, en dirección sur. Sí, conduce una Ford pickup negra, matrícula de Nevada.

Santos conduce sin prisa, ajeno a la motocicleta que lo sigue unos cientos de metros por detrás. Pasa junto al aeropuerto y el campo de golf y continúa en dirección sur. Al cabo de unos kilómetros deja un nuevo campo de golf a su izquierda y cruza sobre las aguas color caramelo del río Grande. Se pregunta en qué momento los habitantes del desierto pasaron de cazar serpientes y disparar a los coyotes a ponerse pantalones ridículos y empezar a golpear pelotitas en praderas artificiales de césped.

La Panamericana discurre paralela al río; a la izquierda de la autopista se ubican las zonas residenciales y los campos cultivados; a la derecha, la nada, el desierto. Santos mira el retrovisor y se fija en el motorista que circula tras él. Por precaución toma la salida hacia Los Lunas y abandona la autopista. Por el espejo puede ver que la motocicleta toma la misma salida. Puede ser una casualidad, pero necesita estar seguro. Continúa hacia el sur por la 314, reduce la velocidad progresivamente y la motocicleta sigue a la misma distancia. Santos empieza a sospechar que el motorista quiere hacerse su amigo. Sigue unos cuantos kilómetros más, atraviesa Belén y se dirige otra vez hacia la autopista. Si el motorista se incorpora tras él, no tendrá dudas. Pero no lo hace. Con cierto alivio ve como se detiene en Akin Service, un taller mecánico, antes de perderlo de vista. Cuando se incorpora de nuevo a la Panamericana adelanta a una furgoneta de reparto de UPS e inserta un CD de Chet Baker en el reproductor.

Conforme avanza hacia el sur, el paisaje se vuelve más árido, y al cabo de una hora, el desierto es todo lo que observa a ambos lados. Poco después de Escondida, toma la salida 150 y continúa hacia Socorro, gira a la derecha en

la calle Spring y luego a la derecha en la 160. Ahora la carretera transita hacia el suroeste en medio del desierto. La furgoneta de reparto sigue tras él, pero no tiene motivos para preocuparse. No obstante, no está de más comprobarlo. Al llegar al puente sobre Box Canyon, pone el intermitente y se detiene en el arcén. Baja de la camioneta y se apoya en la barandilla de espaldas al cañón. La furgoneta llega a su altura y los dos empleados de UPS lo miran al pasar por el puente. Quizá Santos se está preocupando en exceso. Quién sabe. Se da la vuelta y se apoya en la barandilla, saca su petaca de tabaco y se lía un cigarrillo. Observa la lengua de arena que pasa bajo el puente y que un día pudo ser un río lleno de peces. Y ahora es eso, arena, serpientes y alacranes.

Mientras Santos fuma tranquilamente, la furgoneta de UPS se ha detenido unos kilómetros más adelante. El hombre sentado en el asiento del copiloto baja, se quita la chaqueta con el logo de la compañía, la tira dentro de la furgoneta y se dirige a la parte de atrás. Abre las puertas, saca una rampa de aluminio agujereada y la coloca en el suelo del vehículo. Sube de un salto y al cabo de unos segundos se deja caer por la rampa montado en una moto de cross. Se pone un casco con gafas protectoras, arranca con un rugido estridente, levanta la mano para despedirse de su compañero y sale derrapando hacia el oeste. Un poco más adelante, sube a una loma, apaga el motor y espera con la vista fija en la carretera.

34

Estela detiene su vehículo junto a un panel informativo tras un muro de adobe. Coge el bolso del asiento del copiloto y lo sujeta en su regazo. No parece haber nadie alrededor. Desciende del coche, pero no se atreve a alejarse. Está nerviosa. Se entretiene leyendo el panel informativo que indica que, en 1884, Kelly era una ciudad próspera con varios miles de habitantes. Bancos, iglesias, salones, un hospital, numerosas tiendas, todo florecía a la sombra de sus minas de plata, zinc y plomo. El ferrocarril llegaba a escasos kilómetros de la mina y regresaba cargado con vagones llenos de la materia prima que ayudó a la expansión industrial del país. Fue la mina más importante de Nuevo México durante el siglo diecinueve. Debido a la utilización del carbonato de zinc en la fabricación de pinturas, más de veinte millones de dólares en zinc salieron de sus entrañas en apenas unas pocas décadas. Sus últimos habitantes la abandonaron en 1947; la mayoría de ellos se asentaron en Magdalena, apenas unos kilómetros al oeste de Kelly. Hoy tan solo queda en pie la estructura metálica de entrada a la mina que permite descender a una profundidad de trescientos metros y cuyos túneles se dispersan a lo largo de cincuenta kilómetros de galerías, ya todas cerradas. A Estela, Kelly le parece hoy un lugar fantasma alejado de cualquier esplendor. Unas cuantas construcciones ruinosas recuerdan un pasado próspero y un presente de abandono.

Santos atraviesa Magdalena y llega a las proximidades de la mina cuando el sol alcanza su punto más alto. Atisba el maletero color rojo de un viejo Civic aparcado tras uno de los muros en ruinas. Aparca su vehículo junto a un montón de grava y se apea. Se acerca al coche aparcado junto al muro y comprueba que está vacío. Mira a su alrededor pero no ve a nadie. Entonces

escucha la voz de Estela.

—Estoy aquí.

Estela aparece tras el muro semiderruido dando pasos cortos e inseguros. Tiene una pistola en la mano. Santos se queda quieto donde está, con la mirada atenta a la mano que cuelga en el costado derecho de la mujer. Se palpa el cuchillo que tiene metido en la parte trasera de su cinturón. Estela viste unos pantalones vaqueros y una camiseta amarilla desgastada. De su hombro cuelga un bolso negro con forma de mochila. Santos Vuelve a fijarse en su rostro y vuelve a parecerle hermoso; trata de identificar algún rasgo de Roy en ella, pero su cerebro se niega. Roy ya no es hijo de Estela.

—Escúchame, Estela. Será mejor que sueltes la pistola.

—No puedo fiarme de nadie.

—Fuiste tú quien vino a verme, Estela. Deja el arma en el suelo ahora mismo o daré media vuelta y no volverás a verme nunca.

Estela duda si hacer lo que Santos le dice. En su rostro puede leerse el miedo. Es una situación que la supera, pero está decidida a llegar al final.

—¿Cómo sé que no me pasará nada?

—Estela, si quisiera hacerte daño, puedes estar segura de que ya estarías muerta.

Esa afirmación parece tener efecto en el ánimo de la mujer, que guarda el arma en el bolso. Santos se relaja cuando lo hace, no obstante le pide que deje el bolso en el coche. Estela obedece y se queda de pie junto al vehículo. Ambos se miran y por un instante ninguno dice nada. Santos echa un vistazo a su alrededor y decide buscar un lugar menos expuesto. Pide a Estela que lo siga con un gesto. Pasan junto a un cartel de madera medio podrido en el que aún puede leerse “Kelly Mine”. Entre los arbustos se amontonan hierros oxidados, restos de ladrillos y trozos de madera. Pisan sobre algunos cimientos de los que asoman viguetas puntiagudas. Bordean la torre de fundición, una de las pocas construcciones que todavía siguen en pie; aunque ha perdido su parte más alta, aún pueden verse los huecos en sus paredes de ladrillo rojo que se elevan más de cinco alturas. Junto a un muro de mampostería derruido hay cinco escalones de hormigón que no conducen a ninguna parte. Es extraño ver una escalera que no sube a ningún lado. Los pinos y la vegetación lo han invadido todo, abriéndose paso entre hierros y

cemento. Santos sube la escalera y se sienta en el último peldaño a liarse uno de sus cigarrillos. Estela se queda al pie de la escalera y no sabe qué hacer. Duda si sentarse junto a Santos, mira a su alrededor y se mete las manos en los bolsillos traseros de su pantalón para que no se note su nerviosismo. Santos enciende su cigarrillo y observa el lugar con calma. Le parece ver un reflejo sobre una colina a su izquierda, probablemente alguna botella de cristal. Ni se le ocurre pensar que son unos prismáticos.

—Bien, Estela.

Estela sube tímidamente el primer escalón y se sienta de lado. Santos apoya los codos en sus rodillas y mira a Estela desde arriba como si fuera un rey todopoderoso hablando a sus súbditos.

—Quiero que averigües qué pasó con mi hijo y luego mates a don Dimas.

Cuando Santos escucha esto, no dice nada. Estela ha bajado la cabeza y se mira nerviosa las manos. Los dos saben que no está bromeando.

—Estela, no sabes lo que dices.

—Sé muy bien lo que digo. Desgraciadamente lo sé mejor que nadie. Sé quién es ese hombre y de lo que es capaz. Quiero que encuentres a mi hijo y luego te deshagas de don Dimas. Te pagaré bien. He conseguido ahorrar cinco mil dólares durante estos años. Es todo lo que tengo.

A Santos casi le conmueve la ingenuidad de esa mujer. Ni siquiera quiere imaginar cómo ha conseguido ahorrar ese dinero trabajando en uno de los prostíbulos de don Dimas.

—Estela, no hay dinero que pague ese trabajo. Nadie en sus cabales aceptará ese encargo; y si alguien lo hace, ten por seguro que te engañará.

Estela se gira para darle la espalda a Santos. Se cubre la cara con las manos y por el movimiento de sus hombros, este puede adivinar que está llorando. Santos piensa que es mejor acabar con esto cuanto antes. No debe asumir más riesgos. Lentamente saca con su mano derecha el cuchillo del cinturón de su pantalón. Por detrás de la espalda, sujeta la funda con la mano izquierda y extrae la hoja muy despacio mientras aguanta el cigarrillo entre sus labios. Sabe que tiene que hacerlo, que no hay otro modo. En ese momento Estela se gira para mirarlo con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Tienes hijos?

Santos deja caer con suavidad el cuchillo a su espalda, apoya de nuevo los

codos en sus rodillas y sujeta el cigarrillo con la mano derecha.

—Uno.

—¿Cómo se llama?

Santos duda si contestar, pero ya qué más da. Nada de lo que le diga va a salir jamás de los labios de ella.

—Roy.

—Roy —repite Estela—. Me gusta, es un lindo nombre. Yo no tuve tiempo ni de bautizar al mío.

—Lo siento.

—Solo quiero saber lo que pasó con mi hijo. Incluso si está muerto. Es todo lo que te pido. Dicen que es eres un buen hombre, y lo veo en tus ojos. No puedo seguir viviendo sin saberlo.

Santos no dice nada. Porque no hay nada que decir. Es todo demasiado absurdo. Estela se seca las lágrimas con la mano, se pone de pie frente a Santos, lo mira a los ojos y entonces se arrodilla despacio y junta sus manos como si estuviera rezando.

Santos odia esta situación, lamenta no haber terminado ya con ella. No quiere por nada del mundo escuchar los lamentos de Estela, no quiere que le suplique ni que le implore. No quiere que le hable.

Pero ella no hace nada de eso. Tan solo se queda así, arrodillada sin decir una palabra; sus lágrimas rodando despacio en silencio por sus mejillas, atravesando su cuello, resbalando por su pecho para perderse en su escote manchando su camiseta. Santos no puede dejar de mirarla, hay algo en las lágrimas de esa mujer que impiden que aparte la vista. Vuelve a guardar el cuchillo a su espalda y se pone de pie. Estela lo imita y también se incorpora. Tan solo los separan unos pocos escalones. Santos baja despacio para llegar hasta ella, abre los brazos y Estela se deja abrazar enterrando su rostro en el pecho de él. Entonces Santos saca el cuchillo de nuevo, lo acerca muy despacio a la nuca de Estela y tensa todos los músculos de su antebrazo.

35

Don Dimas está tumbado boca abajo en una camilla. Una pequeña toalla blanca apenas cubre las nalgas de su cuerpo desnudo. Su espalda brilla, untada en aceite de masaje. La estancia es agradable, pintada en tonos ocres y con el suelo de madera oscura. En una mesa baja, un quemador de incienso esparce aromas de jazmín que se mezclan con una música relajante de aire japonés. Unas bonitas láminas de estudios botánicos de flores decoran las paredes. Toallas blancas, cuidadosamente enrolladas en tubos perfectos, descansan en un aparador de madera en el que también hay toda una serie de utensilios extraños en una sala de masaje: vibradores, látigos, tenazas, pinzas metálicas relucientes, fórceps, ganchos, antifaces, esposas.

La estancia está vacía a excepción de don Dimas, que parece dormir con los ojos cerrados. De pronto se escucha la vibración de su teléfono móvil sobre el aparador. El celular repiquetea contra la madera como el ronroneo intermitente de un gato. Don Dimas abre los ojos y alarga el brazo para mirar la pantalla luminosa que parpadea. Chucho. Aprieta el botón del altavoz del aparato y contesta.

—Te escucho.

—Hola jefe. Tengo noticias de su primer encargo.

—Te sigo escuchando.

—Tenía usted razón. Se ha reunido con esa mujer esta mañana.

—¿Dónde?

—En el norte, a tomar por culo de ninguna parte. Parecía una mina abandonada o algo así, como a unas tres horas al norte de El Paso, cerca de Magdalena.

—Cuéntame lo que has visto. Todo.

—Cuando él ha llegado, ella ya estaba allí. Por lo que supongo que habían quedado previamente. Han estado sentados hablando tranquilamente. Luego ella se ha puesto de rodillas como si rezara y él la ha abrazado.

Don Dimas, al escuchar esto, apoya los codos en la camilla y se incorpora con gesto de extrañeza.

—¿De qué coño hablas, Chucho?

—Como se lo cuento jefe. No me pregunte más, porque estaba demasiado lejos como para escuchar nada. Solo sé que se han quedado así abrazados un rato. Luego él ha mirado en la dirección en la que yo estaba, casi juraría que me ha visto. Me he ocultado y cuando he vuelto a mirar ya iban camino de los coches.

—¿Sabes a dónde han ido?

—Sí. La ha llevado a un motel de carretera, cerca de Magdalena. Mientras ella esperaba en el coche, Santos se ha registrado en una habitación, con nombre falso. Ella está ahora allí, en la habitación; él ha vuelto a su taller. Tengo a un hombre frente al motel.

En ese momento, la puerta de la habitación se abre y desde la camilla don Dimas puede ver unas largas piernas desnudas aupadas en un par de zapatos negros de tacones imposibles. Junto a una de las piernas cuelga una fusta de cuero rematada con una borla.

—Chucho, ya sabes lo que tienes que hacer. Ahora tengo que colgar.

La dueña de las piernas da un par de pasos y cierra la puerta a su espalda.

—¿Chucho? —dice con voz autoritaria—, ¿es que ahora hablamos con los perros? Aquí el único perro sarnoso que hay eres tú. Y yo te voy a enseñar a obedecer.

36

Santos ha regresado al taller. Está furioso y preocupado. Es la primera vez que teme por otras personas; y saber que otros pueden pagar por sus errores no es una sensación que le guste. Cuando volvió a ver el destello sobre la colina al abrazar a Estela, una alarma se encendió en su cerebro. Siempre ha tenido un instinto especial para detectar el peligro. En un instante han pasado por su cabeza el motorista que lo siguió en la autopista, la furgoneta de reparto, el sonido lejano de una motocicleta cuando se aproximaba a la mina. Por eso ha decidido no correr riesgos. Se siente acechado, pero no sabe por qué o por quién. No le gusta.

En ese momento, Steve asoma la cabeza por la entrada del taller.

—¿Qué hay, Santos?

—Hola, Steve, pasa. ¿Te apetece un café?

—Claro, si no es molestia. No tienes muy buen aspecto.

—Bueno, ya sabes que hay días.

—Si estás ocupado, vuelvo en otro rato. No hay problema.

—No, no. Pasa, me vendrá bien algo de compañía.

Steve se sube las gafas de sol, las deja sobre su cabeza y se aproxima con sus andares desgarbados. Santos prepara la cafetera y sirve dos vasos de cartón.

—Vamos fuera, estaremos más cómodos.

Ambos se sientan en el sofá de la entrada, se encienden un cigarrillo y fuman como si de dos viejos amigos se tratará. Steve se baja de nuevo las gafas de sol.

—¿Estás casado? —pregunta Steve.

—Aha.

—¿Hijos?

—Uno.

—Nunca lo hubiera adivinado.

—¿Y eso?

—No sé, no das la impresión de ser un tipo familiar.

—Bueno, la gente no suele ser lo que parece.

—Eso es verdad. —Steve hace una larga pausa, como si meditara en lo que acaba de decir Santos—. El otro día en el Frontier estaba tomando unas copas y acabé la noche en casa de una jovencita pelirroja. Hubiera apostado a que era una estudiante de segundo curso con muchas ganas de aprender. Pero luego, en la cama, me di cuenta de que sabía cosas que no se enseñan en la universidad. Y al levantarme por la mañana, vi en una silla de su cuarto un uniforme de policía. Me cagué encima.

—¿Su marido?

—Eso pensé, pero resultó que no estaba casada. Simplemente era policía.

—Pues no sé qué acojona más.

—Yo tampoco —dice Steve mientras ambos ríen.

—Ándate con cuidado, muchacho, ya sabes lo que dicen de la policía, cuando menos te lo esperas te encuentras con una porra metida en el culo. Y en tu caso me temo que puede ser literal.

Steve estalla en una carcajada y Santos se alegra de poder relajarse un poco.

—Por cierto, la semana que viene tocan los Built to Spill en el Launchpad, puede que un colega de la universidad me consiga entradas. ¿Te apuntas?

—¿Built to Spill? No los conozco —admite Santos.

—Son indie de los noventa. Tipo Pavement y así.

—¿Por qué tengo la sensación de que todos los viejos grupos vuelven a juntarse?

—Porque es así. Es cosa de la revolución digital. Ten en cuenta que muchos de los grupos vivían más o menos cómodamente de los royalties de sus discos. Eran ingresos seguros. Pero desde que no se vende un puto disco, de pronto han dejado de ingresar y han tenido que salir de nuevo a la carretera. La pasta manda.

—Te lo agradezco, Steve. Pero me temo que la semana próxima voy a estar

bastante liado. Tengo una cabaña en la montaña y seguramente vayamos a pasar unos días en cuanto mi hijo acabe el colegio.

—Lástima. ¿Cerrarás el taller?

—No lo creo. Aún tengo trabajo pendiente. Supongo que andaré subiendo y bajando a trabajar.

—Ya veo. Si necesitas que te vigile el taller o que le eche un vistazo de vez en cuando, cuenta conmigo.

—Gracias, Steve. Lo tendré en cuenta. Creo que va siendo hora de que vaya a casa a comer.

Steve se pone en pie y estira el puño. Santos lo golpea con el suyo a modo de despedida.

—Cuídate, Santos. Y gracias por el café.

—De nada, muchacho. Cuídate tú también.

37

Santos conduce sin prestar demasiada atención al tráfico. Tiene muchas cosas en la cabeza. Está detenido en un semáforo cuando su teléfono empieza a sonar. Mira la pantalla y ve que es Chucho quien le llama.

-¿Sí?

—Hermano, ¿estás en la ciudad?

—De camino a casa desde el taller.

—¿Te parece que comamos juntos? Esta tarde me bajo para el sur y tengo un rato libre.

En otras circunstancias, Santos habría invitado a Chucho a su casa, pero ahora no le apetece que vea a Roy ni a Lupe. De hecho, a él tampoco le apetece ir a casa a comer, sabe que Lupe notaría su preocupación y hay explicaciones que no puede dar sin mentir. Decide aceptar la oferta de Chucho.

—Déjame que avise a Lupe que no voy a comer y nos vemos en quince minutos en el Brunos.

—Gracias, brother. Ahí te espero.

Santos está a unas pocas manzanas del Restaurante. Llega en apenas cinco minutos, entra en el aparcamiento y estaciona su camioneta. Llama a Lupe y le dice que no irá a casa a comer, que ha quedado con Chucho. Lupe se alegra y envía recuerdos para Chucho. Es una mujer práctica, guardará su comida para la cena. Aprovechará la tarde para arreglar las maletas y las bolsas que se llevarán el fin de semana a la cabaña. Roy termina esta semana el colegio y están ansiosos por pasar unos días tranquilos. Santos le dice que lo está deseando. Y realmente lo está deseando; Lupe no se hace una idea de cuánto.

Santos baja de la camioneta y espera apoyado en un lateral. Se lía un

cigarrillo y piensa en cómo manejar el asunto de Estela. Al cabo de unos diez minutos aparece Chucho en un todoterreno negro reluciente. Aparca junto al de Santos y baja abriendo los brazos.

—¡Buen día, amigo!

Ambos se funden en un sonoro abrazo. Chucho, como siempre, parece acelerado en sus movimientos, nervioso como una comadreja.

—¿Carro nuevo?

—Bueno, ya sabes. Hay que darse un caprichito de vez en cuando.

—Debe ser que te van bien las cosas. Me alegro. Será mejor que entremos o este sol nos freirá el seso a los dos.

El Bruno's es un restaurante de estilo mejicano, famoso por preparar el mejor chile verde de la zona. El local tiene una barra de madera labrada, siempre reluciente. Sus paredes están pintadas en tonos cereza y azul cielo y cuenta con varios salones que garantizan cierta intimidad. En la parte trasera hay una agradable terraza sombreada en la que comer al aire libre.

Hazel, la propietaria, los recibe con una sonrisa. Es una mujer de pechos prominentes cuya visión regala a sus clientes con escotes demasiado generosos. La edad de Hazel es un secreto tan bien guardado como la receta de su chile verde. No importa la hora del día, Hazel siempre se arregla como si fuera a asistir a una gala nocturna.

—Buenas tardes, caballeros. Soy Hazel, la propietaria. Encantada de tenerlos en nuestro local. ¿Habían reservado mesa?

—No —contesta Santos.

—Bien, ningún problema, señores. ¿Desean comer dentro o fuera?

Santos mira a Chucho y levanta el mentón como preguntando las preferencias de este.

—Dentro mejor, Hazel. Si puede ser una mesa con vistas al aparcamiento, se lo agradecemos.

—Perfecto. Síganme, caballeros.

En Albuquerque el robo de vehículos es una auténtica plaga. Su proximidad con la frontera mejicana hace de la ciudad un objetivo ideal de los ladrones de coches. Solo en la última semana se han sustraído más de cien vehículos, y Chucho quiere tener su reluciente todoterreno nuevo a la vista. Nunca se sabe.

Hazel los conduce a una mesa junto a un ventanal desde el que puede verse el todoterreno de Chucho, les toma nota de las bebidas, deja las cartas y les desea una feliz estancia en su local. Al cabo de unos segundos, un camarero con un delantal negro anudado a la cintura les sirve una jarra helada de cerveza para Chucho y una limonada para Santos.

—¿Qué andas haciendo por aquí? —pregunta Santos mientras ambos echan un vistazo a la carta.

—Bueno, ya sabes. Trabajo. Siempre arriba y abajo de la frontera.

—¿Cómo anda el negocio?

Chucho sabe que es un formalismo, que Santos no tiene especial interés en saber en qué anda metido. Pero son amigos y es obligado preguntar. Santos sabe que Chucho es listo, listo como pocos.

—Ando jodido, Santos. Jodido de verdad.

—Cuéntame.

Chucho mira a su alrededor para comprobar que no hay comensales sentados cerca de su mesa antes de hablar.

—Alguien le fue con el cuento a don Dimas de que estoy pasando cristal a sus espaldas.

Santos no necesita preguntar si es cierto. Sabe que Chucho es perfectamente capaz de hacerlo.

—Mal asunto. Pero imagino que si estás aquí, o bien has matado a don Dimas, cosa que dudo, o bien el asunto ha tenido arreglo.

—Más bien lo segundo. Pero por un momento pensé que la cosa iba a ponerse muy fea. Estoy hasta los huevos de ver cómo la gente se hace rica pasando unos cuantos fardos de cristal y yo tengo que jugarme la vida cada día para favorecer que otros sigan haciéndose ricos.

—Pero ya sabías cómo eran las cosas. Nada de drogas. Cobrar el piso y listos. Es una manera inteligente de llevar el negocio. Y no parece que os haya ido mal, de momento. No seas estúpido, Chucho, ya sabes cómo acaban los que pasan drogas. Antes o después todos caen, no importa lo alto que hayan subido.

—Sí, sí. Ya sé. He tomado nota del aviso y he acabado con el asunto. Pero las cosas no son siempre tan sencillas, joder. Y por si fuera poco, encima ahora me cae encima el marrón de la chiflada esa de Estela.

En ese instante, un camarero se les aproxima e interrumpe la conversación para tomarles nota. Santos trata de disimular la tensión que se acaba de instalar en su estómago. Pide chile relleno y pollo chimichanga. Chucho, carnitas a la mex, chile verde y guacamole. Cuando el camarero se retira, empieza una partida de póquer en la que ambos juegan con cartas marcadas.

—¿Quién es Estela?

Santos odia tener que hacer esa pregunta, pero sabe que tiene que hacerla.

—Hace unos cinco años. Te encargaste de su marido, creo que fue uno de tus últimos trabajos. ¿Recuerdas? Una de las chicas de don Dimas.

Santos asiente, consciente de que la situación se ha puesto delicada. Chucho mira distraído hacia el aparcamiento mientras sigue hablando.

—Pues ahora esa chiflada ha desaparecido. Y don Dimas quiere que la encuentre. Hace una semana que desapareció del prostíbulo en el que estaba y no ha vuelto. Dicen que la han visto cruzar la frontera hacia el norte.

Chucho se gira y mira directamente a Santos a los ojos. Pero son muchos años templando los nervios como para que este le deje leer algo en su rostro impertérrito. Santos sabe que hay silencios más elocuentes que las palabras, por eso no permite que Chucho se deleite en los suyos.

—¿Y por qué la busca don Dimas? —pregunta Santos girando la cabeza hacia la ventana.

—No tengo ni idea. Lo sabré cuando la encuentre. Si te enteras de algo, me harás un gran favor. Santos —Chucho espera a que Santos deje de mirar por la ventana y le preste atención—, a mí me lo puedes contar. Todo, hermano. No te voy a juzgar.

—Sabes que hace mucho tiempo que solo me dedico a mis motos, pero descuida, si me llega algo serás el primero en saberlo.

El camarero se acerca con el pedido y, cuando se marcha, la conversación entre ambos versa sobre cosas intrascendentes. Hablan de Roy, de Lupe, de las curvas de Alexia, de cómo ha cambiado la ciudad. Poco a poco se van alejando del asunto que los ha traído a la mesa. Incluso se relajan. Sienten nostalgia de cómo era la vida cuando se conocieron, de cómo los problemas se solucionaban sin importar las consecuencias. De tanto en tanto se quedan en silencio, como si ya no quedase nada por decir. Ahora que algunos naipes han caído sobre la mesa, ambos comen sin demasiado apetito, cada uno pensando

en sus cosas, que son la misma cosa. La misma maldita cosa.

Cuando se despiden, el abrazo es un abrazo tenso, algo forzado. Como si ambos supieran que el juego es ahora diferente. Y Santos sabe que tiene que darse prisa, que no hay tiempo que perder.

38

Santos vuelve a llamar a Lupe para decirle que tiene que recoger una motocicleta y que llegará un poco tarde. Para mentir, en definitiva. Es consciente de que para mantener a flote las cosas que son verdad, a menudo tenemos que mentir. Así funciona el mundo. Su mundo. De camino al taller repasa mentalmente la visita de Chucho. ¿Es una casualidad? ¿Precisamente ahora? Tomó precauciones antes de dejar a Estela en el motel por la mañana, con instrucciones de no moverse de allí hasta que él volviera. La dejó en el coche mientras él se registraba con un nombre falso y dejaba pagada la habitación por adelantado para una semana. Está casi seguro de que nadie lo siguió al motel. Pero ese “casi” empieza a pesar más de la cuenta ahora que todas sus certezas parecen desvanecerse. Ya no está seguro de nada y sabe que debe actuar con cautela.

En el taller, Santos fuma un cigarrillo tras otro mientras observa la moto en la que está trabajando, pero no tiene la cabeza para arreglar nada. Ha sido un estúpido al pensar que esto no sucedería, al creer que una mujer cuyo hijo ha desaparecido no haría lo que fuera por encontrarlo. Incluso si eso supone enfrentarse a uno de los hombres más poderosos que conoce. Y ahora él está en medio de ese enfrentamiento, paralizado. Incapaz de saber cuál es la decisión correcta. Porque sus errores, a partir de ahora, ya no serán solo sus errores. Otros pagarán por ellos. Lupe, Roy. Sabe que debe esperar a que el sol se ponga para acercarse al motel de nuevo, pero nunca como ahora ha sido consciente de lo lento que baja hacia el horizonte.

Incapaz de esperar más tiempo sin hacer nada, decide ponerse en marcha. Prefiere conducir o caminar por el desierto, cualquier cosa menos esa sensación de estar enjaulado. Antes de salir, entra en su despacho, pero esta

vez, además de coger un cuchillo, abre una pequeña caja fuerte y saca una automática que se mete en el cinturón. No le gustan las armas de fuego, pero sabe utilizarlas cuando es necesario. Cierra la puerta trasera del taller y pone rumbo hacia el Western Motel.

Conduce despacio mientras vigila constantemente el retrovisor, atento a cualquier vehículo que circule por detrás. Enciende la radio y la apaga al cabo de unos minutos. La música a veces es tan solo ruido. Cada pocos kilómetros se para en el arcén y espera unos minutos para reemprender la marcha.

El Western es un motel que cuenta con un aparcamiento de caravanas. Está situado a medio kilómetro de Magdalena, sobre un promontorio algo elevado de la carretera. Al llegar a la entrada, Santos pasa de largo y atraviesa el pueblo muy despacio, hasta la otra punta, atento a cualquier cosa que llame su atención. Sale por el lado oeste y se interna en el desierto. Conduce unos cuantos kilómetros más y se desvía por un camino de arena hacia ninguna parte. Aparca su Ford junto a unas rocas y camina sin rumbo. Saca la pistola y la amartilla apuntando a blancos imaginarios. Comprueba que el cargador y la recámara funcionan antes de guardarla en el cinturón. Busca algo de sombra tras las rocas y se lía un cigarrillo. Ya no falta mucho para que el sol se oculte tras el horizonte. Por primera vez en su vida duda de si será capaz de matar a la persona que, más que nunca, sabe que tiene que matar. Lo ha hecho muchas veces, sin importarle lo más mínimo, sin sentir el menor remordimiento por ello, sin hacerse preguntas. Pero ahora es diferente. Creía que conseguiría olvidarse, pero no es así. Esa mujer es la madre de Roy, por mucho que intente apartar ese pensamiento de su cabeza, por mucho que intente convencerse de que ahora Lupe y él son sus padres. Sabe que no lo son. Pero también sabe que la única posibilidad de que lo sean es deshacerse de esa mujer. Para siempre.

Cuando el sol está ya en la línea del horizonte, Santos camina despacio hacia su camioneta, abre la puerta, sube de un salto y enciende el motor. Conduce sin encender los faros por el camino de arena. Un animal se cruza en el camino y lo obliga a frenar bruscamente. No sabe qué ha sido, un zorro, tal vez un conejo. Una nube de polvo envuelve la camioneta y Santos se pone en marcha de nuevo. Cuando se incorpora a la carretera asfaltada, enciende los faros y cruza el pueblo, atento a cualquier cosa que no debiera estar ahí, a cualquier mirada, a cualquier peatón fuera de lugar. Llega de nuevo al motel y

aparca en la parte trasera. Ve el Honda Civic rojo de Estela estacionado en una esquina. Todo parece tranquilo en la penumbra del ocaso. Espera dentro del vehículo a que la oscuridad lo inunde todo. Se fija en que no hay ninguna luz encendida en el interior de la habitación de Estela.

Las habitaciones de madera están dispuestas en hileras rodeadas por un murete bajo de adobe. Una luz automática se enciende en la entrada de las habitaciones y un haz de luz se dibuja en la puerta de cada una de ellas. Santos saca la pistola, comprueba que hay una bala en la recámara y vuelve a guardarla en su cintura. Abre la puerta de la camioneta y al bajar la cierra con cuidado de no hacer ruido. Se aproxima despacio a la habitación número ocho. Llama con los nudillos y espera. Nada. No hay luz en el interior. Mira a un lado y a otro del pasillo. Se acerca a la ventana y comprueba que no está cerrada. La empuja y las hojas se abren hacia adentro. Saca la pistola del cinturón, se sienta sobre el alféizar, levanta las piernas y se gira para caer dentro de la habitación. El olor que percibe de inmediato lo ha aspirado demasiadas veces. Es inconfundible. Cierra la ventana, corre las cortinas y presiona el interruptor de la luz junto a la puerta. Estela lo mira desde la cama con expresión de terror. Probablemente eso fue lo último que sintió antes de que la mataran. Está tumbada de medio lado, desnuda. Todavía tiene los ojos hinchados por los golpes. Un cable de acero alrededor de su cuello forma un fino hilo enrojecido sobre la piel. Un reguero de sangre seca baja desde su nariz hacia la boca medio abierta. Las sábanas blancas están manchadas de rojo oscuro. El pelo, negro y enmarañado, le cae sobre el lado izquierdo de la cara. Tiene un rastro de sangre entre los muslos. Santos piensa que hay muchas formas de matar, unas más crueles que otras. Algunas muy cobardes. Quien haya hecho esto, ha disfrutado haciéndolo. En ese momento, observando el cuerpo sin vida de Estela, un pensamiento extraño sacude su mente: en el fondo le hubiera gustado que ella conociera a Roy, que hubiera visto la persona tan especial que es ahora su hijo. Y siente lástima por esa mujer. Se aproxima a la cama, guarda la pistola y toca la piel de Estela para comprobar que ya ha empezado a enfriarse. La cubre con la sábana hasta la cabeza. Algo sobre la mesilla de noche llama su atención. Es un sobre del que asoman unos cuantos billetes. Santos lo coge y se lo mete en el bolsillo trasero. Limpia el interruptor con la manga de su camisa, hace lo mismo con el tirador de la

ventana, la abre, se asoma y salta de nuevo al exterior. Llega hasta el aparcamiento y sale de allí.

A los pocos kilómetros, gira en un camino de tierra y apaga el motor y los faros. Enciende la luz en el techo del vehículo y comprueba el sobre que se ha llevado. Hay exactamente cinco mil dólares en billetes grandes. El precio que esa pobre infeliz pensó que valía la cabeza de don Dimas. Santos sabe que si han dejado allí el dinero es por alguna razón. Un mensaje, tal vez. Se lía uno de sus cigarrillos y baja de su camioneta. Le impresiona el cielo estrellado del desierto. Es un espectáculo al que pocas veces presta atención. Piensa que solo hay un motivo para que la golpearan antes de matarla. Para hacerla hablar. Y sabe que de esas palabras dependen muchas cosas. ¿Qué mierda les has dicho, Estela? ¿Qué?

Santos marca el número de Lupe.

—Hola. ¿Dónde anda mi mecánico? —pregunta Lupe al descolgar.

—Hola. Todavía cargando una moto. Creo que voy a cenar por aquí antes de regresar. Estoy cerca de Santa Rosa, a un par de horas.

—Te noto serio. ¿Todo va bien?

—Todo bien. Tan solo un poco cansado.

Lupe duda si decir a Santos que cree haber vuelto a ver al hombre que dijo ser su padre rondando cerca del colegio de Roy. Pero no está segura del todo, y tampoco quiere preocuparlo.

—¿Me quieres?

—Muy poco, ya lo sabes.

—¿Cómo de poco?

—Poquísimo. Apenas nada.

-¿Y a Roy?

—A ese enano menos que a ti. Nada de nada.

—Así me gusta. Ya tengo casi listas las maletas para la cabaña. En cuanto Roy salga del colegio el viernes, podemos irnos directamente, si te parece bien.

—Me parece perfecto.

—Cuídate, mi amor. Y conduce con cuidado. Si estoy dormida cuando regreses, dame un beso, aunque no me despierte lo notaré en mis sueños.

—Así lo haré.

Santos cuelga la llamada y se queda aún un rato esperando. Nota un vacío en el estómago, pero sabe que es incapaz de comer. Aún debe esperar un par de horas a que todo se quede en calma. Repasa mentalmente lo que tiene que hacer. Dejar el coche a un lado de la carretera cerca del motel. Entrar de nuevo, sacar el cuerpo de Estela y meterlo en el Honda. Conducir hasta su camioneta y con ella remolcar el coche hasta el desierto. Afortunadamente lleva una pala en el maletero. Cualquiera que circule por el desierto la lleva. Enterrar el cuerpo y abandonar el Honda a una distancia prudencial. Luego regresar a casa y besar a Lupe.

39

Santos aparca la camioneta en la acera frente a su casa. El vecindario está tranquilo a esta hora de la madrugada. Se quita las botas llenas de arena en el porche y entra sin hacer ruido, deja las llaves sobre la mesa del comedor y se asoma al dormitorio. Lupe duerme tendida de espaldas, lleva una camiseta de algodón azul bajo la que puede ver sus pequeñas bragas blancas. Su respiración es tranquila, acompasada. Sale y abre con mucho cuidado la puerta de la habitación de Roy. Una pequeña lámpara con la forma de la cabeza de Bart Simpson ilumina tenuemente la estancia. Su hijo también tiene miedo de la oscuridad. El pequeño está tendido boca arriba con su camiseta de Bob Esponja. Se queda un buen rato observando cómo duerme, ajeno a lo que acaba de suceder en el desierto. Santos tiene miedo del amor que siente por Roy y por Lupe.

Sale despacio del cuarto y se mete en el baño. Se desviste y tira la ropa sudada en el suelo. Tiene arena pegada en los brazos y en la cara. Pese al calor, abre el grifo del agua caliente y deja que resbale por todo su cuerpo. En sus pies se forma un charco que poco a poco se tiñe de rosa. Observa cómo el sumidero traga la suciedad en una espiral hipnótica. Apoya las manos en la pared de azulejos y se queda así hasta que el vapor empaña por completo los cristales de la mampara. Cuando sale de la ducha, se seca frotando su cuerpo con fuerza. Recoge la ropa y la mete en un cesto de mimbre que hay en una esquina. Se pone el pantalón corto de un pijama viejo y sale al salón, descalzo. No necesita encender ninguna luz, es suficiente con el resplandor de las farolas de la calle. Abre la nevera y da un largo trago de una botella de agua fría. Luego, regresa al dormitorio, se inclina sobre Lupe y la besa en la frente. Nota su piel caliente contra sus labios fríos y es una sensación

agradable. Se tiende a su lado boca arriba y cierra los ojos. Pero ve demasiadas cosas como para conciliar el sueño. Tiene muchas preguntas y muy pocas certezas. Se pregunta si Estela ya estaba muerta cuando él comió con Chucho. Si aquellos repartidores eran realmente trabajadores de UPS, si la moto que escuchó era algo más que un adolescente haciendo motocross, si el destello que vio en la mina era tan solo una botella o el reflejo de unos prismáticos. Si Estela habló antes de morir. Si el hombre que se acercó a Roy en el parque era realmente su padre.

Lupe, dormida, se gira en la cama, lo abraza y deja el brazo sobre su pecho. Santos nota el calor de su cuerpo, la suavidad de su piel, el olor de su pelo. Cómo le ha gustado siempre el olor del pelo de Lupe. La besa de nuevo en la frente y un escalofrío recorre todo su cuerpo. Recuerda a su madre entrando a hurtadillas en su cuarto para consolarlo cuando su padre se quedaba dormido. Le susurraba palabras al oído para ahuyentar al fantasma que dormía, borracho, en el cuarto de al lado. Santos lloraba en silencio acunado por esa mujer llena de cardenales en los brazos. Las lágrimas vuelven a resbalar ahora por sus mejillas hasta su cuello y se duerme llorando como cuando era niño, abrazado a una mujer que lo quiere.

40

Santos intenta moverse, pero no puede. Hay algo alrededor de sus brazos que le impide soltarse. Está tendido boca arriba y nota un peso sobre su estómago. No sabe qué ocurre, ni siquiera dónde está. Intenta gritar, pero no emite ningún sonido. Algo le roza la cara y gira la cabeza a un lado y a otro para tratar de zafarse. Su respiración se acelera y sus pulsaciones se desbocan. Un rumor lejano se aproxima hasta convertirse en una voz que profiere un alarido.

—¡Despierta!

Alguien lo zarandea por los brazos y salta sobre su estómago. Abre un ojo y ve la cara sonriente de Roy, que está sentado a horcajadas sobre su vientre.

—¡Despierta, dormilón!

Santos vuelve a cerrar el ojo y finge estar dormido. Roy lo zarandea más fuerte todavía. En ese momento, con un movimiento de su cadera, Santos lo lanza al otro lado de la cama y salta sobre el pequeño, que queda ahora inmovilizado, profiriendo alaridos.

—¡Mamaaaaaaá! ¡Santos me está pegando!

Al cabo de unos pocos segundos, Lupe entra en la habitación con gesto malhumorado.

—¡Roy! ¿Qué te dije de no molestar a papi?

Lupe se acerca a la cama, coge a Roy por la cintura y lo levanta de la cama, se lo apoya en la cadera y baja el tono de voz.

—Discúlpame, cariño. Le advertí que no te molestara. Pero está alterado por el fin de curso y no para quieto esta mañana.

Santos se despereza en la cama, bosteza y estira los brazos.

—Está bien, cariño. No importa, estoy acostumbrado a los insectos

malolientes.

Roy bracea sujeto por su madre para zafarse.

—¡Maloliente tú! ¡Suéltame, mamá!

Lupe mira a Santos para pedir su aprobación y este asiente con un guiño. Lupe libera a Roy, que salta otra vez sobre su padre e intenta inmovilizarlo de nuevo. A Santos le provoca risa comprobar los vanos intentos de su hijo. Lupe también estalla en una carcajada. Cuanto más se ríen, más fuerte trata Roy de derrotar a su padre. Con la cara roja, aplica toda su fuerza en el empeño. Sin demasiado esfuerzo, Santos lo voltea de nuevo y deja caer su enorme cuerpo sobre el de su hijo, que grita para que lo libere.

—¿Te rindes, enano asqueroso?

—¡No! ¡Mamá, ayúdame!

Lupe ríe al observar los esfuerzos de su hijo por liberarse.

—Te metiste solito en este lío. Tendrás que salir solito, amigo.

—¿Te rindes, piltrafa insignificante?

Roy trata de liberarse con la cara congestionada, pero no puede evitar reírse también.

—¡Mamá, me hace daño! ¡Me ahogo!

Lupe, sin dejar de reír, pone fin al combate.

—Santos, está bien. Vamos a llegar tarde al colegio.

Santos aparta su cuerpo y deja que Roy se escape por un lateral de la cama. En cuanto está a una distancia segura, empieza una danza de burla hacia su padre.

—¡He ganado! ¡No me he rendido! ¡Toma! —grita levantando los brazos y haciendo el símbolo de la victoria con los dedos mientras gira sobre sí mismo.

Santos amaga con levantarse de la cama de un salto, Roy da un grito y se escapa por el pasillo como alma que lleva el diablo.

Santos se tiende de nuevo y se queda mirando al techo. Aunque le duele la cabeza, tiene una sonrisa dibujada en el rostro. Cuando se queda solo, la realidad entra en la habitación y su sonrisa se va apagando hasta desaparecer por completo cuando cierra los ojos. Durante todos estos años, Lupe jamás le ha vuelto a preguntar por lo que pasó el día que encontró a Roy, y Santos teme que llegue ese momento. Porque no será capaz de mentir si eso sucede. No harán falta palabras.

41

Lupe y Roy se han marchado al colegio y la casa se ha quedado vacía. Las maletas que ella ha preparado para el fin de semana descansan en una esquina del cuarto. Santos se siente cansado, pero sabe que tiene que ponerse en marcha. Se levanta, se afeita con desgana, se da una ducha fría y sale con la toalla anudada en la cintura a prepararse un café. Sobre la mesa de la cocina, una nota llama su atención. Con letra infantil, Lupe ha escrito un mensaje: *Llamó Chucho. Es urgente. Te quiero.* Santos suspira malhumorado, desearía no hacer esa llamada. Pone la cafetera a hervir y se lía un cigarrillo que fuma pensativo antes de coger su teléfono móvil.

—Chucho, soy Santos.

—Don Dimas quiere verte. Ahora. —Ni buenos días, ni qué tal estás. Nada. Para qué andarse por las ramas.

—Chucho, no me jodas. ¿Qué coño está pasando?

—Dímelo tú, amigo. Yo solo hago lo que me dicen.

Por un instante, ninguno de los dos dice nada. El borboteo del café hirviendo saca a Santos de ese silencio incómodo.

—Y por supuesto no tienes ni idea de qué quiere don Dimas de mí.

—Por supuesto. No me lo pongas difícil. Anda, sé bueno, bájate para acá, hablas con él y asunto arreglado. Estarás en casa a la hora de cenar con tu linda familia.

Santos sabe que esa alusión a su “linda familia” es una amenaza, y la sangre le empieza a hervir como el café. Su primer impulso es mandar a la mierda a Chucho, a don Dimas y a cualquiera que tenga los cojones de amenazar a su familia. Pero sería un error enfrentarse a Chucho y a don Dimas ahora.

—¿Dónde?

—En Ascensión. Chihuahua. No vayas por Juárez. Entra por el paso fronterizo de Palomas, cuando te pregunten, vas a llevar unas piezas para Napa Auto Parts en Palomas. En el puesto fronterizo están avisados. Contáctame cuando llegues a Ascensión y te mandaré las coordenadas gps exactas.

La comunicación se corta, poco hay que añadir. Santos maldice a la vez que golpea con el puño la mesa de la cocina. La taza de café salta sobre el pequeño plato y cae de lado con un tintineo.

La cita será en uno de los numerosos pisos francos que mantiene don Dimas. Como la de todos los jefes de los cárteles, su ubicación en cada momento es su secreto mejor guardado. Su seguridad depende de ello. Ascensión es un pueblo de unos quince mil habitantes del Estado de Chihuahua, uno de los más violentos del norte de México. El paso fronterizo de Puerto Palomas saltó a la actualidad hace unos años cuando aparecieron 20 cuerpos enterrados en doce fosas que fueron denominadas narcofosas. Santos odia toda esa mierda. Hay un desierto, al norte, en el que los hombres tienen miedo de las serpientes, y otro, al sur, en el que hasta las serpientes tienen miedo de los hombres. Allí es donde tiene que reunirse con don Dimas. En mitad de la nada.

La furia de Santos hace que se olvide de tomar su café. Escribe en la misma nota que no vendrá a comer y entra en el cuarto para vestirse. Busca su pasaporte en la mesilla de noche. Hay unas cinco horas en coche hasta Ascensión, así que no tiene tiempo que perder. Sube a su Ford y comprueba que su pistola y su cuchillo aún están en la guantera. Aunque conoce bastante bien la zona, saca un mapa y repasa la ruta. Debe bajar hasta Deming y luego seguir hacia el sur en una línea recta interminable a través del desierto de Chihuahua, el más grande de todo México.

Santos ha repostado gasolina y comprado varias botellas de agua antes de ponerse en marcha. Atraviesa las poblaciones al sur de Albuquerque con el semblante crispado. Hace varias paradas para liarse un cigarrillo y estirar las piernas. En lugar de la radio, pone uno de sus viejos cedés recopilatorios de jazz. Le relaja la música instrumental, sin letras ni historias. Ya tiene bastantes en la cabeza. Como a medio camino, abandona el margen del Río Grande a la altura de Hatch y tuerce hacia el oeste. Todo vestigio de civilización

desaparece en pocos kilómetros cuando toma la ruta 26 y el desierto de Chihuahua es cuanto puede ver desde el volante de su Ford. El aire se seca y el calor hace que Santos tenga que subir el aire acondicionado. Ahora conduce más deprisa de lo que las leyes permiten, sabe que no hay patrullas de carretera en esta zona de desierto. Al cabo de una hora, llega a las inmediaciones de Deming, una pequeña ciudad cuyo mayor atractivo es su carrera anual de patos. Santos divisa una pequeña avioneta despegando de su aeropuerto municipal, sin duda muy útil para los cárteles del otro lado de la frontera. Atraviesa la ciudad todo lo rápido que puede y toma la ruta 11 hacia el sur, que en otra hora escasa le lleva a Columbus, ya en el límite con la frontera Mejicana.

Puerto Palomas de Villa, al que todos conocen simplemente como Palomas, es poco más que un puesto fronterizo que separa Estados Unidos de México en mitad del desierto de Chihuahua. Una ciudad de buscavidas, de emigrantes que tratan de pasar al otro lado como sea, de gente cuya suerte se acabó un día y han quedado varados en tierra de nadie, incapaces de encontrar fuerzas para albergar ninguna esperanza. Todas las ciudades fronterizas como Juárez, El Paso o Palomas, conjugan lo peor de cada Estado que dividen. De un lado, gente sin esperanza; de otro, gente sin escrúpulos. Agentes de la MIGRA y coyotes que guían a los emigrantes ilegales a través del desierto en busca del sueño americano.

No existe ciudadano, por curtido que esté, al que no le ponga nervioso tener que cruzar por un paso fronterizo mejicano. Y Santos no es una excepción. Son tan frecuentes los hallazgos de fosas en mitad del desierto, que tiene la impresión de que podría desaparecer en medio de esa nada arenosa y nadie jamás volvería a saber de él.

Conforme se acerca a la aduana, empieza a notar la tensión en su espalda. Los flamantes vehículos todoterreno del ejército, cruzados al otro lado, dan la bienvenida a todos aquellos que se aproximan. Dos pórticos rectangulares de cemento son el único paso en un alto muro de estacas que se pierde en la distancia por cada lado. Dos letreros sobre los dinteles desean buen viaje y anuncian la aduana en inglés y en español a los que pretenden cruzar. Santos prepara su documentación mientras espera a que pasen los tres vehículos que van por delante. Pese a que tiene permiso para portar armas, ha escondido su

pistola en el motor de su Ford. Cuando le toca el turno, un militar con chaleco antibalas y aspecto de ir a invadir Irak le da el alto. Es un tipo alto, moreno y con un bigote prominente. Un compañero aún más imponente se sitúa delante de su vehículo con una ametralladora cruzada en el pecho. Con esta gente pocas bromas.

—Buenos días. Permítame su documentación, si hace el favor.

Santos le entrega su pasaporte y espera. El militar mira la fotografía y luego a Santos. Luego observa el lateral de la camioneta de Santos en la que está pintado el logotipo del taller.

—¿A qué debemos su visita?

—Vengo a entregar unas piezas en Napa Auto Parts.

El policía anota su matrícula en una libreta.

—Que disfrute de su estancia, señor.

El que está frente al vehículo con la ametralladora mira a su compañero, que asiente y le hace un gesto para que lo deje pasar. Se echa a un lado y con la ametralladora le indica que siga. Así de fácil son las cosas cuando uno viene recomendado. Santos imagina que ambos están en la nómina de don Dimas.

Atraviesa Palomas y se vuelve a perder en el desierto. Conecta la radio y los narcocorridos inundan las ondas. Sus canciones hablan de torturas, asesinatos, de ponerse ciego de cocaína hasta que te sangre la nariz y cogerse a unas pobres tontas; de violencia, muerte y destrucción. Santos apaga la radio; al cabo de unos cuantos kilómetros, observa cómo dos todoterrenos negros con los cristales tintados se aproximan. Uno de ellos lo adelanta y el otro se queda pegado detrás. El que lo precede aminora la velocidad y Santos intuye de qué se trata. Desde la ventanilla del copiloto del vehículo que tiene delante, un brazo le hace indicaciones para que se detenga en el arcén. Durante unos instantes nadie sale de los coches, ninguno apaga los motores. Santos lamenta no haber sacado ya la automática del motor de su Ford. Aunque piensa que de poco le iba a servir. Del vehículo trasero desciende un tipo enorme de aspecto amenazador, vestido con vaqueros, chaqueta negra y corbata. Santos sabe que no debe hacer ningún movimiento extraño, se limita a bajar la ventanilla y esperar. El hombre se aproxima y apoya la espalda en la puerta del coche de Santos.

—Santos, ¿no es cierto?

—Santos.

—Apaga el motor.

Santos obedece.

—¿Armas?

—Un cuchillo y una automática en el motor.

—Si me hace el favor —dice poniendo la palma de su mano hacia arriba.

Santos le entrega el cuchillo y a continuación acciona la palanca de apertura del capó.

—Bajo la tapa de la batería —le indica.

El hombre desaparece tras el capó de su Ford y al cabo de unos segundos lo deja caer. El golpe del capó al cerrarse es todo lo que se escucha en kilómetros a la redonda. El hombre de don Dimas se mete la pistola en el cinturón por debajo de la chaqueta y regresa junto a la puerta. Santos está completamente seguro de que varias armas le apuntan directamente desde el interior de los todoterreno.

—Baja —le ordena.

Santos desciende del vehículo y es cacheado con minuciosidad.

—¿Puedo fumar? —pregunta, una vez el cacheo ha terminado.

—Por mí puedes jalártela si quieres, siempre que no me salpiques.

Santos se lía un cigarrillo y lo enciende mientras su amable anfitrión inspecciona la guantera y el interior de la camioneta. Cuando está satisfecho, cierra las puertas, mira al vehículo del que ha descendido y asiente.

—Síguenos hasta Ascensión. Para cuando te lo indiquemos. Y no hagas ninguna pendejada.

—¿Puedo mear?

El otro lo mira sin entender muy bien qué coño le pasa a ese gringo.

—Sí, sí, ya sé. Siempre que no te salpique —dice Santos asumiendo más riesgos de los necesarios.

Lleva casi cinco horas al volante y su vejiga ya no aguanta más. El otro hombre extiende los brazos en cruz, como deteniendo a los ocupantes de los todoterreno, y grita con cierta desgana:

—¡Quietos! ¡Este puto va a orinar!

Santos se aproxima al arcén, se interna unos pasos en el desierto y se baja

la bragueta. Nota cómo el otro hombre se ha colocado a un metro tras él y al girarse, ve que le apunta con una pistola. La situación le resulta curiosamente familiar.

42

El todoterreno reluciente de Chucho es una mota oscura en mitad de un mar de arena. El sol cae vertical desde lo alto, ocultando cualquier sombra. A lo lejos, una nube de polvo se aproxima poco a poco. Su regalito ya está llegando. En unos minutos, puede distinguir otro todoterreno que precede a la nube. Viene derrapando en las curvas de arena y en su interior retumban los graves de la música que suena a todo volumen. Dentro viajan tres jóvenes, apenas unos niños aún con granos en la cara. Visten camisas negras con las mangas cortadas y lucen cadenas y anillos de oro. Parecen uniformados, los tres con vaqueros desgastados y botas puntiagudas de piel de serpiente; todos con el pelo rapado al cero y los brazos llenos de tatuajes con calaveras, mujeres de pechos imposibles, puñales y corazones ensangrentados.

El vehículo avanza a una velocidad enloquecida, y cuando se aproxima al de Chucho, da un frenazo brusco y derrapa varios metros envuelto en polvo y arena. Sus tres ocupantes descienden del vehículo. El conductor camina hacia el coche de Chucho y los otros dos lo siguen.

Chucho baja despacio y se aproxima a ellos. Se abraza con el primero.

—Buen día, Elvis.

—Buen día, Chucho. Te presento a mis compadres. Ángel y Cejota. Buena gente, Chucho. Matarán a sus propias madres si se lo pides.

Ángel y Cejota parecen intimidados ante la presencia de Chucho. Le estrechan la mano tímidamente, no dicen ni una palabra. Se mueven nerviosos, cambiando el peso de una pierna a otra, incapaces de permanecer quietos. Probablemente hayan esnifado más cocaína de la debida durante el trayecto.

—Veamos la mercancía —ordena Chucho.

Los cuatro se dirigen a la parte trasera del todoterreno. Elvis abre el

portón del maletero y se aparta para dejar ver el interior. A Chucho se le dibuja una sonrisa en el rostro. Una sonrisa que helaría la sangre de cualquiera, pero no la de esos muchachos. En el interior hay un hombre y una chiquilla de apenas trece años, ambos amordazados y maniatados. La niña llora y gimotea. Cuando el hombre ve a Chucho, sus ojos se abren hasta casi salirse de sus órbitas y en su rostro se dibuja el terror más absoluto.

—Sáquenlos afuera.

Los tres muchachos sacan a los rehenes del maletero y los dejan en el suelo, de rodillas. Están excitados como tiburones ante el olor de la sangre, se ríen nerviosos y se empujan unos a otros.

—Buen trabajo, muchachos. Elvis, ven acá.

Chucho y Elvis se alejan unos metros y ambos mantienen una breve conversación privada. Cuando regresan, Chucho se pone delante del hombre, que sigue temblando de rodillas sin levantar la cabeza del suelo.

—Mírame, Ezequiel.

El hombre levanta la vista y en sus ojos hay lágrimas de miedo. Chucho le arranca de un tirón la cinta que le cubre la boca. Los otros tres muchachos miran la escena con los ojos muy abiertos, como hipnotizados. Están asistiendo a una clase magistral, no deben perder detalle.

—¡Chucho, por favor! ¡Te juro que no fui yo, debes creerme, por favor!
¡Chucho, por favor! ¡No lo hagas!

Chucho aproxima su boca a la oreja del hombre y le susurra al oído.

—Vuelve a decir una sola palabra, una, y le corto la cabeza a la niña.

Ezequiel se calla de inmediato. Tiembla de miedo. Su hija llora a su lado con los ojos cerrados. Chucho se acerca a ella y le retira la cinta de la boca. La niña lo mira asustada. Viste unos pantaloncitos cortos de color rosa y una camiseta de tirantes blanca. Todavía no lleva sujetador, aunque sus pechos incipientes ya han empezado a manifestarse.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Esmeralda —balbucea.

—Esmeralda —repite Chucho deleitándose en el sonido de su voz—. Qué lindo nombre, Esmeralda.

Los otros tres muchachos ríen nerviosos.

—Metedla de nuevo en el maletero —ordena a Elvis.

Elvis y sus dos amigos obedecen y se llevan a la niña a rastras.

—¡Papá, no! ¡Papá! ¡Papá!

Ezequiel se ha orinado en los pantalones, gime desesperado en un sollozo agónico. El portón del maletero apaga los gritos de Esmeralda. El llanto de su padre se interrumpe cuando vuelve a escuchar a Chucho.

—Bien, muchachos. Esmeraldita es un premio para ustedes. Hagan con ella lo que quieran, es suya. Demuestren que ya son hombres. Ahora márchense y que la disfruten.

Elvis sonríe y los otros dos se miran atónitos con los ojos vidriosos, incapaces de creer que esa niña sea para ellos. Se golpean en el hombro el uno al otro para celebrar su suerte.

El padre de Esmeralda empieza a gritar, tan fuerte como sus pulmones se lo permiten. Y sigue gritando cuando el todoterreno se aleja derrapando envuelto en los alaridos enloquecidos de los tres muchachos. Trata de ponerse en pie, olvidando que los tiene sujetos con una brida, cae al suelo retorciéndose como una culebra herida. Lloro, grita, se vuelve loco. Chucho observa tranquilo el espectáculo hasta que el hombre deja de gritar y se queda arrodillado hipando con la cara llena de mocos y saliva. Saca un cuchillo de su cinturón y le corta la brida de los pies.

—Ponte de pie —le ordena.

Ezequiel obedece y se tambalea frente a Chucho, que se gira, camina despacio hasta su vehículo, saca de la guantera una automática y vuelve a ponerse frente al padre de Esmeralda.

—Mírame. Esto es lo que les pasa a los soplones como tú.

Chucho le dispara en una rodilla. El hombre cae al suelo con una mueca de dolor y entonces le dispara en la otra. Ezequiel se retuerce en el suelo, grita y se sujeta las dos rodillas que han empezado a teñir de rojo sus pantalones. Chucho no dice nada más. Da media vuelta, sube a su todoterreno y se aleja de allí. Durante algunos segundos puede ver por el retrovisor a Ezequiel moviéndose en el suelo, en mitad de la nada.

A unos pocos kilómetros de allí, Elvis conduce muerto de risa, viendo cómo Ángel y Cejota gritan excitados y le piden que pare de una vez para empezar a disfrutar de Esmeralda. Elvis detiene el vehículo. Los otros dos hacen ademán de abrir las puertas, pero están bloqueadas.

—¡Abre ya, Elvis!

—¡Vamos, abre!

—¡Cállense! —grita Elvis.

Los otros dos se miran sin entender nada.

—Miren esto —les enseña un sobre lleno de billetes—, nadie va a tocar a esa niña. ¿Lo entendieron? Esta es nuestra paga, es más dinero del que vieron juntos en toda su vida. Pero a la niña no la toca nadie. La devolveremos sin tocarle un pelo.

—¡Pero Chucho dijo que era nuestra! ¡Para nosotros!

—¡No sean estúpidos! Eso es lo que quería que escuchara el padre. ¿Imaginan cómo estará ahora, pensando que los tres estamos cogiendo con su niñita? Aprendan esta lección, muchachos. A veces no hace falta emplear la violencia para torturar a alguien, basta con usar la inteligencia.

Elvis vuelve a poner el vehículo en marcha. Durante un buen rato ninguno abre la boca, como si estuvieran asimilando la lección. Pasados unos minutos, Ángel, que viaja en el asiento trasero, da un golpe con el puño en el reposacabezas delantero y exclama:

42

El todoterreno reluciente de Chucho es una mota oscura en mitad de un mar de arena. El sol cae vertical desde lo alto, ocultando cualquier sombra. A lo lejos, una nube de polvo se aproxima poco a poco. Su regalito ya está llegando. En unos minutos, puede distinguir otro todoterreno que precede a la nube. Viene derrapando en las curvas de arena y en su interior retumban los graves de la música que suena a todo volumen. Dentro viajan tres jóvenes, apenas unos niños aún con granos en la cara. Visten camisas negras con las mangas cortadas y lucen cadenas y anillos de oro. Parecen uniformados, los tres con vaqueros desgastados y botas puntiagudas de piel de serpiente; todos con el pelo rapado al cero y los brazos llenos de tatuajes con calaveras, mujeres de pechos imposibles, puñales y corazones ensangrentados.

El vehículo avanza a una velocidad enloquecida, y cuando se aproxima al de Chucho, da un frenazo brusco y derrapa varios metros envuelto en polvo y arena. Sus tres ocupantes descienden del vehículo. El conductor camina hacia el coche de Chucho y los otros dos lo siguen.

Chucho baja despacio y se aproxima a ellos. Se abraza con el primero.

—Buen día, Elvis.

—Buen día, Chucho. Te presento a mis compadres. Ángel y Cejota. Buena gente, Chucho. Matarán a sus propias madres si se lo pides.

Ángel y Cejota parecen intimidados ante la presencia de Chucho. Le estrechan la mano tímidamente, no dicen ni una palabra. Se mueven nerviosos, cambiando el peso de una pierna a otra, incapaces de permanecer quietos. Probablemente hayan esnifado más cocaína de la debida durante el trayecto.

—Veamos la mercancía —ordena Chucho.

Los cuatro se dirigen a la parte trasera del todoterreno. Elvis abre el

portón del maletero y se aparta para dejar ver el interior. A Chucho se le dibuja una sonrisa en el rostro. Una sonrisa que helaría la sangre de cualquiera, pero no la de esos muchachos. En el interior hay un hombre y una chiquilla de apenas trece años, ambos amordazados y maniatados. La niña llora y gimotea. Cuando el hombre ve a Chucho, sus ojos se abren hasta casi salirse de sus órbitas y en su rostro se dibuja el terror más absoluto.

—Sáquenlos afuera.

Los tres muchachos sacan a los rehenes del maletero y los dejan en el suelo, de rodillas. Están excitados como tiburones ante el olor de la sangre, se ríen nerviosos y se empujan unos a otros.

—Buen trabajo, muchachos. Elvis, ven acá.

Chucho y Elvis se alejan unos metros y ambos mantienen una breve conversación privada. Cuando regresan, Chucho se pone delante del hombre, que sigue temblando de rodillas sin levantar la cabeza del suelo.

—Mírame, Ezequiel.

El hombre levanta la vista y en sus ojos hay lágrimas de miedo. Chucho le arranca de un tirón la cinta que le cubre la boca. Los otros tres muchachos miran la escena con los ojos muy abiertos, como hipnotizados. Están asistiendo a una clase magistral, no deben perder detalle.

—¡Chucho, por favor! ¡Te juro que no fui yo, debes creerme, por favor!
¡Chucho, por favor! ¡No lo hagas!

Chucho aproxima su boca a la oreja del hombre y le susurra al oído.

—Vuelve a decir una sola palabra, una, y le corto la cabeza a la niña.

Ezequiel se calla de inmediato. Tiembla de miedo. Su hija llora a su lado con los ojos cerrados. Chucho se acerca a ella y le retira la cinta de la boca. La niña lo mira asustada. Viste unos pantaloncitos cortos de color rosa y una camiseta de tirantes blanca. Todavía no lleva sujetador, aunque sus pechos incipientes ya han empezado a manifestarse.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Esmeralda —balbucea.

—Esmeralda —repite Chucho deleitándose en el sonido de su voz—. Qué lindo nombre, Esmeralda.

Los otros tres muchachos ríen nerviosos.

—Metedla de nuevo en el maletero —ordena a Elvis.

Elvis y sus dos amigos obedecen y se llevan a la niña a rastras.

—¡Papá, no! ¡Papá! ¡Papá!

Ezequiel se ha orinado en los pantalones, gime desesperado en un sollozo agónico. El portón del maletero apaga los gritos de Esmeralda. El llanto de su padre se interrumpe cuando vuelve a escuchar a Chucho.

—Bien, muchachos. Esmeraldita es un premio para ustedes. Hagan con ella lo que quieran, es suya. Demuestren que ya son hombres. Ahora márchense y que la disfruten.

Elvis sonríe y los otros dos se miran atónitos con los ojos vidriosos, incapaces de creer que esa niña sea para ellos. Se golpean en el hombro el uno al otro para celebrar su suerte.

El padre de Esmeralda empieza a gritar, tan fuerte como sus pulmones se lo permiten. Y sigue gritando cuando el todoterreno se aleja derrapando envuelto en los alaridos enloquecidos de los tres muchachos. Trata de ponerse en pie, olvidando que los tiene sujetos con una brida, cae al suelo retorciéndose como una culebra herida. Lloro, grita, se vuelve loco. Chucho observa tranquilo el espectáculo hasta que el hombre deja de gritar y se queda arrodillado hipando con la cara llena de mocos y saliva. Saca un cuchillo de su cinturón y le corta la brida de los pies.

—Ponte de pie —le ordena.

Ezequiel obedece y se tambalea frente a Chucho, que se gira, camina despacio hasta su vehículo, saca de la guantera una automática y vuelve a ponerse frente al padre de Esmeralda.

—Mírame. Esto es lo que les pasa a los soplones como tú.

Chucho le dispara en una rodilla. El hombre cae al suelo con una mueca de dolor y entonces le dispara en la otra. Ezequiel se retuerce en el suelo, grita y se sujeta las dos rodillas que han empezado a teñir de rojo sus pantalones. Chucho no dice nada más. Da media vuelta, sube a su todoterreno y se aleja de allí. Durante algunos segundos puede ver por el retrovisor a Ezequiel moviéndose en el suelo, en mitad de la nada.

A unos pocos kilómetros de allí, Elvis conduce muerto de risa, viendo cómo Ángel y Cejota gritan excitados y le piden que pare de una vez para empezar a disfrutar de Esmeralda. Elvis detiene el vehículo. Los otros dos hacen ademán de abrir las puertas, pero están bloqueadas.

—¡Abre ya, Elvis!

—¡Vamos, abre!

—¡Cállense! —grita Elvis.

Los otros dos se miran sin entender nada.

—Miren esto —les enseña un sobre lleno de billetes—, nadie va a tocar a esa niña. ¿Lo entendieron? Esta es nuestra paga, es más dinero del que vieron juntos en toda su vida. Pero a la niña no la toca nadie. La devolveremos sin tocarle un pelo.

—¡Pero Chucho dijo que era nuestra! ¡Para nosotros!

—¡No sean estúpidos! Eso es lo que quería que escuchara el padre. ¿Imaginan cómo estará ahora, pensando que los tres estamos cogiendo con su niñita? Aprendan esta lección, muchachos. A veces no hace falta emplear la violencia para torturar a alguien, basta con usar la inteligencia.

Elvis vuelve a poner el vehículo en marcha. Durante un buen rato ninguno abre la boca, como si estuvieran asimilando la lección. Pasados unos minutos, Ángel, que viaja en el asiento trasero, da un golpe con el puño en el reposacabezas delantero y exclama:

—¡Es un puto Dios!

43

Santos conduce nervioso, flanqueado por los dos todoterrenos de los hombres de don Dimas. Al llegar a Los Tríos, los detienen otros dos vehículos negros estacionados poco antes del cruce con la carretera que une Ascensión con Juárez. Es el primer círculo de seguridad. El coche que va delante se detiene junto a uno de los vehículos estacionados, sus ocupantes intercambian unas palabras y continúan su ruta. Un poco más adelante, el convoy ralentiza la marcha. Santos puede ver que se trata de un puesto de control militar, poco más que un barracón de hormigón con el techo de hojalata. Los vehículos son desviados de la carretera para que pasen junto a un grupo de militares de camuflaje que fuman con aire aburrido bajo un tejadillo de chapa. Uno de ellos da el alto con la mano al todoterreno delantero. Ni siquiera llega a detenerlo del todo. En cuanto divisa a sus ocupantes, les abre paso con una inclinación de cabeza. Saben quién les da de comer y los mantiene seguros.

La carretera federal número dos se interna de nuevo en el desierto y se pierde en un mar de arena. Salvo algunos ranchos y haciendas aisladas, no vuelven a atravesar ninguna población. En poco más de media hora, ya se encuentran en las inmediaciones de Ascensión, “La Chona city”, como la llaman sus lugareños. Aquí los narcos se sienten como en casa. Porque la Chona es más suya que de nadie. Santos recuerda que hace un par de años, los sicarios tomaron la ciudad en una ola de violencia, asesinaron a cinco agentes y obligaron a dimitir a toda la policía local.

Mientras conduce, Santos tiene un mal presentimiento. Coge su teléfono móvil y marca el número de Lupe, conecta el altavoz para que desde los coches no puedan ver que está hablando.

—Hola, mi mecánico. ¿Dónde andas?

—Hola, mexicanita. —Santos trata de disimular su preocupación—. Escucha, es posible que esta noche esté liado. Me gustaría que cuando recojas a Roy del colegio esta tarde, os marchéis directamente a la cabaña.

—Ay, Santos, el niño saldrá alterado de la escuela, es su último día. Yo prefiero esperar a que tú regreses y salir mañana a la mañana. Ya sabes que no me gusta conducir de noche.

—Lupe —el tono de voz de Santos cambia y Lupe lo nota—, por favor, haz lo que te digo. Yo subiré si llego a tiempo esta noche, y si no, mañana por la mañana.

—Está bien. Haré como dices. Ya tengo todo preparado, a lo mejor me da tiempo a llegar de día.

—Gracias, Lupe.

Santos cuelga el teléfono y observa cómo se detienen de nuevo a la entrada de la población. Uno de los ocupantes del vehículo trasero desciende y se aproxima al coche de Santos. Este baja la ventanilla y espera.

—Recibirás ahora un mensaje con la ubicación exacta —dice el tipo mientras apoya su codo en la ventanilla.

—¿Puedo bajar?

—No. Te quedas donde estás.

Santos se muere por uno de sus cigarrillos, pero no parece buen momento para entablar conversación al respecto. Pasan los segundos tensos, más largos de lo normal. El teléfono de Santos vibra y ve que tiene un mensaje de Chucho con las coordenadas exactas. Pone su GPS en marcha y mira a su vigilante.

-Ya.

—Ahorita te seguiremos nosotros a ti. Tampoco sabemos el lugar, así que no seas loco y conduce suavemente.

Santos se pone en marcha siguiendo las indicaciones de su GPS y atento a los dos vehículos que lo siguen. El pueblo es idéntico a otros miles del país, con sus puestos de tortitas, sus parques, sus iglesias, sus cementerios, sus niños ajenos a todo lo que está podrido por dentro. Atraviesan unas cuantas calles y se detienen frente a una casa modesta cuyo elemento más llamativo son los enormes todoterreno que hay estacionados en la puerta. El GPS le indica que han llegado a su destino. Santos apaga el motor y espera con la ventanilla bajada. Uno de los hombres se aproxima y le indica dónde debe

estacionar su vehículo. Le harán una señal cuando pueda aproximarse a la casa. Santos aparca y desciende. Se apoya en el lateral y se lía uno de sus cigarrillos. Observa desde el otro lado de la calle cómo uno de los hombres se acerca a la puerta y habla con otro de los guardaespaldas. Santos intuye que debe haber un ejército alrededor de esa casa. Ni siquiera un gato callejero sería capaz de acercarse sin permiso. Entonces le dan la señal con un gesto. Santos tira el cigarrillo, lo pisa con su bota y cruza la calle. El hombre que custodia la puerta es más grande que la propia puerta, y debe hacerse a un lado para que pueda pasar.

Una vez dentro, en el recibidor, dos hombres con chalecos antibalas le cachean de nuevo y le retiran su móvil. Luego, le indican que los siga. El salón está decorado con una morena escultural sentada en uno de los sofás. Ni siquiera se gira para mirarlo. Viste unos shorts que podrían ser ilegales en más de un estado. Mira la televisión con aire aburrido mientras come pipas y deja caer las cáscaras al suelo. Uno de los hombres le dice que espere al pie de una escalera por la que desaparece. El otro permanece a su lado. Cuando el primero baja, le da instrucciones para subir al piso de arriba y entrar en la habitación del fondo del estrecho pasillo. Santos asciende la escalera y avanza hacia la puerta cerrada, con la sensación de estar pisando un campo de minas. Nota la camisa pegada a su espalda. Llama a la puerta con los nudillos y escucha la voz grave de don Dimas.

—¡Pasa, Santitos!

Santos entra en la habitación y cierra la puerta a su espalda. Don Dimas está tumbado en una gran cama de matrimonio revuelta. Lleva unos pantalones cortos y una camisa blanca abierta que deja ver su barriga, sudada y peluda. Lo único que se escucha es el rumor de un ventilador de techo que remueve el aire viciado, esparciendo un olor mezcla de semen y sudor. Don Dimas está recostado sobre unos almohadones leyendo un periódico. En la mesilla de noche hay una botella de tequila y un plato con restos de comida, un cenicero con un puro apagado y una botella de agua. La ropa tirada por el suelo se mezcla con algunas revistas y papeles. Resulta evidente que don Dimas hace días que no se afeita y Santos sabe por experiencia que cuando un hombre poderoso parece un pordiosero, debe tener mucho cuidado.

—¡Dichosos los ojos, Santitos! Eres un hombre caro de ver —dice don

Dimas sin apartar la vista del periódico.

Las persianas están bajadas y las cortinas corridas. Una lamparilla amarillenta proporciona algo de luz a la penumbra. Santos se queda de pie junto a la puerta y apoya su espalda en la pared.

—No te quedes ahí parado, hombre. Agarra esa silla y siéntate a mi vera.

Don Dimas, sin molestarse en levantar la vista de su lectura, señala un rincón en el que hay una silla de madera. Santos se aproxima a la esquina y duda qué hacer con la ropa interior femenina que está sobre la silla.

—Tírala en el piso. A ella le importa un carajo. Y a mí también.

Santos deja caer las braguitas de encaje y el sujetador en el suelo y aproxima la silla al pie de la cama. Se sienta y espera. Durante un rato, el ventilador es lo único que se escucha. El calor es insoportable.

—Te estarás preguntando qué haces aquí. ¿Me equivoco?

Santos no contesta. Don Dimas habla en todo momento sin apartar la mirada de su periódico. De tanto en tanto, pasa alguna página y se detiene de nuevo a leer.

—Bien, no te haré perder tiempo. Y espero que tú tampoco me lo hagas perder a mí. Tengo un encargo para ti.

Santos está a punto de decir algo cuando don Dimas lo interrumpe.

—Antes que nada, te recuerdo que no estás en tu taller y que yo no soy uno de tus putos clientes. Así que no abras la boca si no estás seguro de que lo que digas no me dará ganas de matarte.

Vale, piensa Santos. Así que este es el juego, dejar que don Dimas diga todo lo que tenga que decir, aceptar lo que sea que tenga que proponerle y salir de allí lo antes que pueda. Luego ya veremos. Pero de pronto tiene un pensamiento que le hiela la sangre. Cómo ha podido ser tan estúpido.

44

Roy corre por el pasillo de la escuela envuelto en una marabunta de chicos y chicas excitados. Todos gritan y saltan empujándose unos a otros. Es el final del curso escolar. El comienzo de las vacaciones. Se acabaron las tareas, el madrugar, el guardar silencio en las clases. Están alegres, exultantes, felices. Las madres se agolpan en la entrada para recoger a sus hijos, se despiden unas de otras y se desean un feliz verano. Roy se ha quedado en el vestíbulo de la escuela con su amigo Randy. Ambos hacen planes para cuando estén juntos en la cabaña. Están entusiasmados. Roy le habla a Randy de la cantidad de cosas que van a hacer juntos, de los lugares que le va a mostrar, de los animales que van a ver; construirán un arco y flechas, se bañarán en el río, cazarán ranas. Y tal vez, si se portan bien, su madre consienta en que Randy se quede unos cuantos días más. Será fantástico. Las mejores vacaciones de sus vidas.

Lupe llega tarde. Se ha entretenido un poco más de la cuenta preparando las maletas, un emparedado para Roy, los arreglos de última hora. Quiere marcharse directamente al recoger a su hijo, ganar algo de tiempo para llegar a la cabaña antes de que el sol se ponga. De camino a la escuela, se detiene en el supermercado a comprar para la cena las salchichas de frankfurt que le gustan a Roy. Justo en el momento en el que está haciendo cola para pagar, un todoterreno negro reluciente se detiene frente a la entrada de la escuela. Chucho desciende del vehículo y cruza la calle con aire tranquilo, mirando a un lado y a otro. Se aproxima a una de las profesoras que lleva un carnet con su nombre prendido en su blusa.

—Hola, Ángela —saluda Chucho.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarle?

—Con esos ojazos verdes, en infinidad de cosas. Pero de momento me

conformo con recoger a mi sobrino.

Ángela se ruboriza ligeramente y sonrío a Chucho.

—¿Y quién es ese sobrino de usted?

—Roy.

—Oh, vaya, no sabía que Roy tuviera un tío. ¿Ha avisado su madre de que lo recogería usted? No me han dicho nada.

Chucho toca el hombro de Ángela con su mano y acerca los labios a su oreja izquierda para susurrarle.

—Angelita, es una sorpresa. Tan agradable como encontrarla a usted. No me la estropee.

Ángela baja los ojos y se pasa su trenza negra por encima del hombro. Por un momento siente un ligero escalofrío.

—Ay, ya lo siento, pero no lo conozco a usted, y tenemos instrucciones de no dejar salir a ningún niño con desconocidos salvo que traigan una autorización firmada por sus padres.

Chucho ve por encima del hombro de Ángela que Roy sale por la puerta.

—Bien, Angelita, si quiere podemos llamar a Lupe y preguntarle a ella directamente. ¿Le parece?

En ese momento, Roy ve a Chucho y profiere un grito a la vez que emprende una carrera hacia él.

—¡Tío Chucho!

Al llegar a Chucho, Roy salta sobre sus brazos y ambos se funden en un gran abrazo.

—¡Hola insecto! ¡Mira lo que he traído para enseñarte! — le dice Chucho, a la vez que señala su flamante todoterreno nuevo al otro lado de la calle.

—¡Guau! ¿Es tuyo? ¿De verdad? ¿Me llevas a dar una vuelta?

Ángela observa la escena con una sonrisa. Sin duda aliviada de que Roy conozca a ese hombre. Chucho deja a Roy en el suelo y mira a la profesora.

—Pues esa era la idea, pero aquí la señorita Ángela, con esos ojos verdes como el Caribe, dice que no puedes irte con desconocidos. Así que no puedo darte una vuelta, y eso que he venido solo para eso.

Roy tira de la blusa de Ángela y da pequeños saltitos nerviosos.

—¡Por favor, por favor, por favor! ¡Es mi tío Chucho! ¡No es un desconocido! ¡Déjeme ir con él!

En ese momento, otra de las profesoras reclama la atención de Ángela, una aglomeración de padres en busca de sus hijos está desbordando al personal, todo el mundo parece tener prisa por salir. Ángela mira a Roy y a Chucho y toma la decisión más lógica ante la insistencia y el entusiasmo de Roy. Ambos se cogen de la mano para cruzar la calle y Roy va dando saltos, excitado e incapaz de contener su alegría. Incapaz de comprender lo que está pasando.

En el parque, frente a la escuela, hay un anciano, desaliñado, con los ojos enrojecidos y los zapatos raídos, que ha contemplado toda la escena. En su mano derecha lleva una botella de alcohol barato envuelta en una bolsa de papel marrón. Y algo en la cabeza de ese anciano le ha dicho que debe seguir a Roy.

Cuando, algunos minutos más tarde, Lupe llega a recoger a Roy al colegio, se queda desconcertada. Ángela le dice que su tío Chucho ha recogido al pequeño hace un rato. Pero Lupe no se preocupa, es Chucho a fin de cuentas. Le dice a Ángela que está todo bien. Sabe que Roy siente devoción por él y que Chucho es de confianza. No obstante, llama a Santos por teléfono por si hay algún cambio de planes. Apagado o fuera de cobertura. Hace lo único que puede hacer, regresa a casa y espera a que Chucho traiga al pequeño.

45

—Bien, Santos. Escucha con atención —continúa don Dimas, sin levantar la vista del periódico—, ¿recuerdas el penúltimo encargo que hiciste para mí? Seguro que lo recuerdas.

Santos no puede quitárselo de la cabeza, últimamente todo el mundo parece empeñado en que lo recuerde. Y empieza a estar cansado. No dice nada, espera a que don Dimas continúe. Necesita salir de allí cuanto antes.

—Estela era una mujer que quería llegar alto. Y yo la dejé tocar un trocito de cielo una temporada, no sé si me explico. Cuando volvió a bajar a la tierra me olvidé de ella. Pero un día el estúpido de su marido quiso jugar a ser inmortal. Y tú te encargaste de demostrarle que la inmortalidad no existe. Bien, resulta que ahora me acabo de enterar de que esa mujer tenía un hijo. Un hijo recién nacido. Un hijo del que nadie parece saber nada. ¿Curioso, no?

Santos nota las gotas de sudor correr por sus piernas, el calor es denso como la nata. El ventilador sigue girando con un chirrido metálico que esparce la humedad por el dormitorio. Empieza a sentir como si le oprimieran el pecho. Baraja la posibilidad de matar allí mismo a don Dimas, con sus propias manos. No le llevaría más de unos pocos segundos. Pero sabe que no saldría con vida de esa casa, de ninguna manera. Por eso deja que don Dimas continúe con su propuesta.

—Deduzco por tu silencio que tampoco tú sabes nada de ese hijo. Pero resulta que eres la única persona que puede saber algo de ese niño.

En ese momento, don Dimas baja el periódico y mira directamente a los ojos de Santos. Este no mueve ni un músculo, ni una sola célula de su cara se altera ante esa mirada.

—No me lo pongas difícil, Santos. No estoy de humor. Ella jura que su

hijo estaba en esa casa cuando mataste a su marido.

Mientras su rostro permanece impenetrable, Santos tiene ganas de arrancarle el corazón a ese hombre. De acabar con esto de una vez por todas. Se concentra en su respiración, trata de pensar tan solo en el aire que entra en sus pulmones, inspirar y espirar para controlar sus pulsaciones. Pero entonces, de los labios de don Dimas salen unas palabras que lo cambian todo en su mundo.

—¿Y sabes lo más gracioso, Santos? Que Estela dice que su marido no podía dejarla embarazada.

Inspirar, espirar. No pensar. Inspirar, espirar. No actuar. Inspirar, espirar. Sólo eso, respirar.

—Ese hijo es mío, Santos. Mi hijo.

Entonces el ventilador se detiene. El silencio suena en los oídos de Santos con un pitido agudo y prolongado. Es como si se hubiera quedado sordo tras una explosión. Se nota mareado y tiene ganas de vomitar. Siente cómo una oleada de odio irracional le sube desde el estómago hasta el cerebro, reventando todos sus pensamientos, dinamitando toda su voluntad. Quiere saltar sobre ese hombre y arrancarle la lengua, los dientes, los ojos. Pero es incapaz de moverse. La idea de que Roy pueda ser hijo de don Dimas ha cortocircuitado todas sus conexiones. Se sobresalta cuando vuelve a escuchar a don Dimas, y lo mira como si lo viera por primera vez.

—Quiero que lo encuentres y me lo traigas. Tienes una semana. Ahora lárgate y no hagas ninguna estupidez. Un placer verte, Santitos.

46

Santos se marcha tambaleándose como un boxeador al que acaban de pillar con la guardia baja. No ha visto venir ese *uppercut* por debajo del pecho, directo a su mandíbula. Ha recogido su teléfono móvil, su pistola y su cuchillo y ha salido de allí, escoltado de nuevo por dos todoterrenos que se aseguran de que abandone la población camino de la frontera. Pero esta vez no vigila por el retrovisor a los vehículos que lo siguen. Le importan una mierda. Conduce como un loco, con sus pensamientos bloqueados por las últimas palabras de don Dimas. No es capaz de escuchar otra cosa. Es una idea obsesiva que lo está devorando por dentro. No recuerda haber salido de Ascensión, ni haber cruzado la frontera, no ha comido ni bebido en horas. Detiene su vehículo en un camino de tierra en mitad del desierto y baja. No sabe dónde está ni cómo ha llegado hasta ahí. Apoya sus codos en el capó de su todoterreno y empieza a golpearlo con los puños, una y otra vez hasta que las manos le duelen lo suficiente como para apaciguar sus demonios. Grita con un odio que no sentía desde que era un adolescente luchando contra el mundo. Se da la vuelta y se apoya en la camioneta, exhausto. Tiene que controlarse, no puede perder ahora la perspectiva de las cosas. Se deja caer poco a poco hasta quedar sentado con la espalda en la rueda delantera. Se concentra en su respiración y cierra los ojos. Inspirar, espirar. Transcurren unos minutos en los que la voz de don Dimas sigue resonando en su cabeza. Inspirar, espirar. Deja pasar los pensamientos, focaliza todos sus sentidos en algo tan sencillo como la respiración. Visualiza y siente el aire llenando sus pulmones despacio, haciendo una breve pausa para expulsarlo después con suavidad. Solo eso. Una y otra vez, inspirar, espirar. Poco a poco los pensamientos se alejan y se calma. Aún permanece un rato sentado, concentrado en su respiración. El sol

ha empezado a buscar el horizonte para ocultarse. Abre los ojos y la luz del ocaso reflejada en la arena es una visión hermosa. Permanece un rato así, tan solo mirando hacia el inabarcable desierto naranja que se extiende más allá de su vista. Se pone en pie y saca del coche una botella de agua y su petaca de tabaco. Bebe casi la mitad de la botella de un trago, con una sed que no sentía hasta ese momento. Se tira un poco de agua por la cabeza y se frota la cara. Se seca las manos contra las perneras de su pantalón y lía con calma un cigarrillo apoyado en el lateral de su Ford. Mira la puntera de sus botas cubiertas de polvo, en las que las gotas de agua han formado estrellas caprichosas, y trata de analizar la situación.

Es evidente que Estela habló antes de morir. Pero también es posible que no dijera la verdad. Santos recuerda perfectamente que ella le habló a Chucho de una niña, que lo hizo para proteger a su hijo. Pero don Dimas ya no tiene dudas de que se trata de un niño. Santos entiende ahora que los golpes que le propinaron a Estela dieron sus frutos. Quizá pensó que si decía que su hijo era de don Dimas no la matarían, o al menos protegería a su hijo. Pero Santos sabe que eso es lo que quiere creer, y que muy pocas veces la realidad se ajusta a lo que queremos creer. También puede que Estela muriera sin decir nada y todo sea un invento de don Dimas. Puede ser. Demasiadas cosas que no sabe. Santos decide concentrarse en las cosas que sí sabe. Sabe que su familia está en peligro, que debe ponerlos a salvo y resolver esto.

Sube de nuevo a su Ford y pone rumbo a casa. Por la ventanilla puede ver una plantación de paneles solares que reconoce y sabe que está cerca de Hatch, a poco más de dos horas. Pisa el acelerador.

Al llegar a su casa, lo primero que llama la atención de Santos es el coche de Lupe aparcado en la puerta. No es una buena señal. Mierda, deberían estar en la cabaña. Salta del coche y entra apresuradamente. Lupe está sentada a la mesa de la cocina con el móvil entre las manos. El aspecto de Santos no la tranquiliza. Tiene la cara contraída por la tensión.

—¿Qué ha pasado? —dice Lupe asustada.

—¿Dónde está Roy? —pregunta Santos, gritando más de lo que quisiera.

—Tranquilo, está con Chucho.

—¿Qué?

—Cuando fui a por Roy al colegio me dijeron que lo había recogido

Chucho. Pensé que era cosa tuya. Llevo llamándote toda la tarde.

Santos se da cuenta de que su móvil está apagado. Ni siquiera se le ocurrió conectarlo cuando salió del piso de don Dimas.

—¡Mierda, no! ¿Estás segura?

—Santos, ¿qué pasa? Me estás asustando.

—¡Joder! ¡Cómo he podido ser tan estúpido!

Santos se sujeta las sienes con las manos y se mueve nervioso.

—Santos...

—¡Se lo han llevado, Lupe! ¡Se han llevado a Roy!

Lupe se levanta de la silla y se acerca a su marido. Le sujeta los antebrazos con sus manos y trata de calmarlo.

—Está con Chucho, Santos, no te preocupes. Es Chucho.

—Tú no lo entiendes, Lupe. No es Chucho, no es Chucho, joder. Es don Dimas.

Al escuchar ese nombre, Lupe se queda paralizada sin saber qué hacer. Deja caer los brazos y le empieza a temblar el labio inferior.

—¿Qué? Pero ¿por qué? Santos, ¿qué pasa? ¡Dime qué está pasando! ¿Dónde está Roy?

Santos abraza a Lupe y la atrae contra su pecho.

—Lo saben todo Lupe. Lo de Roy. No sé lo que quieren, pero ahora tienen a Roy.

Lupe grita y trata de soltarse del abrazo de Santos, pero este la sujeta con fuerza y la retiene contra su pecho. Cuando se calma un poco, ambos se sientan a la mesa de la cocina. Santos le sujeta las manos y la mira a los ojos.

—Lupe, escúchame.

Lupe niega con la cabeza y cuando habla hay lágrimas en sus ojos.

—Santos...

—No, Lupe, escúchame. No digas nada. Quiero que confíes en mí. ¿De acuerdo? Dilo, ¿confías en mí?

Lupe asiente con la cabeza. Siempre ha confiado en Santos.

—Sabes que sí. Pero cuéntamelo todo, Santos. Todo. No importa lo malo que sea. Quiero saberlo.

Santos es consciente de que Lupe tiene derecho a saberlo. De que el momento que tanto temía ha llegado.

—Hace unos días vino una mujer al taller. No sé quién era, no la había visto nunca. Dijo que era la madre de Roy. Y sus ojos no mentían, Lupe. Quería pagarme para que matase a don Dimas y encontrara a su hijo.

Lupe escucha como hipnotizada, mientras gruesas lágrimas resbalan por sus mejillas. Nunca pensó, o nunca quiso pensar, que Roy pudiera tener otra madre. Una de verdad.

—Me reuní con ella y luego la dejé en un motel. Necesitaba tiempo para pensar, no sabía qué hacer con ella. Chucho me llamó para comer y durante la comida me preguntó por esa mujer. Don Dimas andaba buscándola. A Chucho no le dije que la había visto, pero para entonces ya debían estar siguiéndome. Cuando volví esa noche al motel, la encontré muerta. Alguien la había asesinado.

La sola idea de que Chucho haya podido matar a esa mujer hace que a Lupe le empiecen a temblar las manos.

—Tengo miedo, Santos.

—Tranquilízate. No creo que Chucho haga daño a Roy.

—¿Cómo lo sabes? Si es capaz de matar a esa mujer...

Santos no puede explicarle a Lupe que no todos los asesinos son iguales. Cree de verdad que Chucho no haría daño a Roy, pero también sabe que todos los locos estuvieron cuerdos alguna vez.

—Voy a tratar de localizar a Chucho, pero no puedes quedarte aquí.

—Pero no lo entiendo. ¿Qué quieren de ti? ¿Por qué se han llevado a Roy?

—No lo sé, Lupe. Es lo que tengo que averiguar. Necesito que estés en un sitio seguro durante unos días. No puedes ir a la cabaña, Chucho sabe dónde está.

—Puedo quedarme en casa de Megan, es la madre de Randy.

—¿Y qué vas a decirle? No puede saber que Roy ha desaparecido.

—Ya se me ocurrirá algo. No te preocupes. Le diré que estáis en la cabaña, que hemos discutido y que necesito unos días para pensar. Vive sola con Randy, no será un problema.

—Hazlo. Cuanto antes.

-¿Y tú?

—Lo primero es saber dónde está Roy. Tengo que encontrar a Chucho. Tú debes irte cuanto antes, necesito saber que estás a salvo.

Santos suelta las manos de Lupe y se levanta, coge su teléfono móvil y lo conecta para marcar la contraseña.

—Santos...

—¿Qué? —Santos levanta la vista del teléfono para mirar a Lupe.

—Nada.

Santos ha tratado de contactar con Chucho. No ha contestado ninguna de sus llamadas. Chucho, su amigo. Solo de pensarlo se pone furioso. Si lo tuviera delante ahora mismo es muy probable que lo matase. Lo que más le desespera es no poder hacer nada. Trata de buscar los puntos débiles de Chucho, pero no los encuentra. No tiene familia, ni siquiera perro. Podría tratar de encontrar a Alexia, su nueva novia-mascota, pero sabe que no vale tanto para Chucho. Su cuerpo le pide salir a buscar a Roy, pero no sabría por dónde empezar, puede que incluso hayan cruzado la frontera. La sola idea de imaginarse a Roy en México con don Dimas hace que tense sus mandíbulas.

Santos sale al porche y se sienta en los escalones a fumar. El sol ya se ha ocultado tras el horizonte y sabe que tan solo puede esperar. Que esto es un juego de desgaste, de presión. Quieren demostrarle quién tiene el poder, eso es lo importante. El poder. Solo hay algo que lo tranquiliza, saber que si don Dimas pensase que Roy puede ser su hijo, ya no lo necesitaría a él para nada, podría haberlo matado en Ascensión y nadie hubiera ido a reclamar su cadáver. Pero Chucho ya es otra cosa. Chucho es listo como una alimaña, puede haberlo imaginado todo. Incluso cabe la posibilidad de que Estela le dijera cosas a él que nadie más sabe. De pronto se le ocurre algo. Y tiene que averiguarlo cuanto antes. Marca en su teléfono el número de Lupe.

—Hola, Lupe.

—Espera, por favor.

Santos escucha una puerta que se cierra.

—¿Sabes algo? ¿Cómo está Roy?

—No, Lupe, aún nada. Hay algo que necesito saber. ¿Tiene Roy alguna marca de nacimiento? ¿Algún lunar, una peca, algo que solo una madre pudiera

saber?

Lupe piensa unos segundos.

—Sí, tiene una pequeña mancha roja bajo la axila derecha. La ha tenido siempre. ¿Por qué?

Al escuchar esto, Santos, apoyado contra una de las columnas de la barandilla, aprieta los ojos y maldice en silencio.

—Nada, no tiene importancia. ¿Estás bien ahí?

—Sí, sí. Megan es un encanto. Por favor llámame en cuanto sepas algo.

—Tranquila. Lo haré.

—Santos, ten cuidado.

Santos tiene cuidado, lo que no tiene es una pizca de suerte. Piensa en que si Estela habló antes de morir de la marca de su hijo bajo la axila... Mierda.

48

Roy está sentado al lado de Chucho en un sofá frente al televisor. Tío Chucho le ha comprado un paquete de patatas fritas y una Coca-Cola de medio litro que parece enorme en el regazo del pequeño. Los pies de Roy, enfundados en sus deportivas azules, cuelgan del sofá sin llegar a rozar el suelo. Chucho sujeta el mando de la Playstation y enciende el televisor. El juego tarda unos segundos en cargarse. El logotipo de Rockstar Games aparece en la pantalla y Roy lo mira hipnotizado, como si estuviera viendo una película en el cine. Su madre siempre le responde que es demasiado pequeño para los videojuegos, pero Roy tiene amigos en el colegio que ya tienen su propia consola.

En la pantalla aparece un tipo fuerte con cara de pocos amigos en un escenario que es una ciudad, con sus calles, farolas, coches, tiendas, todo increíblemente real para la mente de Roy.

—Fíjate bien muchacho —dice Chucho muy serio mientras dirige al personaje con su mando—, este somos nosotros.

A Roy le gusta que Chucho diga nosotros. Entonces empieza la partida.

Roy observa al personaje con los ojos como platos. Nunca ha visto nada igual. Mira cómo entra en una tienda de armas y compra una pistola y un chaleco antibalas. Al salir, se cruza con un vagabundo al que propina varios puñetazos y una patada en la cabeza.

—Nos estaba siguiendo, Roy. No es un vagabundo. No te fíes de las apariencias.

El hombre se retuerce en el suelo, medio inconsciente. El protagonista del juego, que para la mente de Roy es Chucho, cruza la calle y abre la puerta de un vehículo parado en un semáforo en rojo. Es un Chevrolet Camaro, un

deportivo potente. Agarra a su conductor por el cuello de la camisa y lo arrastra fuera del vehículo. Le propina varias patadas hasta derribarlo en el suelo. Luego sube al vehículo y le indica a Roy que haga lo mismo.

—¡Agárrate, socio! ¡Empieza la fiesta!

Roy, sentado junto a Chucho, abre aún más los ojos cuando este acelera para salir derrapando. Al cabo de unas cuantas manzanas, se quedan detenidos en un semáforo rojo.

—Creo que nos siguen, Roy. ¿Qué hacemos? ¿Nos saltamos el semáforo?

—¡Sí! —grita Roy emocionado— ¡Sáltatelo!

Chucho gira bruscamente invadiendo el carril contrario y circula unos metros en contra dirección. Al llegar al cruce, acciona el freno de mano y el Camaro derrapa lateralmente. Entonces acelera y emprenden una carrera frenética. Se saltan los cruces ignorando los semáforos, invaden el carril contrario cuando es necesario. En una esquina colisionan con un cubo de basura cuya tapa impacta contra el parabrisas. Roy da un salto en su asiento, asustado por el impacto, pero no puede parar de gritar con la adrenalina bombeando por todo su cuerpo.

Entran en el aparcamiento de lo que parece un almacén de embarcaciones. Hay lanchas sobre sus remolques aparcadas por todo el recinto. Chucho mira el mapa en la pantalla del GPS y parece buscar una dirección.

—No es aquí, socio. Hay que seguir buscando. ¿Ves ese punto rojo en el mapa, Roy?

-¡Sí!

—Bien, esos somos nosotros. El punto verde es a donde tenemos que llegar. Tienes que estar muy atento por si te necesito como copiloto. ¿Podrás hacerlo, Roy?

—¡Claro! —grita Roy— ¡A la derecha!

Salen del aparcamiento con un chirrido de los neumáticos y Chucho emprende de nuevo la enloquecida carrera. Suben por un puente haciendo rugir el motor del deportivo, Chucho invade el carril contrario cada vez que tienen que adelantar algún vehículo ante los gritos de advertencia de Roy. Al llegar a un semáforo en rojo, Chucho frena demasiado tarde e impacta con el vehículo que tiene delante. Un tipo enorme baja y se acerca para comprobar los desperfectos. No tiene una pinta muy amistosa cuando se gira para mirar a

Chucho.

—Fíjate bien, chico. La mejor defensa es un buen ataque, no lo olvides.

Chucho se baja del Camaro y se acerca despacio al otro conductor, que le saca más de media cabeza. Sin mediar palabra lo golpea en el estómago, impacta con el tacón de su bota en la rodilla del gigantón y antes de que caiga al suelo le propina dos puñetazos en la cara que lo dejan tumbado boca arriba, inconsciente. Luego sube al deportivo y acelera invadiendo de nuevo el carril contrario. El coche da un brinco al pasar por encima de las piernas del hombre tirado en el suelo.

—¡Jódete, puto gordo! —grita Chucho.

Roy ríe y grita como un loco a la vez que salta sobre su asiento.

—¡Puto gordo! ¡Puto gordo!

Roy sigue con atención el punto rojo sobre el mapa del gps, ve cómo se acerca rápidamente al punto verde. Cuando ya están casi encima de él, Chucho detiene el vehículo. Baja y mira a derecha e izquierda. Hay un hombre sentado en un banco que lo observa. Cuando Chucho está de espaldas, el hombre saca un arma de su chaqueta y le apunta.

—¡Cuidado, Chucho! —le advierte Roy.

Chucho se gira y en una fracción de segundo se tira al suelo a la vez que saca su arma. Cuando aterriza en el suelo ya está apuntando al hombre del banco. Dispara y la cabeza estalla en mil pedazos. Un disparo perfecto. En ese momento, un todoterreno aparece de la nada, impacta contra el Camaro y lo desplaza hasta subirlo encima de la acera. Roy se cubre la cabeza con las manos. Cuatro hombres de color descienden del vehículo y abren fuego contra Chucho. No tiene ninguna posibilidad. A los pocos segundos su cuerpo yace inerte en el suelo, en medio de un gran charco de sangre.

—¿Estás muerto? —pregunta Roy, mirando a su tío.

—Joder, Roy, claro que estoy muerto. Me acaban de acribillar cuatro putos negratas con ametralladoras. No los vi venir. Me han atacado a traición.

—Cool.

—¿Cool? Cuatro putos conguitos se cargan a tu tío Chucho, ¿y tú dices cool?

—Noooo, digo que está guay el juego.

—Ah. Es el Grand Theft Auto, el mejor puto videojuego del mundo,

muchacho. ¿Es que no juegas a videojuegos con tu padre?

—No, mi padre no entiende de videojuegos, y mi madre no me deja jugar porque dice que son muy violentos.

—¡Bah, mujeres! No hagas ni caso, Roy. Esto es lo mejor del mundo. Cuando estás cabreado, te juegas una partidita, robas un deportivo, te cargas a unos cuantos y sueltas adrenalina. Esto es lo mejor del mundo, socio. No hay nada mejor.

En ese momento suena el teléfono móvil de Chucho. Es don Dimas quien llama.

—¿Tienes al chico?

—Lo tengo —responde Chucho mientras se aleja un poco, sin dejar de mirar a Roy.

—Llévalo a la hacienda. Y luego deshazte de Santos.

Chucho no dice nada, se ha quedado con el auricular en la oreja y las últimas palabras de don Dimas resonando en su cabeza. Sabía que este momento llegaría, pero aun así le cuesta hacerse a la idea.

—Chucho —continúa don Dimas, como si intuyese sus dudas—, hay una plaza nueva en Quintana Roo que quiero explotar. Si eliminas a Santos, es tuya. Piénsalo. Serás tu propio jefe, palmeras, caribe, turistas. Solo me pagarás un porcentaje de lo que generes. Podrás hacer lo que quieras, Chucho, contratar a tu propia gente, dirigir el negocio a tu estilo.

Chucho no tiene nada que pensar. No es solo el incentivo de una plaza propia. Es la absoluta certeza de que si se niega, terminará en una zanja en mitad del desierto.

—Le llamaré cuando esté hecho.

—Hazlo.

49

Ben ha seguido al todoterreno de Chucho hasta ese almacén. En cuanto vio a Roy marcharse del colegio con el tipo de la coleta, supo que algo no estaba en su sitio. Y lo que ahora contempla se lo confirma. Hay varios hombres que vigilan la propiedad. La persecución lo ha llevado hasta una cantera en el sur, entre la autopista Panamericana y el Río Grande. Camiones y maquinaria pesada se dispersan por una gran explanada salpicada de grandes montones de arena y grava. Dos todoterrenos immaculados descansan ahora frente a la nave en la que entraron el tipo de la coleta y Roy hace un rato. El sol ya se ha ocultado tras las colinas y Ben busca la botella en la guantera de su viejo Subaru. Da un largo trago de whisky barato, lo deja entre sus piernas y se mira las manos temblorosas. Agarra el volante hasta que el temblor remite y luego se lleva de nuevo la botella a los labios; esta vez el trago es tan largo que le provoca un escalofrío. No sabe muy bien por qué está ahí, pero está. Y sigue dando tragos hasta que la última gota cae sobre su lengua ávida de alcohol. Es lo único que le proporciona el valor que nunca tuvo.

Ha escondido el Subaru tras una pirámide de grava. Baja del vehículo y mira a su alrededor. Cierra despacio la puerta, se tambalea y tropieza, cae de medio lado sobre la pirámide de grava y resbala. Se queda un rato apoyado en el suelo hasta que recupera la verticalidad. Camina medio agachado con paso errático, de pronto se detiene y parece caer en la cuenta de que solo es un viejo desarmado y borracho. Vuelve sobre sus pasos y saca del maletero una palanqueta de hierro con la que parece sentirse más seguro.

Es una cuestión de puro azar que pueda llegar hasta uno de los laterales del almacén sin ser visto. Pero lo consigue. Se desplaza apoyado contra una de las paredes hasta que encuentra una ventana por la que echar un vistazo. En un

primer momento no ve absolutamente nada. Deja la palanca en el suelo, apoya la frente en el cristal y ahueca sus manos alrededor de sus ojos para ver en el interior. Todo parece estar oscuro. Pasados unos segundos se da cuenta de que hay un tipo enorme apoyado contra el cristal de la ventana. Se aparta hacia un lado y entonces puede ver a Roy. Está sentado frente a un televisor comiendo patatas fritas de una bolsa. No parece haber nadie más en la estancia salvo el tipo de la ventana y su cerebro aplica la lógica inmediata de los borrachos. Levanta la palanca y descarga un golpe sobre el cristal haciéndolo pedazos. El tipo debería haber caído redondo, pero sigue ahí sin moverse. Ben lo agarra por la chaqueta y comprueba que es ligero como una pluma. Saca la chaqueta por la ventana y la observa sin comprender. Para cuando se da cuenta de que lo que acaba de golpear es solo una chaqueta que colgaba de un perchero, ya es demasiado tarde. Se gira y antes de que pueda protegerse, recibe un puñetazo en plena cara. Cae al suelo sujetándose la nariz, que sangra profusamente. Los ojos se le han llenado de lágrimas y apenas puede ver nada. Por suerte, el alcohol anestesia el dolor y se levanta de nuevo tambaleante, lanzando golpes al vacío. Resulta patético dando manotazos a la nada. Escucha risas burlonas a su alrededor. Una patada en el estómago le hace doblarse y vomitar todo el alcohol que su estómago aún no ha digerido. Cae de rodillas y se apoya con las palmas de las manos. Su nariz sigue goteando sangre sobre el polvo y le cuesta respirar. Un nuevo golpe en las costillas lo deja tendido en el suelo, tosiendo y vomitando sangre. Nota cómo lo levantan por debajo de los brazos y lo arrastran hasta el interior de la nave.

—¿Quién carajo es este tipo? —pregunta Chucho cuando sus hombres lo meten dentro.

—Ni idea —dice uno de ellos—, ha golpeado una de las ventanas. Creo que tan solo es un viejo borracho.

Los hombres de Chucho sientan a Ben en una silla. La barbilla se le cae sobre el pecho y respira con dificultad.

Chucho está a punto de ordenar que se lo lleven cuando la voz de Roy resuena en la estancia.

—Yo lo conozco.

Todos se giran para mirar al muchacho, boquiabiertos. Roy parece asustado tras el estruendo de los cristales rotos. Se produce un largo silencio.

—¿Tú conoces a este viejo? —pregunta Chucho acercándose a Roy.

—Sí. Me habló hace unos días en el parque. Me preguntó mi nombre y me dijo que yo era... —Roy piensa un momento—, sangre de su sangre.

Al escuchar esto, Chucho se da la vuelta y se acerca al viejo, lo coge por el pelo y le levanta la cabeza. Entonces lo reconoce. No parece tan poderoso como cuando molía a palos a Santos día tras día. Qué cosas.

50

Santos parece un tigre enjaulado. Camina de un lado a otro sin encontrar la manera de contactar con Chucho. Incluso ha pensado ir directamente a la hacienda de don Dimas, pero es una idea suicida. Fuma un cigarrillo tras otro sin perder de vista su teléfono móvil. De pronto el corazón le da un vuelco cuando escucha el timbre de la entrada. Al mirar por la ventana comprueba que es Pete, el vigilante de los apartamentos Pavillion. No es buen momento, Pete. Santos guarda la automática que tiene sobre la mesa de la cocina en un cajón, se mete el móvil en el bolsillo trasero de su vaquero, sale al porche y se acerca a la entrada.

—Buenas noches, Pete. ¿Puedo ayudarte en algo?

Pete es de esos hombres buenos que tienen cara de hombre bueno. Su permanente sonrisa discurre paralela a su prominente barriga. Camina siempre con aire alegre y despreocupado durante sus rondas por la urbanización. Sin embargo su rostro de mejillas rosadas está ahora tenso.

—Disculpa que te moleste a estas horas, pero es algo importante.

—¿Qué ocurre, Pete?

—Verás, tengo a un hombre en el coche. Está muy malherido, parece que le han dado una paliza a conciencia. No creo que salga de esta.

—¿Has llamado a una ambulancia?

—No. Me ha pedido que antes viniera a buscarte. Dice que es tu padre.

Santos tarda un rato en asimilar las palabras de Pete. Su padre. ¿Ahora? ¿Justo en el momento en el que Roy ha desaparecido? Pero eso no es todo lo que Pete tiene que contar.

—También me ha pedido que te diga que sabe dónde está el chico. No sé a qué chico se refiere. ¿Va todo bien, Santos?

Pero Santos ya no contesta a la última pregunta de Pete. Se dirige hasta la parte trasera del coche de la empresa de seguridad donde su padre está tumbado.

Pete no sabe qué hacer. Es evidente que ese viejo necesita una ambulancia. Aunque le vendría mejor un milagro, dado el estado en el que lo han dejado. Tiene la cara destrozada y a buen seguro varias costillas rotas. Sus ropas están manchadas de sangre y es imposible que haya llegado hasta allí por su propio pie. Probablemente lo hayan arrojado desde algún vehículo.

Santos abre la puerta trasera y observa a su padre, moribundo, al que le han destrozado la cara. Se mete dentro y apoya una rodilla en el asiento. El viejo abre los ojos y lo reconoce. Santos se siente mareado, le falta el aire. Su padre huele a alcohol, a sangre y a orina. Ambos saben que va a morir, ahora, en ese momento. El viejo intenta decir algo, pero es inútil, apenas puede respirar. Debe estar destrozado por dentro. Santos quisiera escuchar una disculpa de sus labios, la que sea, algo de arrepentimiento que hiciese que pudiera llorar su muerte y deshacer la costra con la que su corazón recubre la palabra *papá*. Ve lágrimas en los ojos de su padre, pero sabe que tal vez es tan solo que quiere verlas, que necesita verlas. Entonces la mirada del viejo se queda fija y su pecho deja de moverse. Exhala un suspiro que llena el vehículo de silencio y Santos baja la cabeza.

Al cabo de unos minutos, que a Pete se le hacen eternos, Santos sale del coche y se acerca con el rostro contraído. La mirada se le ha quedado vacía y cuando habla, su voz es como si viniera de muy lejos.

—Espera aquí un segundo, Pete —dice, cuando pasa junto a él sin detenerse, en dirección a su casa.

Pete se está poniendo nervioso. Ese hombre no saldrá de esta sin atención médica urgente. No le gusta este asunto. Con pasos cortos se asoma a la parte trasera de su vehículo y observa al viejo inmóvil en el asiento. No se atreve a tocarlo. Mira a la casa impaciente, camina intranquilo retorciéndose las manos.

Al cabo de unos segundos, Santos sale de nuevo y baja las escaleras. Pete se aproxima nervioso hasta él.

—Creo que debemos llamar a una ambulancia.

—No te molestes, Pete. Ya no la necesita.

Pete no sabe qué hacer. Santos no parece afligido por la muerte de ese hombre, más bien parece furioso.

—Escúchame, Pete —dice Santos mientras saca un fajo de billetes de su bolsillo—. Aquí tienes tres mil pavos. Lo único que tienes que hacer es llevártelo de aquí. Me da igual que lo dejes en un hospital o que lo abandones en el desierto. Eso es cosa tuya.

Pete observa el fajo de billetes. No le gusta el asunto, pero estaría bien llevar a su mujer y a los chicos de vacaciones a un sitio bonito, por una vez. Y si el viejo ya está muerto, tampoco importa demasiado lo que hagan con él. Mira a Santos a la cara en busca del valor que le falta para aceptar el encargo, pero lo único que ve son unos ojos fríos e inexpresivos que esperan su decisión. Extiende la mano despacio y se guarda el fajo en el bolsillo de su chaqueta reglamentaria con el escudo de la compañía, cuyo lema reza: *siempre a su lado*.

—En el hospital tendrás que responder unas cuantas preguntas. Yo optaría por el desierto, Pete. Y no hace falta que lo entierres. Sería un buen final que se lo comieran los buitres.

Santos se da media vuelta y entra de nuevo en casa. Mira una vez más la pantalla de su teléfono móvil mientras piensa en el rostro inerte de su padre. Lo guarda en el bolsillo trasero de su pantalón, apoya las dos manos sobre la mesa de la cocina y cierra los ojos. Se siente cansado, furioso, vacío. Vuelve a pensar en su madre, en el calvario que pasó en vida al lado de ese hombre que ahora yace sin vida en el asiento trasero del coche de Pete. Nunca imaginó que volvería a ver a su padre. Y mucho menos que lo vería morir ante sus ojos. Son tantas las veces que deseó su muerte, que ahora está bloqueado. No siente pena, pero tampoco se alegra. Cuando abre de nuevo los ojos, nota una lágrima caer desde su nariz y estrellarse contra la mesa de la cocina, formando un minúsculo charco oscuro. Siente algo que no sentía desde hacía mucho tiempo. Lo nota subir desde su estómago hacia su cerebro. Y cuando llega y estalla, todo se tiñe de rojo. Coge una de las sillas y golpea con ella sobre la mesa de la cocina, una y otra vez, hasta que las patas saltan por los aires y la habitación se llena de astillas y trozos de madera. Entonces, aún con el respaldo de la silla destrozada en la mano, escucha jadeante su teléfono móvil sonar. Y en la pantalla lee el nombre de quien llama. Chucho. Ya era hora,

cabrón.

51

La persiana del taller de Santos está levantada, pese a que son las cuatro de la mañana. Dentro está todo a oscuras, salvo por un rectángulo de luz procedente de las farolas de la calle que penetra unos metros en el taller por el hueco de la entrada. El borde superior de ese rectángulo ilumina la punta de las botas de Santos. Está sentado en su viejo taburete, esperando con una nueve milímetros Kurz sobre su muslo izquierdo. Puede que esta noche vengan a matarlo. No es un arma muy potente, pero a corta distancia te vuela la cabeza como cualquier otra. A la pistola le falta la cacha izquierda y tiene borrado el número de serie. Da lo mismo.

Saca un pellizco de tabaco de su petaca y lo deja sobre la palma de su mano izquierda. Extrae una hoja de papel de fumar y la posa boca abajo sobre el tabaco. Junta las palmas de las manos y las voltea para dejar el papel con el tabaco en su mano derecha. Lo coge y realiza suaves movimientos con sus pulgares y sus índices para enrollar el papel alrededor del tabaco. Cuando termina de liarlo, pasa su lengua a lo largo del cigarrillo. Extrae un mechero del bolsillo de su camisa vaquera y lo enciende. Da una honda calada y observa el humo atravesar el rectángulo de luz y elevarse hacia el techo del taller.

Se inclina hacia delante y se frota la nuca mientras mueve la cabeza en círculos para rebajar la tensión. Nota la espalda húmeda de sudor. Por la entrada se cuelean algunos sonidos procedentes de la calle, la voz inconexa de algún borracho en la lejanía, los gatos escarbando en los cubos de la basura, una pareja discutiendo.

Santos apoya los codos en sus rodillas y se pregunta si tardará mucho. Si vendrá Chucho solo o serán sus hombres los que aparezcan. Ya deberían estar

aquí, piensa. No importa, si hay algo que Santos sabe hacer es esperar. Es paciente como un pescador viejo y terco como una muía ciega. Una cucaracha sale de la oscuridad y atraviesa el rectángulo de luz por el lado izquierdo. Se detiene, mueve sus antenas inspeccionando el terreno y avanza hacia Santos en línea recta hasta toparse con su bota izquierda. Santos levanta la puntera y deja que pase por debajo de su suela. Está tentado de bajar el pie y escuchar el crujido del caparazón del insecto estallando contra sus propias tripas; sin embargo mantiene la punta de la bota levantada y deja que siga su camino. La ve llegar a la puerta y desaparecer por un lateral. De pronto, Santos agudiza el oído y escucha el sonido de un motor que avanza muy despacio, el suave rumor de los neumáticos deslizándose sobre el asfalto. Se detiene y entonces el motor se apaga. Una puerta de coche se abre y se cierra con sigilo. Unos pasos que hacen crujir la grava se aproximan por el lado derecho. Pasos que avanzan demasiado despacio. Se tensa como un cable y se prepara. Tira el cigarrillo al suelo, coge el arma y apunta. Los pasos se han detenido frente a la entrada y la sombra de una cabeza entra en el rectángulo de luz de su taller, avanzando muy despacio hacia él. Santos contiene la respiración.

—Hola, Santos.

Santos no dice nada. Simplemente espera. Está luchando contra el impulso de apretar el gatillo y ver salir la bala hacia el pecho de Chucho. Tiene que pensar en Roy para no tirar de su dedo índice hacia atrás y detonar el arma. Roy. Es lo único que importa ahora. Lo único. Lo demás vendrá después.

Chucho se ha quedado de pie, apenas a cuatro metros de las puntas iluminadas de las botas de Santos. Ninguno de los dos puede ver el rostro del otro. Pero ambos se pueden hacer una idea. Cualquier palabra inapropiada puede desencadenar una desgracia. Deben ir con mucho cuidado.

—Santos, solo quiero que hablemos. He venido solo.

—¿Dónde está Roy?

—Tranquilo, está bien. Nunca le haría daño al chico.

Al escuchar esto, Santos baja el arma y la deja sobre su muslo de nuevo.

—Se lo haces a su madre. Y me lo haces a mí.

—Lo sé, y créeme si te digo que lo lamento. Pero no había otro modo.

—Otro modo para conseguir qué. ¿Qué coño quieres, Chucho? ¿A qué viene toda esta mierda? Creí que éramos amigos.

—Santos, tú sabes tan bien como yo que los amigos no existen. Esto son solo negocios.

—No te lo volveré a repetir, Chucho. ¿Qué quieres?

—Deja que me acerque y me siente, al menos.

—Si te mueves un milímetro, te vuelo la cabeza.

Pasan algunos segundos sin que ninguno abra la boca. Santos empuja un cajón de cervezas de plástico con el pie, haciéndolo aparecer en el recuadro iluminado. El cajón se detiene a escasos centímetros de las botas de piel de serpiente de Chucho.

—Ahí tienes tu silla.

Chucho le da la vuelta al cajón y se sienta apoyando los brazos sobre sus rodillas. Al inclinarse hacia adelante deja al descubierto en su espalda el mango del cuchillo que sobresale de su funda en el cinturón.

—Voy a sacar los cigarrillos del bolsillo de mi camisa. No vayas a volarme los sesos.

—Adelante. Enciende uno y tírame el paquete —ordena Santos mientras deja el arma en el suelo junto al taburete.

Chucho enciende el cigarrillo y Santos puede ver su rostro durante una fracción de segundo iluminado por la llama del mechero. Arroja el paquete, que desaparece en la oscuridad, y al cabo de unos segundos es Chucho el que puede ver fugazmente el rostro de Santos cuando este enciende también un cigarrillo.

Las puntas de los cigarrillos se iluminan con cada calada y eso es todo lo que pueden ver ambos. De vez en cuando, una bocanada de humo atraviesa el rectángulo de luz.

—Habla —dice Santos.

—Don Dimas quiere saber qué pasó con ese bebé. Y yo también.

—¿A ti qué cojones te importa? No es asunto tuyo.

Chucho desliza la mano despacio a su espalda y abre el remache que sujeta el cuchillo a su funda. Lo único que puede ver Santos es la silueta de Chucho a contraluz.

—Te pregunté si habías sabido algo de Estela. Y me mentiste. ¿Por qué?

—Te repito que no es asunto tuyo, Chucho.

—Santos, sí es mi puto asunto. Porque don Dimas quiere que averigüe qué

fue de ese bebé. Y tú sabes lo que pasó.

Santos no dice nada. Está calibrando sus opciones. Su instinto le dice que se abalance sobre Chucho y descargue toda su furia sobre él, pero sabe que eso sería poner en peligro a su hijo. Decide esperar y averiguar qué hay realmente dentro de Chucho.

—Santos, Estela está muerta por tu culpa —continúa Chucho—. No habría ocurrido si me hubieras dicho que había ido a verte.

—Estela está muerta porque sois unos hijos de puta. No había razón para matarla.

—Tú sabes que sí la había, Santos. De hecho, pienso que solo nos adelantamos a lo que tú pensabas hacer. Será mejor que me hables de ese bebé. Sé que estaba en la casa cuando estuviste allí. Y cuando llegó su madre había desaparecido. Los bebés no se mueven solos, Santos. ¿Dónde está ese bebé?

Santos intuye que Chucho está haciendo preguntas de las cuales ya conoce la respuesta. Tal vez sea su forma de darle una oportunidad. Sabe que no tiene buenas cartas en esta mano, que mientras tengan a Roy no hay nada que pueda hacer. Y decide jugar la única carta que tiene. La verdad.

—Está bien, Chucho. Si quieres saberlo, ahí va. Roy es ese bebé.

Chucho no parece sorprendido. Tan solo un poco contrariado.

—Pero eso tú ya lo sabías —prosigue Santos—. ¿No es cierto?

—Lo imaginaba —dice Chucho—. Aunque esperaba que hubiera otra explicación. Sabía que Lupita no podía tener hijos. Lo sabía aún antes de que perdieras la cabeza por ella. Así que sabía que ese niño no podía ser de ella. Ni tuyo.

—¿Por qué no me lo dijiste entonces?

—¿Hubiera cambiado algo?

No hay respuesta para esa pregunta. Porque ambos saben que no, que nada habría cambiado en la decisión de Santos.

—¿Y bien? Supongo que ahora tienes que elegir de qué lado estás, Chucho.

—No es tan sencillo.

—Sí, Chucho. Es así de sencillo.

—No, no lo es. Don Dimas cree que ese hijo es suyo. Y eso lo cambia todo, Santos. No parará hasta dar con él. Ya sabes cómo es con todo ese rollo

de la sangre y la familia. Roy es su heredero. No tiene hijos varones, y es muy probable que esa estúpida de Estela se quedara embarazada de don Dimas con la esperanza de que eso le garantizaría un futuro a su lado.

—Roy es mi hijo. Y sabes que mataré a cualquiera que le ponga una mano encima.

—Santos, no sabes lo que dices. Estamos hablando de don Dimas. No me lo pongas difícil.

En ese momento, Chucho desliza su mano a la espalda y extrae muy lentamente el cuchillo de su funda. Tan solo necesita una fracción de segundo para lanzarlo hacia su objetivo. Únicamente puede ver la punta de las botas de Santos, pero con eso y con el extremo incandescente del cigarro le basta para acertarle en el pecho.

Chucho deja caer la colilla al suelo mientras su otra mano da la vuelta al cuchillo en su espalda, lo sujeta por el filo, inspira profundamente y tensa el brazo. Entonces se yergue de un salto, el cajón de plástico sale despedido hacia atrás y Santos busca instintivamente la automática que descansa junto a él en el suelo. Todo transcurre en unos pocos segundos. Justo en el momento en el que Chucho levanta su brazo derecho para lanzar el cuchillo, una sombra alta y desgarbada aparece y le golpea en el hombro con un tubo de hierro. Chucho se tambalea hacia su derecha sin entender qué ha ocurrido. Santos apenas tiene tiempo de empuñar la pistola cuando un destello metálico cruza el rectángulo de luz. Se escucha el sonido del tubo metálico rebotando contra el suelo. Steve se sujeta el pecho y cae de rodillas en el patio de tierra frente al taller, mira hacia abajo y lo único que ve es el mango del cuchillo de Chucho que tiene clavado justo en el corazón. Luego se desploma. Santos se queda en la oscuridad, apuntando hacia la puerta del taller, espera unos segundos antes de asomar la cabeza. Cuando lo hace, no hay ni rastro de Chucho. Entonces escucha unos pasos en la grava, el motor de un vehículo que se pone en marcha y el chirriar de unas ruedas.

Santos regresa junto a Steve y se arrodilla a su lado.

—Lo siento —balbucea Steve—, iba a lanzarte un cuchillo.

—Tranquilo Steve, no digas nada.

Pese a que lo mira y respira, Santos sabe que Steve ya está muerto. Chucho le ha acertado de pleno en el corazón. Ni siquiera se molesta en extraer el

cuchillo. Se limita a cogerle la mano y mirarlo a los ojos. La farola de la calle hace brillar el sudor en la frente de Steve, que tose sangre con un gorgoteo espeso mientras sus ojos se secan y sus facciones se quedan rígidas. Santos se fija en una pequeña serpiente plateada que Steve lleva colgada al cuello y mentalmente le desea que, allá donde vaya, encuentre su víbora de cola de araña. No puede evitar pensar en el tatuaje que Chucho lleva en la muñeca. Un alacrán.

Ahora ya están todas las cartas sobre la mesa. Chucho ha intentado matarlo, lo que significa que Roy ya debe estar con don Dimas. Su padre está muerto, probablemente debido a una paliza de los hombres de Chucho. Lo mismo que Estela, quien sin duda habló antes de morir. Ha visto a Steve abandonar este mundo mientras le apretaba la mano y los ojos se le quedaban fríos. Y todo gracias a Chucho, su amigo Chucho.

La situación es la peor de todas las posibles. Don Dimas está convencido de que Roy lleva su sangre, lo que significa que tiene un imperio a su servicio para protegerlo. Lupe sigue en casa de Megan, pero decirle la verdad solo la hundiría en un pozo de locura y desesperación. El mismo pozo que Santos debe evitar por todos los medios.

Cuando regresa del desierto, de enterrar a Steve, es ya casi de día. No ha dormido en toda la noche. Las ideas viajan a la velocidad de la luz por su cerebro. Unas son descabelladas, otras sencillamente suicidas. Su primer reto es controlar la ira que le quema el estómago como si hubiera tragado brasas ardientes. Esa ira no lo ayuda, lo desconcentra, lo debilita. Tiene que serenarse. Analizar la situación sin dejarse influir por las emociones, por jodida que sea esa situación. Don Dimas tiene un maldito ejército a su disposición. Más hombres de los que ha matado en toda su vida. Además, su ubicación en cada momento es uno de sus secretos mejor guardados.

Mientras está en la ducha restregándose el sudor, el polvo y la arena, concluye que si quiere encontrar a Roy, primero debe localizar a Chucho. Lo que ya no parece una empresa tan complicada. Buscar a un hombre y acabar con él. De hecho, hasta que apareció Roy, es a lo que se dedicaba. Y era bueno en eso, mejor que ninguno. Ahora la diferencia estriba en que Chucho sabe que

lo busca. Y es listo como una comadreja. Pero no tanto como él cree. Su error ha sido dejarle con vida. Si Chucho fuera inteligente, en ese mismo momento, por la puerta entraría una manada de sicarios como búfalos en una estampida y acabarían con Santos en cuestión de minutos. Santos debe moverse. Deprisa.

Entra en su habitación, baja del altillo un viejo macuto militar y lo llena con algo de ropa, su pequeña tienda de campaña, el botiquín, el hornillo y el juego de cocina de acampada, una automática, varios cuchillos, un fajo de billetes que saca de un tablón suelto del suelo del dormitorio junto con varios pasaportes; todos llevan su foto. Se enfunda un vaquero viejo, se calza sus botas de montaña y se pone una camiseta negra. Coge su gorra de visera y sale a la cocina. Sabe que tiene que hacer una llamada antes de ponerse en marcha. Observa los restos de la silla destrozada esparcida por la cocina y se queda un rato pensativo. Añicos. En eso parece estar convirtiéndose su vida. Marca el número de Lupe. Hay ansiedad y angustia en su voz cuando contesta.

—¡Santos! —parece querer decir algo, pero la voz se le ahoga en un silencio difícil de soportar.

—Lupe, escúchame. Roy está bien. Está con Chucho.

Santos puede escuchar las lágrimas al otro lado del teléfono.

—¿Por qué, Santos? ¿Qué nos está pasando?

Ese “nos” es un yunque que cae sobre la espalda de Santos, que lo engloba todo, que los atañe a él, a Lupe y a Roy; que confirma que lo que suceda, les sucederá a los tres, que son una única cosa, para lo bueno y para lo malo.

—No lo sé, Lupe. Aún no lo sé —miente Santos—. De momento tienes que quedarte con Megan, no puedes volver a casa ni a la cabaña.

—Santos, aquí me ahogo —lo interrumpe ella—, déjame ir contigo. Por favor.

—No, Lupe. Confía en mí. Sé que te pido mucho, pero no puede ser de otra manera. Tienes que confiar en mí, Lupe.

Confiar en Santos, como siempre, una vez más.

—Santos, tengo miedo.

—Déjame arreglar esto, mexicanita. Déjame encontrar a Chucho y arreglarlo todo. Confía en mí. Roy está bien.

Las lágrimas de Lupe vuelven a viajar hasta Santos a través del auricular.

—Santos, trae a Roy, por favor. —La voz de Lupe es un susurro apenas

audible.

—Lo traeré, Lupita. Confía en mí. No dejaré que nada malo le pase. Te llamaré en cuanto sepa algo.

—Gracias, Santos.

Santos cuelga el auricular y ese agradecimiento de Lupe se le atasca en la garganta con un nudo que le cuesta unos segundos deshacer. La ira se le agolpa de nuevo en las sienes y tiene que hacer un esfuerzo por volver a respirar con calma y pensar con claridad.

Roy no ha visto una piscina tan grande en toda su vida. El fondo es un mosaico azul en el que hay dibujados varios delfines y algunas estrellas marinas. En uno de los extremos un tobogán desemboca en el agua. Le han dejado un bañador, nada menos que de su héroe Bob Esponja. Al principio se ha sentido un poco intimidado por ese lugar enorme y extraño. Parece una selva en mitad del desierto. Le han impresionado las cuadras con los caballos y el garaje repleto de coches deportivos. Alrededor de la gigantesca piscina, palmeras y otros árboles enormes proporcionan una sombra fresca y agradable. Le gusta notar el césped húmedo bajo las plantas de sus pies desnudos. Nunca había visto un aspersor automático, y no ha podido resistir la tentación de pasar corriendo a través de esas cortinas de agua a presión que parece surgir del mismo suelo. Sus tres nuevas amigas ríen divertidas al contemplar a Roy atravesar los aspersores entre gritos de alegría. Rosa, María Elena y Jocelyn son hermanas y herederas de todo lo que Roy puede ver en kilómetros a la redonda. Aunque ni él ni ellas son conscientes de lo que eso significa. Ahora las tres se disputan su atención en la piscina. Rosa, la mayor, es ya casi una mujer; al menos sus pechos así lo proclaman. Reina de la belleza en varios de los pueblos circundantes, más por el terror que su padre infunde en los lugareños que por sus virtudes estéticas. María Elena le recuerda un poco a su madre, el cabello negro peinado en una larga trenza, la mirada profunda y la risa sincera. Jocelyn es la menor y más consentida de las tres, caprichosa y con un genio del demonio.

A Roy le han puesto unos manguitos hinchables, ya que no sabe aún nadar muy bien y la piscina es muy profunda. Juegan en sus colchonetas como si fueran autos de choque, intentando derribarse en el agua. Roy se agarra a su

colchoneta cuando alguna intenta descabalarlo y grita para que las otras vengan a protegerlo. Se lo están pasando en grande. A Roy aquello le parece el paraíso. Chucho le ha dicho que sus padres le han pedido que pase unos días con él antes de llevarlo a la cabaña. Para Roy es un premio, a fin de cuentas es su tío Chucho y se está divirtiendo de lo lindo. Aunque no entiende muy bien por qué hay hombres con traje y gafas oscuras diseminados por toda la finca. No parecen hacer nada, simplemente observan con sus brazos extendidos y sus manos cruzadas por delante.

54

Sobre el capó de un viejo Chrysler medio desguazado, varios jóvenes contemplan una fotografía de Santos. Su cabeza acaba de ser tasada en veinte mil dólares. Una fortuna para esa jauría de muchachos de mirada vidriosa, con pinta de tener poco que perder y mucho que ganar.

—Fíjense bien, muchachos. Este es el hombre que vale quince mil dólares.

Quien habla es Elvis. Ataviado con sus mejores galas. Pañuelo anudado en la cabeza, vaqueros desgastados de cuyo bolsillo delantero cuelga un tramo de cadena, camisa negra abrochada únicamente por el botón del cuello, mangas cortadas con tijeras que dejan a la vista los tatuajes y las cicatrices de sus brazos delgados como alambres, gafas oscuras y zapatillas deportivas.

Junto a él están Ángel y Cejota, también vestidos de la misma manera. Otros cuatro jóvenes observan la fotografía de Santos. Todos llevan el pelo rapado y lucen tatuajes con motivos siniestros: calaveras, dagas, rosas ensangrentadas...

—Pues no parece gran cosa, la verdad —alardea uno de ellos mientras los otros ríen divertidos el comentario.

—No sean estúpidos —les reprende Elvis—, este hombre les arrancaría el

corazón antes de que hubiesen tenido tiempo de levantar una ceja. No va a ser fácil, así que no me sean pendejos y presten atención. Haremos rondas por parejas, si alguno lo localiza, no hace nada. ¿Entendido? Nada. Me avisan por el celular y lo siguen hasta que yo llegue. ¿Estamos? No quiero que nadie se haga el héroe. Si alguno se pasa de listo, yo mismo me encargaré de darle su merecido. No bromeo. Este asunto puede abrirnos muchas puertas, pero también puede cerrarlas todas si la cagamos, así que si quieren llegar a algo en la organización, más les vale hacer lo que les digo. Todos responden ante mí, ¿sí? —Elvis mira uno a uno a los demás muchachos, que asienten con la cabeza—. Si no me localizan, acudan a Ángel o a Cejota. Ellos les dirán cómo hacer.

Elvis se juega mucho con el asunto de Santos. Es su oportunidad, su gran oportunidad. Chucho le ha prometido llevarlo con él a Quintana Roo si todo sale bien. Allí será su mano derecha, su hombre de confianza, su lugarteniente. Le sobra odio para conseguirlo, está seguro de eso. Mató a su primer hombre cuando apenas tenía doce años. Y desde entonces se ha ganado una reputación que hace honor a su locura. No conoce el miedo, porque no conoce los sentimientos. Sus emociones transitan entre el odio y la indiferencia. Un psicólogo forense le dijo una vez que era un psicópata. Elvis no supo lo que eso significaba, pero le gustó la palabra. Sonaba bien.

Santos se mueve de un lugar a otro constantemente. Procura no estar demasiado tiempo en el mismo sitio. Sabe que lo están buscando, y tiene que encontrar a Chucho lo antes posible. Y solo hay una manera segura de hacerlo: Alexia. La mayoría de las noches las pasa en el desierto, en su tienda de campaña. Enfundado en su saco de dormir, atento a cualquier ruido extraño. Pensó que ya nunca volvería a vivir de esa manera, pero se equivocaba. Duerme poco y mal. Roy y Lupe aparecen constantemente en sus sueños para desvelarlo. Y cuando no aparecen, lo hace su padre, mirándole con esos ojos enrojecidos un instante antes de morir. Hay veces en las que ninguno viene a visitarlo, y entonces es su perro Roy el que aparece en su tienda, le lame la cara y lo deja empapado en un sudor frío.

De vez en cuando alquila una habitación en algún motel de carretera para darse una ducha. Después de unas cuantas llamadas, ha localizado a su objetivo. Alexia Vargas, la novia de Chucho. Él mismo se lo dijo, acuérdate de ella, Santos. Alexia vive con otras tres chicas. Todas tienen aspecto de modelos. Santos ha estado vigilando la casa, pero no es el único. Chucho no es tonto, y le ha puesto protección. Así que Santos vigila a los guardaespaldas de Alexia. Son cuatro mejicanos que se turnan en parejas y en rondas de varias horas. Suele ocurrir con los guardaespaldas, se concentran en proteger a una persona, pero se olvidan de protegerse ellos mismo. A Santos le resulta fácil degollar al primero de ellos mientras duerme en su casa. Pan comido. Es un mensaje para Chucho, está cerca de Alexia y va en serio. Y Chucho se preocupa. Redobla la protección de Alexia y advierte a sus hombres que tengan cuidado, que ellos también son el objetivo. Pero es una advertencia inútil. Mueren tres guardaespaldas más, también degollados. Los tres en una

noche.

Santos sale de la tienda de la gasolinera del bulevar Lomas con un vaso de cartón en la mano y se cruza con dos jóvenes que entran en ese momento. Tiene la costumbre de mirar a los ojos a la gente con la que se cruza, y sabe detectar cuándo una pupila se dilata sin motivo aparente. Las de esos dos mejicanos con pinta de pandilleros se han dilatado como si se hubiera hecho de noche de repente. Y Santos se pone en guardia. Sabe que Chucho lo debe estar buscando como loco. Y esos dos creen haberlo encontrado. Son apenas unos críos y Santos es un perro viejo al que han apaleado mil veces. Los jóvenes no tardan ni cinco segundos en salir del local para ir tras él. Santos deja el café sobre el techo de su camioneta mientras los observa reflejados en el cristal. No saben qué hacer, se han quedado parados, dudando si correr hacia su vehículo o esperar. Santos coge el café y camina por el bulevar en dirección este. Puede verlos a unos cincuenta metros por detrás de él. Están nerviosos. Intentan desplazarse despacio, pero sus corazones están desbocados. Y se les nota.

—¡Apúrese, Muñeco! —dice Largo—, llame a Elvis, ándele.

Largo es un muchacho alto, delgado y con la piel oscura, casi negra. Lleva el pelo rasurado y en sus brazos hay cicatrices como para una lección de anatomía forense.

—Todavía no, Largo —contesta Muñeco—. Es nuestra gran oportunidad. Si nos encargamos nosotros seguro que nos ascienden rápido. ¡Piénselo! Podríamos trabajar para el mismísimo Chucho. ¿No lo ve, pendejo? En cuanto le meta la pipa en la nuca, lo tenemos. Es un mierda de tío, y nosotros somos dos.

Largo tiene miedo. Porque tiene sentido común. Muñeco no tiene ni lo uno ni lo otro, pero parece llevar la voz cantante y sus ojos brillan con una luz peligrosa. Suele suceder que el miedo es una respuesta prudente, pero también un síntoma de debilidad. Así que Largo decide no hacer esa llamada y jugar a ser un héroe con su compadre Muñeco.

Santos continúa caminando con el café en la mano, atento a cualquier movimiento a su espalda. Tiene que actuar deprisa. Tira el vaso de café en una papelería y entra en el Mc Donald's. El local está casi vacío a esas horas. Un par de empleados uniformados pasan el paño a las mesas. Santos puede ver que los dos muchachos que lo siguen se han quedado fuera vigilando. Pide una

hamburguesa doble con queso en el mostrador y mientras se la sirven va al cuarto de baño. A esperar.

Cinco minutos después, Elvis recibe una llamada en su teléfono móvil.

-¿Sí?

—Elvis, soy Largo. Lo tenemos. Está en el Mc Donald's del bulevar Lomas.

Largo suda copiosamente, le tiemblan las piernas y se ha orinado encima. Su voz es apenas un susurro.

—Buen trabajo, mis locos —responde Elvis excitado—. No se muevan de ahí. No lo pierdan de vista ni un segundo. Ya llegamos.

Santos, situado a su espalda, sostiene el auricular en la oreja de Largo mientras con la otra mano apoya el filo del cuchillo en su garganta. A sus pies yace degollado Muñeco, con los ojos muy abiertos en mitad de un charco de sangre oscura. Cuando Santos cuelgue la llamada, Largo está seguro de que va a morir. Cierra los ojos. Bip.

Diez minutos más tarde, Elvis, Ángel y Cejota entran en el establecimiento. No ven a Muñeco ni a Largo por ningún lado. A Elvis no le gusta un pelo que sus hombres hayan desaparecido. Se separan para echar un vistazo por el recinto. Nada. Elvis se acerca al mostrador y pregunta a la dependienta si ha visto a un par de amigos suyos en el local. La chica, sin mirarlo siquiera, le indica que entraron en el baño hace unos minutos. Tampoco le pregunta si quieren tomar algo. Intuye que no. Elvis hace un gesto con la cabeza a Ángel y Cejota para que se acerquen. Envía a Ángel a vigilar la puerta de entrada y se dirige con Cejota a los lavabos. Al llegar a la puerta, sacan sus armas automáticas y se preparan para entrar. Elvis da una única instrucción.

—A matar.

Elvis empuja la puerta muy despacio. No se ve a nadie dentro. Los dos entran apuntando con sus pistolas. La larga hilera de urinarios blancos está vacía. Frente a ella, varias puertas cerradas que dejan ver un palmo por debajo. En la última de ellas, un líquido oscuro se desplaza lentamente sobre las baldosas blancas, como si tuviera vida propia. Cejota tiene miedo. No es eso lo que esperaban. Mira a Elvis y levanta las cejas, como preguntando qué hacer. Este le indica por señas que va a golpear la primera puerta con el pie y él debe apuntar a cualquier cosa que haya en su interior. Cejota asiente y se

prepara. Se sitúa a la espalda de Elvis y le hace un gesto para que golpee la puerta. Elvis lanza una patada contra la puerta y se aparta para que Cejota acribille su interior. Pero no hace falta. Está vacía. Repiten el procedimiento con otras cuatro puertas. Idéntico resultado. Tan solo queda la última puerta. Ninguno de los dos tiene ninguna duda de que lo que asoma por debajo es un charco de sangre. Incluso pueden olería. Se aproximan a la puerta y Elvis se asoma por debajo. Puede ver que hay alguien tendido en el suelo. A lo mejor han tenido suerte y Largo y Muñeco han acabado con Santos. Empuja la puerta, que tropieza con una pierna que impide que se abra del todo. Cuando asoma la cabeza, lo único que ve son los ojos sin vida de sus dos amigos que le dicen que no, que no han tenido suerte. Siente ganas de vomitar, pero se traga la bilis y lanza una maldición.

—¡Putra madre!

—¿Son ellos? —pregunta Cejota.

Elvis lo mira con ojos fríos y resueltos.

—Vámonos de aquí. Apúrese.

Atraviesan el local sin mirar a la dependienta, salen al exterior y buscan a Ángel a derecha e izquierda. No aparece por ningún lado.

—¿Dónde se metió ahora este pendejo? —grita Elvis, parado frente a la entrada—. Llámeme a su teléfono —ordena a Cejota mientras ambos caminan hacia el aparcamiento.

Cejota marca el número de Ángel y ambos esperan junto al todoterreno. Cuando un teléfono suena en el interior del maletero se miran sin comprender.

—Este pinche se dejó el teléfono en la cajuela —dice Cejota.

Elvis pulsa el botón del mando a distancia y Cejota abre el maletero. Cuando levanta el portón da un salto hacia atrás y se gira con una mueca de asco.

—¿Qué pasó? —pregunta Elvis acercándose.

Cuando mira en el interior, entiende la mueca de asco de Cejota. Ángel está tendido dentro con la garganta rebanada de lado a lado. La sangre todavía no ha dejado de salir por su tráquea y forma pequeñas burbujas rojizas. Los ojos de Ángel lo miran sin ver, fijos en la nada. Elvis cierra el maletero con violencia.

—¡Voy a joder a ese pendejo cabrón! ¡Voy a joder a su madre, a sus

hermanas, a su mujer y a sus hijos! —grita mientras abre la puerta del conductor.

Cejota sube también al vehículo y de pronto siente miedo. Piensa que el objetivo quizás les viene grande. Esto no tenía que estar pasando. Es un solo hombre, ni siquiera lo han visto y ya ha matado a tres de ellos.

Elvis arranca el todoterreno, engrana la marcha atrás y acelera, pero algo impide que se muevan, como si el vehículo estuviera frenado. Cejota baja el cristal tintado de la ventanilla y asoma medio cuerpo. Mira hacia la rueda trasera y ve que hay una piedra que la está bloqueando.

—Es solo una piedra. Dele fuerte y la pasamos por encima. Dele —dice Cejota sin dejar de mirar a la piedra.

El vehículo no se mueve. Elvis ni siquiera acelera.

—¡Pero písele! —repite Cejota golpeando el lateral del todoterreno con la mano abierta.

El vehículo sigue sin emitir ningún rugido. Tan solo se escucha el motor al ralentí. Cuando Cejota se gira para indicarle a Elvis que acelere, las palabras se le congelan en la boca. Elvis está mirando hacia el techo con la garganta seccionada y un chorro de sangre le cae por el pecho. El parabrisas está salpicado de pequeñas gotas rojas, por todas partes. Elvis emite un gorjeo sordo como si intentara coger aire; el pecho se le mueve con espasmos. Cejota lo mira sin comprender muy bien qué está pasando, es como si el tiempo se hubiera detenido. Su cerebro le grita que salga de ahí corriendo, que abra la puerta y no mire hacia atrás. Pero no puede moverse. Acaba de notar una respiración en su oreja. Percibe el aire cálido rozando su cuello. No se atreve a mover un músculo; una gota de sudor le resbala por la sien hasta la mejilla. De reojo puede ver una sombra junto a su rostro. Una sombra que acaba de degollar a cuatro de sus compañeros. Apenas han pasado unos pocos segundos, pero a Cejota le parece que lleva horas sentado en ese vehículo, incapaz de reaccionar. Cuando una mano le sujeta por la frente, ni siquiera se resiste, contrae todo su cuerpo y se orina encima. Lo último que ve son los ojos de Santos reflejados en un pequeño espejo del parasol del coche.

56

Chucho está recostado en la cama, desnudo. Tiene las manos atadas al cabecero de madera y lleva los ojos vendados con un pañuelo negro. La habitación del hotel está salpicada de ramos de flores blancas y velas encendidas. Las cortinas ondean mecidas por una suave brisa. Sobre una de las mesillas de noche hay una botella de tequila y dos pequeños vasos, un paquete de tabaco, una bolsa de plástico transparente que contiene marihuana, papel de fumar, un mechero y un cenicero de cristal en el que descansa un cigarrillo perfectamente liado. En la otra hay un cuchillo de filo reluciente y varias rayas de cocaína listas para ser esnifadas.

Alexia sale del cuarto de baño. Lleva unas bragas de encaje blancas y zapatos de tacón del mismo color. No lleva sujetador y sus pechos casi perfectos están aún salpicados por algunas gotas de agua. Tiene un cuerpo de locura, de los que provocan también las miradas de otras mujeres.

Chucho escucha los tacones aproximarse sobre la tarima de madera del suelo. Nota cómo Alexia deja caer su melena sobre su pubis y contrae involuntariamente el abdomen. Ella se aparta y rodea la cama para aproximarse a la mesilla y encender el canuto de marihuana que descansa en el cenicero. Da una honda calada y mira el cuerpo desnudo de Chucho. Tiene un buen cuerpo, delgado y fibroso. Las patas del alacrán que lleva tatuado en la muñeca sobresalen bajo las ataduras. Alexia aspira una segunda calada, se apoya en la cama sin soltar el humo y pasa su lengua por los labios de Chucho, que abre la boca, esperando. Ella posa sus labios en los de él y exhala el humo en su boca. Luego recorre su pecho hacia abajo con su lengua, se detiene en el ombligo, roza su pubis y se mete la polla de Chucho en la boca. No hace nada, simplemente espera. Le encanta notar cómo se hincha. Cuando nota su

miembro duro, ella se retira y vuelve a fumar. Chucho masculla algo a la vez que gime de placer. Alexia se sube a la cama, se pone de espaldas a la pared y sitúa una pierna a cada lado del cuerpo de Chucho. Luego le pisa el pecho con uno de los tacones, primero con suavidad y a continuación apretando más fuerte hasta que deja un punto blanco como señal en la piel. Con una agilidad propia de una gimnasta, se inclina hacia delante y se agacha para dejar su sexo a escasos centímetros de la nariz de Chucho. Este percibe el aroma de ella y trata de acercar su cabeza para lamerlo, pero Alexia se aparta a tiempo.

El juego continúa así durante un buen rato. Alexia lo roza, lo lame, lo incita para luego apartarse sin permitir que él la toque. Chucho da tirones en sus ataduras y trata de tocarla, de olerla, de besarla. De vez en cuando ella le permite dar un trago de tequila, otras lo vierte sobre su pecho y es ella quien lo lame. La marihuana es potente y el canuto hace su efecto. Chucho se excita cada vez más. Ella le deja esnifar una raya de cocaína sobre sus pechos. Se masturba sentada sobre su vientre para que él la escuche gemir sin poder hacer otra cosa que imaginarla. Cuando está a punto de correrse, le quita la venda de los ojos para que él vea ese momento. Chucho tira de sus correas sin poder soltarse. Es inútil suplicar. Eso sucederá solo cuando ella quiera, pero sabe que cuando lo haga, tendrá que estar dispuesta para lidiar con un toro enloquecido. Alexia introduce su dedo índice en su sexo húmedo y luego lo impregna de cocaína, se lo restriega por las encías y se vuelve a meter la polla de Chucho en la boca. El estómago de Chucho se contrae al ritmo de su agitada respiración. Alexia se incorpora, tiene la mirada vidriosa, coge el cuchillo y lame la hoja despacio. Los ojos de Chucho parece que van a salirse de sus órbitas. Ella lo mira y sonríe. Ha llegado el momento. Corta de un tajo las ataduras de Chucho y tira el cuchillo al suelo. Él la coge por el pelo y abusa de ese cuerpo perfecto como si le perteneciera, por todos sus rincones, entrando en todos sus orificios, obligándola a tragarse todos sus fluidos, en una mezcla de dolor y placer que Alexia parece desear. Bordean constantemente la fina línea que separa lo deseado de lo deseable, se humillan, se muerden, se rebajan a lo más primario del sexo, al puro deseo, al simple instinto de poseer y ser poseída. Durante esos momentos él experimenta una sensación de poder única, próxima a la inmortalidad. Curiosamente, Alexia experimenta lo mismo por el simple hecho de ser capaz de provocar eso en un

hombre como Chucho.

Cuando terminan están exhaustos, incapaces de decir nada hasta que sus corazones vuelven a latir a un ritmo normal y la realidad desciende como la niebla en el estrecho valle de sus vidas. Chucho estira uno de sus brazos y coge el paquete de tabaco y el mechero. Enciende un cigarrillo y da una profunda calada.

—¿Se vendría conmigo a Quintana Roo? —pregunta sin dejar de mirar el techo.

—¿Vacaciones en el caribe? Por qué no.

—No, Alex, estoy pensando en establecerme allá.

—¿Y volver a vivir en México? No, gracias. Si regreso a México será con dinero.

Chucho se queda un rato pensativo.

—Yo tengo dinero, Alex.

—No se ofenda, mi amor. Usted tiene dinero, pero no es rico. Ni siquiera es su propio dueño. Siempre a las órdenes de su majestad. No puedo verlo siempre que quiero. Hace un momento, acá, en la cama, sí era su propio dueño. Ese es el Chucho que yo quiero.

—En Quintana Roo sería mi propio dueño.

—Ay, Chucho, no se me engañe. Usted sería el dueño de una parcelita, un pedacito lleno de turistas y niñitos europeos que vienen a mamarse barato cuando acaban la universidad. Yo hablo de ser dueño de uno mismo, de tenerlo todo. Todo lo que uno pueda soñar. Cuando pueda darme eso, avíseme y me iré con usted al fin del mundo.

Alexia se levanta y se dirige al cuarto de baño. Chucho observa ese culo que le vuelve loco, pero no dice nada, sigue el humo de su cigarrillo con la mirada. Sabe que ella tiene razón.

Santos está tendido sobre el saco de dormir en el interior de su tienda de campaña, pero nota como si le faltara el aire. Extiende el saco fuera y se sienta a liar un cigarrillo. Tras encenderlo, se tumba de medio lado. El sol se acaba de poner mientras algunas estrellas ya son visibles. Mira hacia arriba; se siente pequeño, insignificante. No sabe a dónde le conducirá esta situación. Está en un callejón sin salida. Ha entrado en una espiral de violencia que puede no tener fin. Matar gente indefinidamente no es una opción lógica. Por cada hombre que elimine, Chucho enviará cinco más. Aun en el caso de conseguir capturar a Alexia, sabe que nunca la mataría. Y aunque lo hiciera, su vida no vale nada comparada con la de Roy. Chucho también lo sabe. Lo único que se le ocurre son ideas descabelladas. Como cada noche, llama a Lupe. Como cada noche, odia hacerlo. Pero sabe que ella necesita esa llamada que le diga que Roy está bien, que lo tiene todo controlado. Que todo va a salir bien. Como si la historia de la humanidad no fuera prueba suficiente de que ni siquiera Dios puede garantizar que algo vaya a salir bien. Debería comer algo, pero no tiene ganas. Se alimenta casi exclusivamente de café y nicotina.

Y entonces sucede algo que lo cambia todo. La pantalla de su teléfono se ilumina anunciando una llamada entrante. Chucho. Santos trata de controlarse y lo deja sonar un par de veces antes de contestar. Cuando aprieta el botón, no dice nada, simplemente espera.

—Santos, te estás equivocando.

Santos no habla. Sabe que Chucho no llama para escuchar nada. Quiere transmitirle un mensaje.

—Santos, por mucha gente que mates, por mucho que vigiles a Alexia, no vas a recuperar a Roy. Y ya que estamos, si le pones una mano encima a ella,

no lo volverás a ver nunca. ¿Entiendes?

Santos está harto de todo, harto de matar gente, harto de recibir golpes, de intentar alejarse de todo lo malo de este mundo, harto de pelear para que lo dejen en paz.

—Chucho, estoy tan cansado que empiezo a plantearme la posibilidad de hacer un trato con la DEA. Y que os jodan, a ti y a don Dimas. Que os jodan pero bien, para el resto de vuestras putas vidas.

Nada más escuchar esto, se hace un silencio incómodo. Chucho sabe que la oficina antidroga americana se frotaría las manos con la cantidad de información que Santos podría proporcionarles.

—Santos, hablemos. Podemos llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? ¿Con alguien que acaba de poner precio a mi cabeza?

—Santos, sabes que eso no es cosa mía. No soy yo quien da las órdenes.

—Tú solo las cumples.

—Eso es.

—¿Y cual es la orden ahora?

—Sigue siendo la misma. Joder, tú sabes cómo funciona esto, si no cumplo la orden soy yo al que encontrarán en el desierto.

Santos sabe que Chucho tiene razón. Que así es como funcionan las cosas en ese mundo. Y en cualquier mundo, maldita sea. Y también sabe que todos acabarán en un desierto, de arena o de cemento, da igual.

—Santos —continúa Chucho— déjame arreglarlo. Necesito que nos veamos. Hay una forma de que los dos salgamos de esto, de que recuperes a Roy y yo no acabe en el desierto. Pero necesito que confíes en mí.

Santos está a punto de mandar a Chucho a la mierda, cuando este le interrumpe.

—Espera un momento, Santos, tengo aquí a alguien que quiere hablar contigo. Igual te convence.

Y entonces escucha la única voz capaz de convencerlo.

—¡Hola! ¡Soy yo, Roy!

A Santos se le convierte la saliva en arena. Cierra los ojos mientras escucha a su hijo hablarle de lo bien que lo está pasando, de sus nuevas amigas, de la piscina, de los caballos, de los coches, de los aspersores. Le describe, desde la perspectiva de sus cinco años, ese paraíso que Santos

conoce, la hacienda de don Dimas. Dos lágrimas recorren las mejillas de Santos como cuchillas cuando escucha a su hijo decirle que lo echa de menos, que tiene muchas ganas de verlo, a él y a Lupe, a su madre.

—Chucho dice que vas a venir a verme pronto, ¿es verdad?

Santos se seca las mejillas con la palma de su mano.

—Sí, Roy, es verdad.

—¡Guay! Tengo que irme a cenar. Adiós.

—¡Espera, Roy! —grita Santos, pero el chico ya le ha devuelto el teléfono a Chucho y ha salido corriendo.

La voz de Roy le ha sonado alegre, ajena a todo lo que está sucediendo. Su mundo sigue siendo el mismo, el mundo de un niño feliz de cinco años. Todo lo contrario que el de Santos. La despedida de su hijo le deja un vacío en el pecho como no había sentido nunca.

—Santos, ¿sigues ahí?—pregunta Chucho.

—Sigo aquí —contesta Santos sin ninguna emoción, como si su cuerpo se hubiera rendido de repente.

—Escúchame bien, Santos. Hay una manera de hacerlo. Don Dimas me prometió una plaza en Quintana Roo si me deshacía de ti. Pero he estado pensando. Se puede meter su plaza de Quintana Roo por el culo. ¡Merezco mucho más que eso! Puto cabrón. Ya me conoces, Santos, siempre lo he querido todo. Y ha llegado el momento de tenerlo todo. Dame tan solo unos días y las cosas habrán cambiado. Mucho. Solo necesito que desaparezcas por un tiempo. Que don Dimas crea que estás muerto. Agarra a Lupe y marchaos a la cabaña. Cuando vuelva a ponerme en contacto contigo, don Dimas será historia. Entonces tendrás a Roy, para ti.

Santos no dice nada, piensa que en realidad no tiene muchas más opciones que aceptar las condiciones de Chucho. El hombre que ha intentado matarlo. Así son las cosas a veces.

58

Santos ha dejado a Lupe con Megan, es más seguro. No se fía de Chucho, en realidad ni siquiera puede estar seguro de que no intenten eliminarlo de nuevo. Ahora solo puede esperar esa llamada. Pero odia esa espera. Sube a la cabaña y trata de no volverse loco. Santos y Lupe se ahogan más y más con cada hora que pasa. Obligados a confiar en un hombre que ha intentado destruir todo aquello que les importa, apenas hablan entre ellos. Santos no está acostumbrado a dejar que sean otros los que dicten las normas de su vida, pero sabe que lo contrario pondría en peligro a Roy.

El tiempo pasa despacio cuando lo único que importa es que suene el teléfono y se acabe la pesadilla. Lupe limpia obsesivamente en casa de Megan, hasta el más mínimo rincón. Lava manteles que no necesitan ser lavados, ordena cosas que ya están en su sitio, lucha contra el tiempo como puede. Randy, el hijo de Megan, es un recordatorio permanente de la ausencia de Roy. Santos, por su parte, corta más leña de la que podrá gastar en todo el invierno, arregla postes de la valla, sale a cazar de madrugada y dispara a blancos inmóviles, piedras, troncos, latas, cualquier cosa con la que se cruza. Han pasado ya dos días y siguen sin noticias de Chucho. Las noches son especialmente duras. Lupe se despierta a intervalos, sobresaltada, bañada en un sudor frío. Echa de menos a Santos, su abrazo, sus palabras susurradas al oído para ahuyentar el silencio hasta que se quede de nuevo dormida. Santos tampoco duerme. No consigue que cesen las voces en su cabeza. Roy se cuela en todos y cada uno de sus pensamientos. No importa cuánto intente alejar a su hijo de su mente, vuelve una y otra vez a visitarlo. A veces las voces resuenan tan fuertes en el silencio de la noche, que tiene que levantarse y moverse, hacer ruido, liarse un cigarrillo, preparar un café, darse una ducha, salir a

sentarse en el porche, lo que sea. Como ahora. Mira el resplandor que se cuela por la ventana de la cocina y sabe que no falta mucho para que amanezca. Se viste con un viejo pantalón color caqui, una camisa verde y sus botas de montaña. Coge la escopeta, una canana con algunos cartuchos y una chaqueta ligera de camuflaje y sale a dar una vuelta por el bosque. El cielo está cubierto de nubes oscuras que amenazan lluvia. A los pocos pasos, una liebre se detiene a escasos metros y se planta sobre sus patas traseras con las orejas alerta. Santos se echa la culata de la escopeta al hombro y apunta instintivamente. Durante unos pocos segundos su dedo índice acaricia el metal del gatillo mientras su ojo encara la liebre entre los dos cañones. Luego retira el dedo y baja el arma. La liebre lo descubre y se interna en el bosque con dos grandes saltos. Camina sin rumbo con la escopeta al hombro durante un buen rato. Se detiene varias veces a fumar y a beber agua de algún arroyo. Una fina lluvia empieza a caer cuando le parece escuchar el rumor de un vehículo a lo lejos. También podría ser un trueno. No es raro encontrarse a otros cazadores o algún excursionista por las inmediaciones, sin embargo decide volver a la cabaña. Sin darse cuenta camina más rápido de lo normal. La lluvia arrecia ahora empapando su chaqueta y los pantalones. Las copas de los árboles apenas lo protegen de la cortina de agua que cae con un estruendo.

Pero nada puede protegerlo de lo que observa cuando encara el camino de entrada a la cabaña. Hay un cuerpo tendido boca abajo al pie de los escalones del porche, con la cara medio hundida en un charco rosado. Santos se queda quieto a unos cuantos metros de ese cadáver que lleva el camión de Lupe, que tiene una trenza negra como Lupe y la piel oscura como Lupe. Y al que le falta media cabeza. Se la han arrancado de un disparo. Camina muy lentamente, consciente de que el tiempo ya no importa, porque Lupe está muerta. Cuando llega junto al cuerpo, se deja caer de rodillas y con mano temblorosa le da la vuelta. Le falta un ojo y parte de la sien derecha. El aguacero cae ahora con un rumor salvaje, miles de gotas como proyectiles salpican alrededor del cuerpo sin vida de Lupe. El diluvio es ensordecedor. Santos apoya las manos en sus muslos, cierra los ojos y grita. Grita hasta que la garganta se le rompe y tan solo es capaz de emitir un quejido ronco y apagado. ¿Dónde está ahora tu puto Dios, Lupe? ¿Dónde está tu Dios? Y por toda respuesta, la lluvia se convierte en granizo. Las piedras de hielo golpean el tejado con un estruendo macabro.

Santos sostiene a Lupe entre sus brazos y la protege con su cuerpo del azote del granizo, la mece como si fuera el cuerpo de un niño pequeño. Piensa que solo un Dios mezquino hace pagar a los pecadores sacrificando a los inocentes.

De pronto, tan súbitamente como llegó, la tormenta cesa y el bosque se queda en silencio, el silencio más sobrecogedor que Santos ha escuchado en su vida. Está temblando de frío, de miedo, de dolor, de soledad. No se percibe sonido alguno, no hay pájaros, ni viento. Nada. Tan solo algunas gotas, que caen desde el alero del tejado y de los árboles como un eco lejano, anuncian el final de algo. El final de todo.

Santos camina con el cadáver de su esposa echado al hombro y una pala en la mano. Los árboles dejan caer las gotas que escurren por sus hojas tras la tormenta. El bosque se ha quedado mudo. Santos mira al frente, pero no ve nada. Su mente ha fundido a negro, incapaz de pensar, tan solo puede sentir como si le apretaran la garganta y le costase respirar. Tiene el cuerpo empapado y solo escucha el chapoteo de sus pasos sobre la tierra mojada. Sabe perfectamente dónde se dirige. Hay un claro escondido en el bosque en el que crecen miles de campanillas azules. Es el sitio preferido de Lupe. Santos llega al lugar y deja el cadáver con la cabeza apoyada en un tronco caído. Tiene cuidado de girarle el rostro para no ver la parte que falta, la que deja a la vista su cerebro destrozado. Se aleja unos metros y comienza a cavar. La pala se hunde con facilidad en la tierra húmeda. Santos cava con furia, como si necesitara el dolor de sus brazos para soportar el otro dolor. Poco a poco la tierra se acumula en un montículo junto a la fosa en la que ya se hunde hasta las rodillas. De vez en cuando se detiene y mira hacia Lupe. Parece dormida.

Cuando el borde de la fosa le llega al pecho, arroja la pala fuera y sube de un salto. Se queda sentado con las piernas colgando dentro y saca su petaca de tabaco del bolsillo de su camisa. El papel de liar está empapado, inservible. Se mira las manos y es la primera vez en su vida que las ve temblar, incapaz de mantener el pulso firme, porque está a punto de meter a Lupe bajo tierra y decir adiós a la única mujer a la que ha querido de verdad. Se pone en pie y camina hacia ella, la coge en brazos y la deposita en el borde de la fosa. Salta dentro y la baja despacio hasta dejarla tumbada boca arriba, con la cabeza

girada. Le coloca las manos sobre el pecho y sube de nuevo. Cuando está a punto de arrojar la primera palada de tierra sobre ella, se detiene, suelta la pala y se encamina de nuevo a la casa. Regresa con un marco de fotos en la mano. Es el retrato de Roy el día en el que cumplió cinco años. En la fotografía, mira a la cámara sonriente con su camiseta de Bob Esponja y levanta la mano abriendo orgulloso sus cinco dedos, uno por cada año. Santos baja de nuevo y deja la fotografía sobre el pecho de Lupe. A continuación se aúpa fuera y comienza a rellenar la fosa. Pero no puede mirar cuando escucha el repiqueteo de la tierra sobre el retrato de Roy y el rostro de Lupe; cierra los ojos mientras arroja palada tras palada hasta que calcula que ya ha cubierto por completo el cuerpo. Cuando vuelve a abrir los ojos, empapados en lágrimas, ella ya ha desaparecido y tan solo es un recuerdo cubierto de tierra oscura, en mitad de un claro lleno de flores azules.

59

Le cuesta asimilar que Lupe ha dejado de existir. Piensa en Roy y en que para él su madre todavía está viva; y ese pensamiento le resulta doblemente doloroso. Al llegar a la cabaña, tras enterrar a Lupe, ha perdido el control. Se ha dejado cegar por la furia, ha destrozado los muebles, ha arrojado cosas contra los cristales, ha luchado contra su propio dolor hasta caer derrotado, exhausto, consciente de que no puede vencerlo. Tendrá que digerirlo, pero se le atasca en la garganta como un puñado de clavos. Ha vuelto al claro a hacer algo que odia. Ha puesto piedras sobre la tumba de Lupe formando una cruz. Simplemente porque a ella le hubiera gustado. Y eso pesa más que el odio que Santos siente hacia Dios.

Conduce deprisa de vuelta al taller. No ha querido pasar un minuto más en la cabaña medio destrozada por su ira. Prefiere conducir de noche y alejarse de ese lugar. Sujeta el volante con fuerza y se pregunta, una y otra vez, cómo ha podido ser tan estúpido. Se volvió descuidado, confió en quien no debía, no lo vio venir. Roy sigue siendo la única prioridad, pero matar a Chucho es la segunda tarea de la lista. Mientras se concentra en el haz de luz que proyectan los faros sobre el asfalto, siente que Lupe todavía no ha muerto en las células de su cuerpo. Su cerebro sabe que está muerta, pero su cuerpo aún no. Por momentos se pregunta si no ha sido todo un mal sueño; es como si su cabeza luchara todavía por rechazar la visión de su cuerpo tendido en un charco frente a la cabaña. Enciende la radio y sube el volumen de la música al máximo para apartar los fantasmas de su mente, baja la ventanilla y deja entrar el aire. Lupe ha muerto. Y Chucho debe pagar por ello. Quien crea en Dios, que vaya rezando.

Cuando se aproxima al taller, da unas cuantas vueltas por las calles

adyacentes, describe círculos cada vez más pequeños en busca de algún vehículo sospechoso, algún indicio de que lo están esperando, alguna trampa. Todo parece tranquilo. Sin embargo, cuando se apea de la camioneta y abre la cancela de la entrada, puede ver que la persiana del taller ha sido forzada. Echa mano de la automática que lleva en el cinturón y se pega a la valla. Rodea el edificio y se para junto a la puerta trasera. No parece forzada. Saca la llave y abre muy despacio. En el interior todo está en penumbra, no se escucha ningún ruido. Por suerte, podría caminar con los ojos cerrados por su taller sin tropezar, que es exactamente lo que hace. Llega a su despacho, inspira un par de veces profundamente y luego enciende la luz a la vez que entra apuntando con su arma. Vacío. Lo mismo que el cuarto de baño. Apaga la luz. El taller puede ser una maldita ratonera. Si sale y hay hombres escondidos, será como disparar en una caseta de feria, no tendrá ninguna posibilidad. Las ventanas superiores dejan pasar apenas un ligero resplandor procedente de las farolas de la calle. Santos coge una cazadora del perchero, sale del despacho, agachado, y se sitúa tras el carro de las herramientas. Alcanza el taburete y lo sube encima del carro. Cuelga la cazadora sobre el taburete y se prepara. Enciende las luces a la vez que empuja el carro con el pie; el carro se desliza por el lateral del taller hacia la parte delantera. Nada sucede. Ningún disparo, ningún sonido. No parece haber nadie. Entonces su vista se detiene en una figura que hay justo delante de la persiana cerrada. Alguien está sentado en una silla mirando hacia la salida. Santos apunta con su pistola y se aproxima. Sea quien sea, tiene las manos atadas al respaldo de la silla y la cabeza le cae sobre el pecho. Cuando Santos rodea la silla y ve de quién se trata, sus pulsaciones se detienen. Es Chucho. Le han arrancado los ojos y tiene lo que parecen sus testículos metidos en la boca. La sangre seca y oscura le dice que no acaba de morir. Se queda un rato mirando el rostro sin ojos de Chucho. Los moratones le indican que le hicieron hablar antes de cerrarle la boca para siempre. Siente náuseas y necesita salir a respirar. Acciona el motor de la persiana y en el exterior todo está tranquilo. Tiene la espalda empapada en sudor. Santos se siente confuso; ha errado el objeto de su odio y su venganza. Mierda, Chucho, lo querías todo y esto es lo que has conseguido. Al menos cumpliste tu promesa de no hacer daño a Roy. Aunque eso ahora poco importa. Otro cadáver que se tragará el desierto sin dejar

rastro.

60

Sin tiempo que perder, Santos carga el cuerpo de Chucho y un pequeño arsenal en la trasera de la camioneta, chaleco antibalas incluido. No será fácil llegar hasta la hacienda. Ni siquiera sabe lo que puede encontrar allí, tan solo que es donde estaba Roy la última vez que escuchó su voz. Pero tiene que intentarlo. Con un poco de suerte, llegará antes de que amanezca. Su vehículo vuela por la carretera solitaria en dirección al sur. Hace un alto en el desierto para deshacerse del cadáver, pero esta vez no pierde el tiempo cavando una zanja, no hay cruces ni lágrimas en este entierro.

Cuando se aproxima al puesto fronterizo de Palomas, todavía no ha amanecido. Reza por tener un poco de suerte. Y la tiene. El agente de aduanas es el mismo. Cuando le pregunta el motivo de su visita, le dice que trae más piezas para Napa Auto Parts.

—No tengo noticias de ningún otro envío —contesta el agente.

—Es un envío urgente.

—¿Cómo de urgente?

—Así de urgente —dice Santos a la vez que le pone en la mano un fajo de billetes.

El agente mira a un lado y a otro y cuenta los diez billetes de cien dólares.

—Bienvenido a México. Que pase un buen día.

Santos conduce a la vez que traza un mapa mental de los accesos a la hacienda. Sabe que es imposible aproximarse con el coche. Se detiene a unos cinco kilómetros y abandona la camioneta en un barranco polvoriento. Se pone el chaleco antibalas, coge la automática y en el último momento decide dejar el rifle de asalto y la recortada. No le servirían para nada. Es un solo hombre contra un ejército. Si delatase su posición con un disparo lejano, sería como

abrir la veda de la caza del conejo. Prefiere los cuchillos. Si tiene alguna posibilidad, esta pasa por ser sigiloso. Debe darse prisa.

Recorre unos cuantos kilómetros a buen paso. El peso del chaleco lo hace sudar profusamente. Los cerros ya se recortan contra la línea del horizonte. Llega junto a la primera alambrada y la corta con unos alicates que guarda en el bolsillo. Es consciente de que en la segunda hay torretas de vigilancia con focos. Sigue adelante. Está apenas a doscientos metros del alambre de espino y a otros tantos de una de las torres. El foco barre la alambrada a intervalos regulares. Calcula el tiempo que tiene para llegar y, cuando el haz de luz cambia de dirección, echa a correr. Pero no es el único. Por su derecha ve llegar dos pares de ojos jadeantes. Perros. La adrenalina inunda todos sus músculos y acelera en diagonal alejándose de la torre en dirección a la valla. Los perros giran tratando de cortar el paso. Ya puede sentir el aliento de los doberman cuando salta para agarrarse a la valla y empieza a trepar. Entonces nota como si un cepo se hubiera cerrado sobre su tobillo. Las mandíbulas del animal se le clavan en el hueso y el dolor es insoportable. El perro tira de su pierna y Santos actúa por instinto. Mientras se agarra con una mano, saca el cuchillo del cinturón y apuñala en el cuello al doberman repetidamente hasta que escucha un gemido y el peso muerto cae. El otro perro da un salto y trata de morderlo, pero se topa con el chaleco antibalas y cae de nuevo al suelo, ladrando. Santos trepa por la valla, se apoya sobre el estómago protegido por el chaleco y se deja caer al otro lado. Siente cómo le late la herida del tobillo, pero no tiene tiempo de comprobar el alcance del mordisco. En realidad no tiene tiempo de comprobar nada, porque una descarga eléctrica lo paraliza y lo deja tambaleándose a cuatro patas sobre la arena. Lo último que escucha antes de perder el conocimiento es el chasquido de una nueva descarga y los ladridos del perro junto a la alambrada.

61

Santos abre los ojos y tarda un rato en acostumbrarse a la luz. El olor de la estancia es agrio, una mezcla de polvo y humedad. Tiene los músculos entumecidos y se sujeta las sienes para soportar los pinchazos. No sabe dónde se encuentra, ni lo que ha pasado. Está tumbado en el suelo, de medio lado, y le cuesta un buen rato apoyar la espalda en la pared y tratar de recordar. El dolor en el tobillo lo ayuda a hacerlo. El chasquido de la pistola de descargas vuelve a su mente. Mira a su alrededor, pero a su cerebro le cuesta comprender. Hay tarros de cristal, enormes, clasificados en unas estanterías de madera que rodean toda la habitación, apenas iluminada por unos estrechos tragaluces altos, protegidos con barrotes. Se incorpora con ayuda de los brazos y se aproxima a uno de los tarros. Está lleno de pelo, de pelo humano. Su vista se mueve de un tarro a otro sin entender. Hay otro lleno de uñas, pequeños trozos de queratina blanquecina en forma de media luna. Los hay llenos de cosas que no puede evitar mirar con asco. Tarros de heces, de semen, algo que parecen vómitos, esputos, sangre oscura y seca, trocitos de cera amarillenta. Algún órgano interno, que no consigue identificar, flota sumergido en formol en otro de los recipientes. Se detiene ante uno de menor tamaño que contiene pequeños dientes, blancos como la leche. Dientes de niño. Un escalofrío le recorre la espalda y busca instintivamente cómo salir de allí. Qué estúpido has sido Santos, nunca debiste haber venido aquí. Te cegó la ira, te hizo débil, te impidió pensar. Actuaste por miedo, por odio, por amor y la cagaste. Ahora la gruesa puerta de madera está cerrada y esta cámara de los horrores no parece tener otra salida. Santos pasea arriba y abajo frenéticamente, como si llevara puesta una camisa de fuerza. Está empapado en sudor y se ha orinado en los pantalones. Evita mirar a los tarros de cristal

para no pensar que su hijo está en manos de un demente.

De pronto se escuchan ruidos al otro lado y Santos se queda paralizado. La cerradura cruje e instintivamente se echa para atrás. La puerta se abre despacio y dos de los hombres de don Dimas aparecen y se colocan a ambos lados con las automáticas apaciguando a Santos. Siente los tendones del cuello duros como el acero y cada célula de su cuerpo se carga de electricidad. Don Dimas entra; las pupilas de Santos se contraen, su mandíbula se tensa y sus dientes crujen. Don Dimas viste unos pantalones blancos de lino y una guayabera. Lleva el pelo engominado y huele a colonia fresca. Su rostro, bien afeitado, se arruga con una mueca de desagrado cuando ve a Santos.

—Hola, Santitos. No tienes muy buen aspecto.

Santos no dice nada. Mira a don Dimas a los ojos, sin parpadear.

—No me mires de ese modo. Si estás aquí es por tus pecados, no por los míos. Muchachos —dice girándose hacia uno de sus hombres—, traigan un par de sillas, tenemos algo que discutir.

Uno de los hombres sale y entra de nuevo con un par de sillas. Deja una al lado de don Dimas y la otra la sitúa a unos tres metros frente a él.

—Toma asiento —ordena a Santos—, y ustedes esperen fuera. Dejen la puerta entornada, no sea que a este pendejo le dé por seguir haciendo estupideces.

Don Dimas y Santos se han quedado solos, sentados frente a frente. Hay una voz en el cerebro de Santos que le grita que salte al cuello de don Dimas, sus hombres no tendrían tiempo ni de entrar antes de que estuviera muerto. Pero sabe que esa no es una opción. Ya no.

—¿Dónde está mi hijo? —pregunta.

—¿Tu hijo? —don Dimas levanta las cejas y suelta una carcajada grotesca— Tú no tienes ningún hijo, Santos.

—¿Dónde está Roy? —repite Santos.

—Roy está con sus hermanastras. Es un lindo muchacho, digno de su padre.

Santos no cree poder soportar esta mierda mucho más.

—¿Qué quieres de mí?

—De ti no quiero nada, Santitos. La pregunta es qué quieres tú de mí.

—Quiero a mi hijo.

—¿Ese que robaste? Sabes que ese no es tu hijo. ¿Acaso creíste que no me enteraría? ¿Tan estúpido me crees? ¿Vas a cometer el mismo error que tu amigo Chucho? ¿Te has preguntado por qué sigo aquí después de tanto tiempo? Acepta un consejo, Santitos. Olvídate del muchacho. Es sangre de mi sangre, ambos lo sabemos. Estoy dispuesto a perdonarte lo que hiciste, pero debes olvidarte del chico. Su destino está aquí, conmigo.

—No vas a quedarte con él —dice Santos mientras niega con la cabeza.

—Santitos, no parece darte cuenta de tu situación. Esto no es una negociación. Tú no vas a salir de aquí con vida. Si todavía sigues respirando es porque quiero evitar que el muchacho sufra y vea cómo mueres. Te estoy dando la oportunidad de evitarle ese dolor. Le dirás que tienes que marcharte, lejos, para una temporada larga. Y que se quedará aquí, conmigo, con sus hermanastras. Disfrutando de la vida que tú no puedes darle. Luego, poco a poco, se olvidará de ti. Cuando crezca, serás solo un recuerdo borroso en su mente.

Las venas del cuello de Santos se han hinchado. En su mirada, don Dimas puede ver el odio y la ira. Se queda esperando, pero nada ocurre; entonces, con gesto resignado, se pone en pie y llama a sus hombres.

—Me lo ablandan un poquito, a ver si entra en razón.

A continuación sale y la puerta se cierra.

Cuando don Dimas vuelve a entrar, Santos está tirado en el suelo con el labio partido y una ceja rota. Se sujeta las costillas en un gesto de dolor. Los hombres de don Dimas se han quedado en camiseta y sudan copiosamente.

—Bien, Santitos. ¿Qué me dices? ¿Quieres ver ahora a tu hijo? Porque puede que si seguimos adelante, ya no te reconozca cuando te vea. Sería una lástima ocasionarle ese disgusto al pobre chico. ¿Te he contado alguna vez que de chico vi cómo torturaban a mi padre?

Don Dimas parece disfrutar con todo esto, y Santos sabe que está en un callejón sin salida. Quiere ver a Roy, aunque sea lo último que haga. Debe elegir entre morir poco a poco sin ver a su hijo o abrazarlo una última vez y morir deprisa.

—Quiero verlo a solas —dice mientras escupe sangre.

—Claro, Santitos, no hay problema. Sabía que entrarías en razón. En el fondo, eres un hombre inteligente. Ha sido un placer verte, Santitos. Que Dios

te guarde en su gloria.

Don Dimas abandona la estancia seguido de sus hombres. La puerta se cierra con el chirrido del pasador de la cerradura.

Santos se queda solo, en esa cámara de los horrores. Y siente miedo. Un miedo que amenaza con llevarlo al borde de la locura. Pasa mucho rato sin que nada suceda. Se esfuerza por mantener la calma, se quita la camisa y se limpia la sangre con ella. Su camiseta también está teñida de rojo. Se avergüenza de que su hijo lo vea así, oliendo a miedo y a meados. Al cabo de un rato, que se le antoja eterno, escucha unos pasos tras la puerta. Una llave entra en la cerradura y la hoja se abre lentamente. Roy entra despacio y cuando ve a su padre se queda quieto, tiene la mirada asustada.

Santos se arrodilla en el suelo y abre sus brazos.

—Hey, socio, ven aquí. Estoy bien, no pasa nada. Me he caído de un caballo —es la primera estupidez que se le ocurre para justificar su aspecto.

Roy esboza una sonrisa y corre a los brazos de su padre. Santos lo aprieta contra su pecho. El abrazo más doloroso que Santos ha dado en su vida. Tiene miedo de asustarlo si aprieta demasiado, pero le cuesta un mundo deshacer ese abrazo. Se aparta un poco y hay lágrimas en sus ojos cuando sujeta a su hijo por los hombros.

—¿Te duele? —pregunta Roy, mientras roza la ceja maltrecha con sus pequeños dedos.

Santos ríe y se seca las lágrimas con sus manos.

—No, socio, ya no.

—¿Dónde está mami?

Esa pregunta es una daga que se le clava a Santos en el pecho y no sabe cómo sacar. Piensa en Lupe, en el claro de las campanillas azules.

—Está en la cabaña. Te manda muchos besos —dice con un nudo en la garganta.

—Quiero ir con mami.

Roy desvía un poco la mirada de su padre hacia los tarros de cristal y este le sujeta la cara para que lo mire solo a él. Lo abraza de nuevo. Se sienta con la espalda en la pared y deja a su hijo en su regazo.

—¿Qué tal todo, hijo? ¿Lo estás pasando bien? —Santos siente que el corazón se le va a salir por la boca con cada pregunta. Tiene que evitar que

Roy piense en Lupe.

—Sí, muy bien. La piscina es enorme y he conocido a tres chicas muy simpáticas. Jugamos a hundirnos en el agua, aunque yo llevo manguitos. Quiero aprender a nadar. No me gustan los manguitos. ¿Me enseñarás a nadar bien?

Santos besa a su hijo en la cabeza, puede oler su pelo, que huele como el de Lupe, a limpio. Gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas cuando le dice que sí, que le enseñará a nadar para que no tenga que usar manguitos nunca más. Roy sigue hablándole de los aspersores, del tobogán, de sus nuevas amigas. Santos adora el sonido de su voz, el tacto de sus brazos delgados, el calor de su cuerpo. Y mientras su hijo habla, imagina la que será su vida allí, como heredero de un imperio cimentado en la violencia, la extorsión y la muerte. Aprenderá a odiar, olvidará a su madre y se esfumarán su ingenuidad y su inocencia. Se convertirá en todo lo malo que hay en este mundo. Y las palabras de don Dimas vuelven a resonar en su cabeza: “cuando crezca, serás solo un recuerdo borroso en su mente”. Y entonces sabe que solo hay una manera de sacar a Roy de allí. Para siempre.

—¿Quieres ir con mami ahora, Roy? —pregunta Santos en un sollozo.

Roy mira a su padre, su rostro bañado en lágrimas, y de alguna manera absurda, parece comprender. Asiente con la cabeza, cierra los ojos y deja que Santos lo abrace, cada vez más fuerte. Ni siquiera se resiste cuando el brazo de su padre rodea su cuello y la habitación empieza a volverse oscura, cada vez más oscura, cada vez más silenciosa. Todo empieza a darle vueltas. Santos sabe cómo presionar la carótida de su hijo para que pierda el conocimiento sin sufrir. Coge la camisa, tapa la boca y la nariz de Roy con ella y aprieta mientras lo acuna sin dejar de llorar. Piensa en el día en que lo vio por primera vez. El pecho de Roy da unas pequeñas sacudidas, y luego se queda muy quieto, relajado. Santos lo imagina en brazos de su madre, en mitad del claro de las campanillas azules. Ambos le dicen adiós con la mano. Y abraza fuerte el cuerpo de su hijo con los ojos arrasados por el llanto. Es un llanto por Roy, por Lupe, por él mismo. Por todos sus pecados. Es el final de todo y el principio de nada.

Agradecimientos

Quiero agradecer su implicación en esta novela a Ismael Martínez Biurrum, que me guio durante el proceso de escritura y se esforzó por transmitirme su experiencia y su sabiduría. A Elvira Becerra, de Biblioteca Negra, quien de manera desinteresada dedicó su tiempo y su esfuerzo para que llegara a publicarse, convirtiéndose en amiga y consejera. A Fernando Maremar, que supo ver en un breve relato el germen de esta historia. También quiero agradecer el empuje y el ánimo que me dieron a Javier Pérez Ardura, y Fran Rodríguez. A Cándido Solaz por su diseño de portada. A Lolita, por tantas cosas que necesitaría otro libro para enumerarlas todas. A todo el equipo de Editorial Amarante, especialmente a Mercedes Andrés, por su profesionalidad y el cariño con el que me han tratado. Y a Matthew Halsall, por la música que me acompañó durante la escritura.



SALVA ALEMANY (Valencia) 1968 - De espíritu inquieto, sus múltiples ocupaciones y estancias en diversos países han generado una cascada de experiencias que plasma en su obra literaria. Su periplo por el mundo despertó en él la curiosidad investigadora, lo que unido al recuerdo de sus estancias en Irlanda, le llevó a documentarse sobre un polémico escándalo: el "Informe Ferns", que desvelaba una trama de abusos en el seno de la Diócesis irlandesa de Ferns, datos que ha utilizado en su novela "Éire". A pesar de haber publicado un libro jurídico técnico, su carrera literaria despegó con su primera obra de ficción, "La suerte no existe", finalista del II Premio de Creación Literaria Bubok. Su segunda novela, "Éire", resultó finalista del Premio La Trama y publicada por Ediciones B. "Alacrán" es su tercera novela.

Notas

1

N. de A.: Expresa el consuelo que da el saber que la gente malvada no tenga a la mano tanto poder como quisiera para dañar o perjudicar a los demás. Se usa en enunciación exclamativa.